

VECINOS

- con demasiado -

ROCE



NATALIA OLMEDO



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Natalia Olmedo, *Vecinos con demasiado roce*

Diseño de portada: Natalia Olmedo

Maquetación: Natalia Olmedo

Vecinos con demasiado roce

1

Nía

Hay dos cosas que debes saber del barrio de Santa Cruz.

La primera es que las calles no son calles, porque son escaleras, cuevas y rincones donde las casas parecen apoyarse unas en otras para no caerse.

La segunda es que aquí no hay intimidad ninguna.

Todo se oye, todo se ve y todo se comenta, porque así somos los alicantinos, ¿sabes?

Y ahora mismo, yo soy el tema del día.

—¡SAL AHORA MISMO, GAEL! —grito desde mitad de la calle, con la respiración acelerada y un zapato en la mano.

Quiero cogerlo del pescuezo y hacerlo trizas.

Ya lo he dicho.

A Gael, no al zapato.

Es uno de los zapatos de tacón que llevé en la boda de mi prima María.

Es de color fucsia.

Iba preciosa.

María también.

El eco rebota en las paredes blancas decoradas con macetas llenas de geranios que alguien ha regado hace apenas unos minutos.

Huele a humedad y a sal, porque es lo que tiene vivir cerca del mar.

A vida normal.

Bueno, eso será la tuya, coliflor, porque la mía de normal tiene lo justo.

Una persiana chirría al levantarse, una ventana se abre dos casas más arriba y alguien susurra algo.

Me apuesto a que ha sido Don Ernesto, el párroco de la Iglesia de Santa María, al tiempo que se santigua, porque se escandaliza por todo.

Perfecto.

Ya tenemos público.

Levanto la vista y observo la puerta de su casa, la misma desde la que hace apenas unas horas me miraba como si yo fuera...

Cierro ese pensamiento de golpe.

Puto.

Puto.

Puto.

—¡GAEL!

Nada.

Aprieto los dientes, me da mucha rabia que encima me ignore el grandísimo hijo de Satán.

Lo siento, no tengo otra opción y hago lo que cualquier persona equilibrada, emocionalmente estable y con autocontrol haría en mi situación: lanzo el zapato.

El tacón impacta contra la puerta de madera y rebota con un golpe seco.

Un segundo de silencio.

Y luego...

La puerta de su casa se abre.

BINGO.

Aparece descalzo, con una camiseta negra básica y pegadita a su perfecto cuerpo y el cabello revuelto, como si acabara de pasarse la mano mil veces por él.

O lo hubiera hecho yo, que también me vale.

Basta, Nía, no te fijas en lo bueno que está, me reprendo.

Qué cerda soy, al parecer.

Cerda y estúpida, porque este tío me la ha jugado... y yo sigo babeando por sus abdominales.

Tiene la cara todavía medio dormida... hasta que me ve.

Sonríó de forma diabólica.

Se va a cagar pero bien.

Entonces le cambia el gesto, seguramente el mío es como el de la novia de Chuky.

¿Estoy fea?

Pues que sufra.

No soy perfecta, no soy Taylor Swift.

—¿Se puede saber qué...?

No termina la frase, porque el segundo zapato ya va en camino.

—¡Joder! —se aparta justo a tiempo y el zapato golpea contra la pared—. ¿Qué haces?

—¡DEVUÉLVEME MI TIEMPO! —le grito, porque decirle *Devuélveme la vida, que me l'has quitao'* a lo David Bustamante, ya está muy trillado.

Después de eso nos envuelve un silencio raro y espeso, de esos en los que todo el mundo está escuchando pero nadie respira.

Gael baja las escaleras deprisa y lo veo aparecer acercándose a mí con esa forma suya de moverse, tan segura y contenida, como si todo lo tuviera bajo control.

JA.

Repito: se va a cagar.

—Nía —dice, más cerca ahora, frunciendo el ceño—. ¿Qué coño está pasando?

Me río, pero no porque tenga gracia. Lo hago porque si no, igual me pongo a llorar y no queremos eso, ¿verdad?

Ni una lágrima por este desgraciado, no pienso darle ese espectáculo.

No, no, ni una lágrima por ti, ni una lágrima, ¿pa' qué?, esto también es de Bustamante, no sé qué narices me ha dado hoy con este chico.

—¿Qué está pasando? —repito, ladeando la cabeza—. ¿De verdad necesitas que te lo explique?

El sol empieza a colarse entre las casas y le da de lleno en la cara, marcándole la mandíbula, la sombra de la barba de un día y esa mirada que...

¡NO!

NO.

No, Nía.

Ni de coña.

—No tengo ni idea de por qué estás montando este numerito —dice.

—Claro que no —asiento despacio—. Tú nunca tienes ni idea.

Me agacho y la bolsa que llevaba entre mis brazos cae al suelo con un golpe sordo.

Sonríó mientras rebusco en su interior.

Saco una camiseta.

Es suya, así que contengo el impulso de olerla como una psicópata; en su lugar la aprieto un segundo entre los dedos.

Acto seguido se la lanzo y le da en el pecho, aunque la coge casi al vuelo por reflejo.

—¿Pero qué...?

Otra camiseta.

Un pantalón.

—Nía, para.

—No.

—Para.

—No.

Las prendas vuelan entre nosotros, cayendo por el suelo irregular, quedándose enganchadas en los escalones, en las macetas y en cualquier sitio donde esta historia pueda quedar aún más ridícula de lo que ya es.

—Eso es MI ropa —dice.

—Y esa —respondo, sacando algo más de la bolsa— era MI confianza.

Se lo tiro, lo atrapa y entonces...

Se queda quieto, muy quieto, y mira lo que tiene en la mano.

¿Es que nada de lo que le estoy lanzando va a darle en la puta cabeza o qué?

Encima tiene buenos reflejos.

Encima ágil.

Encima guapo.

¡JODER!

Se queda mirando lo que tiene en las manos y parpadea una vez.

Luego otra.

—Nía...

Levanto la barbilla, muy orgullosa.

Es mi succionador de clítoris y se llama Pengu.

Sí, tiene nombre. No voy a dar explicaciones.

Solo diré que es negro y pequeño, pero lo suficientemente reconocible como para que la señora de la ventana de la casa de la esquina se lleve la mano al pecho.

Me la pela.

—Ay, Virgen... —susurra.

La señora, no Gael, ese no me importa lo que pueda decirme.

Otra directamente desaparece tras la cortina.

Yo cierro los ojos un segundo.

Solo uno.

Bruna se estaría muriendo de risa, India probablemente estaría diciendo que esto es una señal del destino, y Vega... Vega ya me habría dicho que esto iba a acabar mal.

Son mis amigas, luego te las presento.

—¿De verdad estás haciendo esto aquí? —dice Gael en voz más baja, acercándose un paso.

—¿El qué? —respondo—. ¿Devolverte lo que es tuyo? ¿O montar un espectáculo? Porque lo segundo lo empezaste tú.

Se queda quieto frente a mí.

Muy cerca.

Demasiado.

Y el problema no es que esté cerca, sino que mi cuerpo no es de piedra y tiene recuerdos.

Recuerda sus manos.

Su boca.

La forma en la que me...

No.

Aprieto los dientes de nuevo.

—Te vi —digo.

Y todo cambia.

Su expresión, su postura...

Ese microsegundo en el que se queda sin respuesta.

—¿Qué viste? —pregunta, pero ya no suena igual.

—No —niego, riendo sin ganas—. No vamos a hacer esto.

Doy un paso hacia él y el suelo irregular hace que casi tropiece, pero me mantengo.

Lo que me faltaba, perder la poca dignidad que me queda delante de este tío.

—Te vi con ella, Gael, con esa chica.

Silencio, porque el barrio está escuchando y el mundo entero está reducido a esta calle ahora mismo.

—En el evento —añado—. En el maldito evento.

El viento mueve algunas prendas que hay tendidas cerca y algo golpea suavemente la fachada de una de las casas.

Él no dice nada.

—Y escuché lo que le decías—continúo, sintiendo cómo la voz se me rompe por dentro—. Qué casualidad, ¿no? Mismo concepto. Mismo mensaje. Misma idea.

—No es lo que parece.

Ahí está la frasecita de los cojones.

Es que es de manual, vamos...

¿Quién se la cree?

¡Siempre SÍ es lo que parece!

—No —asiento despacio—. Es peor.

Se pasa la mano por el pelo y esta vez no es postureo, es nervio.

—No sabes cómo funciona mi trabajo.

—No —respondo—. Pero tengo bastante claro cómo funcionas tú.

Nos miramos y esta vez no hay bromas ni ese recochineo de vecinos rivales.

No hay nada, solo este momento, el instante en el que todo parecía ser bonito... pero se ha roto.

—Pensé que me estabas conociendo —digo en un susurro—. Y en realidad me estabas estudiando.

Se queda callado.

El muy patán no lo niega, no se defiende, no hace nada.

Y eso es lo peor.

Asiento con la cabeza muy despacio, al tiempo que noto algo caer dentro de mí, algo que no hace ruido pero sí que pesa..

—Perfecto —murmuro.

Recojo la bolsa vacía y luego me giro de nuevo hacia él.

El aire huele a mar.

A sal.

A algo que siempre ha estado ahí... menos hoy.

—Por cierto...

Él no responde, pero me está mirando de frente.

—La cita estuvo bien, fue perfecta, ya te lo dije —digo. Luego trago saliva—. Lástima que fuera parte del *briefing*.

Camino hacia mi casa, necesito encerrarme en ella y que me proteja con sus sólidas paredes, como lleva haciendo todo este tiempo.

Es entonces cuando el murmullo empieza, alguien comenta, las ventanas se cierran y yo intento no pensar una sola cosa, y es que durante los últimos días me creí todo.

Absolutamente todo.

2

Nía

Una semana antes, LUNES

Hay casas que son casas sin más, pero luego está la mía.

Mi casa no tiene solo cuatro paredes, una puerta y un techo que, por cierto, cruje cuando hace demasiado calor —que en Alicante se da bastante a menudo siempre—.

Es... otra cosa.

Memoria. Ruido de platos. Aroma a comida recién hecha.

Mi casa es mi *iaia* diciéndome que deje de comer pan antes de que esté la comida... mientras me corta otro trozo.

Son escaleras estrechas, paredes blancas que han visto más vidas que cualquier álbum de fotos y un patio pequeño donde el sol entra como si también tuviera derecho a vivir aquí.

La heredé hace dos años y todavía hay días en los que me parece raro decirlo en voz alta.

Heredar suena a pérdida. Y lo fue, claro que lo fue.

De hecho, lo sigue siendo.

Mi *iaia* está en la mesita de la entrada, en una foto en la que salimos ambas abrazadas, al lado de la que hay un jarrón que siempre tiene flores frescas.

A veces le pongo velas que huelen a vainilla.

Ahora mi *iaia* es eso que miro cuando alzo la vista hacia el cielo para pedir que las cosas me salgan bien.

Como si todavía pudiera ayudarme.

Así que sí, heredar suena a pérdida, pero también a quedarte, a seguir construyendo la estela que dejan tus antepasados.

Me he puesto intensa, ¿verdad?

Un poco.

Pero es un tema que me toca el corazoncito bastante.

Tengo la casa, que la cuido como un tesoro, pero desde que mi *iaia* no está también tengo un corazón vendado a medias, porque yo sola no logro curarme como lo hacía ella con mis rodillas raspadas siendo un moco de seis años.

Y supongo que también está Patricia.

Patricia apareció cuando la *iaia* se marchó.

Nadie la invitó, ni siquiera preguntó si podía quedarse, simplemente llegó, se sentó en una esquina de mi cabeza y decidió comentar absolutamente todas mis decisiones.

La mayoría de la gente tiene intuición.

Yo tengo a Patricia.

Es parecido, pero mucho más dramático.

Por ejemplo, ahora mismo Patricia está convencida de que voy a arruinar *NíaBeauty*, vender la casa, terminar viviendo debajo de un puente y alimentar palomas para sobrevivir.

Yo todavía me estoy tomando el café.

Apoyo la espalda en la pared del salón y dejo que el silencio me envuelva un segundo.

Un silencio que no es silencio del todo, porque en Santa Cruz nunca lo es.

Siempre hay algo: un vecino bajando las escaleras, una puerta que se abre, una conversación a media voz que, en realidad, no es tan a media voz.

Y el mar de fondo, un poco más allá.

No se ve desde todos los rincones, pero se huele y se siente, porque se cuela por las ventanas abiertas como si fuera uno más de la ciudad.

Cierro los ojos y, por un momento, vuelvo a la cocina, a la mesa pequeña de madera.

Y no estoy sola.

—No te levantes, que todavía no hemos terminado —decía la *iaia*.

Y yo ya con el plato limpio.

—No puedo más.

—Claro que puedes —respondía, sirviéndome un poco más—. Si estás en los huesos.

Mentira.

Siempre he tenido buen saque.

Pero con ella... más.

Arroz a banda.

Olleta.

Coca amb tonyina en Hogueras.

Pan con tomate, aceite y sal, que sabía mejor que cualquier cosa gourmet que he probado después.

Y el café.

Siempre el café.

En tazas pequeñas que quemaban.

En sobremesas largas donde no hablábamos de nada importante... pero en realidad lo hablábamos todo.

Abro los ojos.

Y durante un segundo me da la sensación de que si voy a la cocina... va a estar allí.

Pero no.

No está.

Y eso es algo a lo que, por mucho tiempo que pase, no termino de acostumbrarme.

Respiro hondo.

Me separo de la pared, camino hacia la ventana y la abro del todo.

El aire entra de golpe y caliente porque ya estamos casi a la mitad de junio, y con ese punto de sal que se te pega a la piel y te recuerda que estás en casa.

Miro hacia fuera y las escaleras serpentean entre casas blancas llenas de macetas con muchos colores, algunas perfectamente colocadas y otras a su aire, como el barrio y la gente que vive aquí.

Aquí hay cero postureo, porque hay vida de verdad.

—Buenos días, Nía —dice una voz desde abajo.

Me asomo un poco.

Carmen, la vecina de dos casas más abajo, está regando las plantas como si eso fuera un deporte de alto riesgo.

Nos separa su otra casa, que tiene ahora mismo vacía.

No sé cuándo la alquilará.

Carmen ronda los ochenta y tantos, aunque preguntarle la edad exacta sería una temeridad que ninguna persona cuerda cometería dos veces.

Tiene el pelo corto, teñido de un rubio imposible que desafía todas las leyes de la naturaleza, y unos ojos pequeños y vivaces como olivas de cuquillo que parecen enterarse de todo antes que nadie; probablemente sea así.

Lleva toda la vida en Santa Cruz, así que conoce quién se divorció, quién se casó, quién volvió con su ex y quién dice que no bebe alcohol mientras esconde botellas de vino en el armario de la cocina.

Su deporte favorito principal es regar las plantas, su segundo deporte favorito es enterarse de cosas.

Y en ambos es extraordinariamente buena.

Siempre lleva delantales con flores, pendientes grandes y esa energía de mujer capaz de organizar la mayor revolución vecinal antes de la hora del almuerzo.

Pero la verdad es que Carmen siempre ha sido mucho más que una vecina, porque fue amiga de mi *iaia* durante toda la vida.

De esas amistades que sobreviven décadas, bodas, entierros, mudanzas y discusiones absurdas sobre cuál es la mejor receta de arroz.

Crecí viéndolas tomar café juntas, hablar desde una ventana a otra y discutir como si fueran hermanas para, cinco minutos después, volver a reírse de cualquier tontería.

Así que, en cierto modo, Carmen siempre ha estado ahí: primero vigilándome por encargo de mi *iaia* y después por iniciativa propia.

Creo que la *iaia* le dejó el puesto de vigilante oficial del barrio en herencia y Carmen se tomó el ascenso demasiado en serio.

—Buenos días —respondo.

—¿Hoy trabajas?

—Siempre trabajo. Soy autónoma, acuérdate —le digo sonriendo.

—Eso no es bueno —dice, sin dejar de regar—. Hay que vivir.

Sonríó otra vez.

—Lo intento.

—Inténtalo más —responde, desapareciendo dentro de su casa.

Asiento, aunque ya no me ve.

Tiene razón, pero también...

No.

Porque ahora mismo mi vida es esto: la casa, el barrio y *NíaBeauty*, mi negocio de cosmética.

Nada de distracciones.

Nada de chicos.

Miro hacia la mesa del salón.

Hay muestras de labiales, papeles, bocetos de Bruna y notas con ideas que escribí a las tres de la mañana como si fueran geniales —y algunas lo son—.

Todo desordenado y mío.

Me gusta.

Me gusta todo esto y la vida que estoy intentando construir, aunque a veces no tenga ni idea de cómo hacerlo.

Patricia tampoco tiene ni idea, pero eso jamás le ha impedido opinar.

Cierro la ventana a medias, cojo las llaves y salgo de casa.

Ya llego tarde al coworking en el que trabajo, así que no puedo entretenerme más.

En cuanto pongo un pie en la calle, el barrio me envuelve otra vez: el sol ya está más alto, las paredes reflejan la luz y alguien sube las escaleras con una bolsa de la compra.

Un turista intenta orientarse con el móvil y yo bajo las escaleras de las calles empedradas con cuidado, porque si algo tiene Santa Cruz es que te obliga a ir despacio, a mirar dónde pisas y no creerte invencible.

Y justo cuando giro la esquina, casi me mato.

Literal.

Mi pie resbala en uno de los escalones y, durante un segundo, veo mi vida pasar delante de mis ojos.

Bueno, no toda, no me apetece revisionar cómo fue el “después” de quitarme las muelas del juicio o mi primer desamor, así que solo lo suficiente como para darme cuenta de que morir despenada en mi propio barrio sería un poco humillante.

—¡Dios! —mascullo.

Pero no llego a besar el suelo, pues un brazo tan rápido como firme y fuerte me sujeta.

Es algo demasiado eficaz para mi gusto.

Me quedo congelada un segundo, con el corazón acelerado y el equilibrio cogido con pinzas.

Bueno, cogido por ÉL, más bien.

—Igual deberías mirar por dónde vas —dice una voz encima de mi cabeza.

Perdona, ¿qué?

Levanto la vista y ahí está: uno de los tíos más bordes con los que me he cruzado.

¿A qué viene ese *mierdolo* de comentario?

¿Está tonto o es así de serie?

Sí, vale, también está muy bueno, pero eso no viene al caso.

¿O sí?

Es alto.

Pero alto de esos que no molestan, sino que imponen. Como si el espacio a su alrededor tuviera que reorganizarse para que encaje.

Hombros anchos, camiseta negra —error— pegada al cuerpo —doble error—, marcando lo suficiente como para que una parte de mí, la menos digna, se quede mirando medio segundo más de la cuenta.

Vale.

Dos.

Dos segunditos en los que se me olvida que es imbécil.

Tiene la barba de un día, justo en ese punto en el que no parece descuido, sino intención.

La mandíbula marcada, la boca seria y unos ojos oscuros que no sé muy bien si me están analizando o juzgando... pero que desde luego no están pasando por alto nada.

Y eso ya me cae mal.

Mucho.

Porque me está mirando como si yo fuera un problema.

Y lo peor es que, probablemente, tenga razón.

Basta, Nía. Deja de evaluar su cara como si fuera un producto que vas a lanzar. No está en venta.

Pues ni falta que hace.

—Cuidado —añade con voz grave y calmada.

Me está poniendo de los nervios, la verdad.

—Igual deberías no aparecer de la nada —respondo, apartándome de su mano como si quemara.

Mentira.

No quema, pero debería.

Él arquea una ceja.

—Estaba bajando por mi propia calle.

—¿Tu propia calle? —pregunto alucinada. ¿De qué va este tío?

—. Y yo caminando por la mía, no te fastidia.

Airada, me coloco el pelo corto y oscuro que llevo a lo Dua Lipa, de un manotazo.

—Entonces el problema no soy yo.

—No, claro —asiento—. El problema es la gravedad, que hoy ha decidido ir en mi contra.

Me mira y yo hago lo mismo con él.

Hay algo en su expresión... como si estuviera conteniendo una sonrisa.

No te rías, estúpido, pienso. No te atrevas.

—¿Siempre eres así? —pregunta.

—¿Así cómo?

—Dramática.

Me río, chulita, y arqueo las cejas.

—¿Siempre eres así? —contraataco.

—¿Así cómo? —dice él.

Desde luego, menuda conversación de besugos.

—Condescendiente.

—No soy condescendiente.

—Claro que no —digo con ironía.

—Claro que no —repite él.

Nos miramos.

Otra vez.

Sonríe y lo hace con esa sonrisa idiota que dan ganas de borrarla de un plumazo.

—¿De qué te ríes?

—¿Siempre acusas a desconocidos en la calle o es algo puntual?

Pongo los ojos en blanco.

Menudo idiota.

—No tengo tiempo para esto.

Y entonces paso a su lado, rozándolo lo justo.

Porque sí, porque puedo y porque me da la gana.

Bajo un par de escalones y cuando ya estoy a una distancia suficiente, añado sin girarme:

—Por cierto... No me he caído.

—Casi —responde él.

Sonrío.

—Pero no.

Sigo bajando mientras siento su mirada en la espalda.

Y no me gusta.

O sí.

No lo tengo claro.

¿Qué más da?

¡Es solo un desconocido insoportable!

¿Verdad?

Patricia cree que estamos en peligro.

Mierda.

3

Nía

Hay una teoría que no sé muy bien quién se inventó, pero que, sinceramente, debería estar escrita en la puerta de cualquier coworking:

“Si juntas a varias mujeres autónomas en un mismo espacio, no solo compartirán wifi... compartirán su estabilidad emocional.”

Y no en el buen sentido.

Nuestro coworking está en una calle céntrica de Alicante, de esas donde siempre parece que hace más calor del que realmente hace.

Tiene un ventanal grande que da a la calle, mesas blancas que en teoría deberían estar ordenadas y una cafetera que suena como si estuviera a punto de explotar cada vez que alguien la usa.

India puso un par de maceteros grandes con plantas artificiales para que ninguna tuviera la responsabilidad de regarlas, pero hubiera algo de decoración mona.

Es decir, es perfecto.

—No puedo creer que me haya dicho eso —dice India, entrando como un torbellino.

Literalmente, un poco más y se tropieza con sus propios pies.

Pelo recogido de cualquier manera, gafas de sol aún puestas y purpurina en el escote.

—Buenos días a ti también —murmura Bruna sin levantar la vista del portátil.

—No, no son buenos días —responde, dejando el bolso sobre la mesa con dramatismo—. Son días de replantearse decisiones vitales.

Bruna levanta la vista desde su iPad y yo sigo observando desde la puerta, plantada como un pino.

Llevo todo el camino pensando en el idiota con el que me he topado y sigo cabreada como una mona.

—¿Ha vuelto el abuelo? —pregunta, completamente seria.

India se quita las gafas, la mira y suspira.

—No le llames así.

—Bueno, pues el anciano —comenta Bruna poniendo los ojos en blanco.

—India —interviene Vega sin apartar los ojos de la pantalla—, tenía cincuenta y dos años.

—Cincuenta —corrige ella automáticamente.

—Cincuenta y dos —repite Vega—. Y te decía cosas como “las chicas de tu edad no entienden el compromiso”.

Bruna suelta una carcajada.

—A mí eso me lo dice alguien y le pido la jubilación anticipada.

No puedo evitar sonreír, porque aquí están mis tres constantes vitales.

Y menos mal.

India es un caos puro y duro, Vega es el sentido común con patas y Bruna es un problema con una sonrisa bonita.

India es organizadora de bodas y eventos pequeños, una profesión que encaja perfectamente con su personalidad porque vive enamorada del amor incluso cuando este no le corresponde. Morena, pequeñita y con unos ojos enormes capaces de enamorarse de cualquier ser humano que le preste atención más de treinta segundos, lleva el pelo lleno de mechones que cambia de color según el mes y su estabilidad emocional. Tiene la teoría de que lo suyo con los hombres maduros es casualidad, pero el resto sospechamos que se debe a que su padre desapareció demasiado pronto y ahora ella intenta resolver traumas infantiles saliendo con señores que podrían explicar la Guerra Civil de primera mano.

Vega tiene su propia marca de ropa artesanal. Alta, rubia oscura y con esa clase de belleza tranquila que no necesita demostrar nada, posee unos ojos verdes que parecen capaces de ver venir una desgracia dos semanas antes que el resto. Es la única persona adulta y funcional del grupo, lo que no significa demasiado porque el listón está por los suelos. Su principal defecto es que lleva años enamorándose de hombres emocionalmente indisponibles con la absurda esperanza de arreglarlos. Vega cree que puede curar los traumas ajenos con paciencia y comunicación. La realidad demuestra que algunos hombres necesitarían un exorcismo y ni aun así.

Por último está Bruna, mi mejor amiga desde el instituto, propietaria de una floristería y especialista en decoración floral para eventos, morena, bajita y con una sonrisa preciosa que hace que nadie sospeche el peligro que representa. Ella es la que menos tiempo pasa en el coworking. Es de esas personas que parecen adorables hasta que abren la boca y te proponen una idea que puede acabar perfectamente con una orden de alejamiento o una boda en Las Vegas. Tiene un don especial para detectar la tensión sexual a kilómetros y otro todavía más inquietante para meterse donde nadie la llama. Su red flag principal consiste en aburrirse muy rápido de los hombres buenos y sentirse inexplicablemente atraída por los problemas. Afortunadamente, la terapia y los años la han llevado a reducir sus estándares de toxicidad a niveles razonables. Más o menos.

Y luego estoy yo, claro, la única persona del grupo con una voz interior llamada Patricia.

Que tampoco es precisamente una medalla olímpica.

¿Lo ves? Aquí taritas tenemos todas.

—No era tan así —dice India, dejándose caer en la silla—. Era... intenso.

—Era manipulador, aunque todo el mundo puede cambiar —dice Vega.

—Y mayor —añade Bruna.

—Contra la biología no se puede hacer nada, eso sí —comenta Vega poniendo morritos.

—Era elegante —insiste India.

Las tres la miramos, cual niña del exorcista repetida por tres.

—Era un señor —remato yo y entonces Bruna se gira hacia mí con una sonrisa lenta.

—¡Hola! —exclama, y luego se vuelve a girar hacia India—. Menos mal que ya no estás con él. Era como ver a Heidi con su abuelo.

India le lanza un cojín y Bruna lo esquivo sin esfuerzo.

—No sois normales —murmura India.

—No —respondo dejando mis cosas sobre la mesa—. Pero tenemos razón.

Se hace un pequeño silencio, de esos que traen comodidad y que no necesitan llenarse.

El sonido de los teclados vuelve, el de la cafetera también, y el murmullo de la calle que se cuela por el ventanal abierto se une a la orquesta que tenemos aquí montada.

—Vale —dice India de repente—. Necesito cambiar de tema o voy a volver a escribirle. Además, es que no puedo estar consiguiendo que la gente tenga la boda de sus sueños y yo estar tan sola...

—No lo hagas —dice Vega automáticamente.

—Hazlo —dice Bruna—, pero desde mi móvil. Quiero ver qué pasa.

—No —intervenimos Vega y yo a la vez.

India suspira y se deja caer hacia atrás.

Es entonces cuando me mira.

—Te toca —dice.

Frunzo el ceño.

—¿El qué?

—Tu mañana —responde—. Cuéntanos algo interesante.

—Mi vida en general no es interesante.

—Vives en Santa Cruz —dice Bruna—. Eso ya es interesante.

—Mi mañana tampoco ha sido especialmente interesante —miento.

India entrecierra los ojos, Vega levanta la vista de la pantalla y Bruna sonríe.

Mierda.

—¿Qué ha pasado? —pregunta India.

—Nada.

—Mentira.

—No es mentira.

—Es mentira.

—Es una mentira muy pequeña.

—¿Qué ha pasado? —repite.

Suspiro.

—Casi me mato bajando las escaleras del barrio.

—¿Cómo que casi?

—Lo suficiente como para replantearme mi coordinación motora.

—¿Y?

—Y un imbécil me sujetó antes de que me estampase contra el suelo.

Las tres me miran como si fueran tres cuervitos a punto de sacarme los ojos.

—¿Estaba bueno? —pregunta Bruna levantando las cejitas repetidas veces.

—¿Qué importa eso?

—Es una pregunta objetiva.

—No voy a responder.

—Estaba bueno, está claro —dictamina India.

—No lo sabes. ¿Por qué dices eso? —me indigno.

—Lo sé por cómo estás evitando responder.

Vega apoya los codos sobre la mesa.

—¿Quién era?

—¡Y yo qué sé! —grito, haciendo aspavientos con los brazos.

Patricia cree que recordaríamos hasta su grupo sanguíneo si nos lo hubiera dicho, pero la ignoro.

—Uy, uy, uy. Pero ¿por qué te enfadas?

—Porque me ha caído mal, muy mal. ¡Ya está! ¿Cambiamos de tema?

—Vale —dice India—. Dejemos de hablar del tío ese porque claramente no estás preparada para aceptarlo.

—Gracias —digo, aliviada, luego pongo morritos.

—Hablemos de otra cosa, entonces, sí —dice Vega.

—Mi vida ahora mismo son labiales —respondo.

—Y crisis existenciales —añade India.

—Y café.

—Y más crisis existenciales —corrige Vega.

No les falta razón.

Porque llevo semanas durmiendo poco, trabajando demasiado y revisando el correo como si esperara una señal divina.

O una colaboración.

Preferiblemente una colaboración.

—¿Tenemos noticias de las influencers? —pregunta Bruna.

Claro, es que todavía no lo he contado, pero a mí siempre me han enseñado que la suerte no existe, pero el trabajo duro, el compromiso y la dedicación, sí.

Con el objetivo de hacer crecer *NíaBeauty*, escribí a varias influencers de cosmética, proponiéndoles una colaboración con mis productos.

Entre ellas estaba Inés Ferrer, una de las más tochas en redes sociales.

Levanto la vista y sonrío, precisamente es ella quien ha respondido a mi mensaje.

—Me ha respondido una de ellas—digo con la boquita pequeña. Las tres se incorporan literalmente a la vez.

—¿Y?

—¿Y?

—¿Y?

—Dios mío, parecéis palomas —digo.

—Nía.

—Pues pinta bien o eso creo —informo y ellas gritan. Gritan mucho.

Intento mantener la calma, pero la realidad es que no me sale.

—¡LO SABÍA!

—¡LO SABÍA!

—¡LO SABÍA!

—Patricia cree que no va a llegar a nada... —murmuro.

—Joder, con Patricia... —pregunta India.

—Qué agotadora, la Patri —dictamina Bruna.

—Lo sé.

—Y tú la escuchas demasiado —añade Vega.

—También lo sé.

Abro el correo de nuevo.

Lo he leído doce veces, voy por la trece.

—Se trata de Inés Ferrer. Dice que le encanta el proyecto —explico.

—¿Y entonces por qué tienes cara de funeral? —pregunta Vega. Señalo una línea.

—Porque cada tres frases menciona a su representante.

—¿Y?

—Que me pone nerviosa, es como si necesitara su aprobación para aceptar mi colaboración.

—¿Y por qué te pone nerviosa?

—Porque los representantes siempre ponen nerviosa a la gente.

—Eso te lo acabas de inventar. Querrá dejarse guiar por él, simplemente. Realmente ese es su trabajo.

—Sí, eso es verdad —digo soltando una mini carcajada que me destensa todo el cuerpo.

—Lo sabía.

—Dice que cualquier decisión hay que hablarla con él —continúo—. Que él coordina todo. Que él revisa todo. Que él aprueba todo.

—Controlador —masculla India.

—India, no es una relación.

—Todavía.

Pongo los ojos en blanco.

Qué manía tienen de convertir cualquier cosa en una comedia romántica.

4

Nía

Hay días en los que ser autónoma tiene cierto encanto.

Pocos, eso sí, según la racha.

Pero alguno hay.

Por ejemplo, esos días en los que consigues tachar tareas de la lista y te sientes una adulta funcional durante aproximadamente siete minutos.

Bueno, hoy no es uno de esos.

Hoy paso la mañana respondiendo correos electrónicos, revisando muestras de labiales, las constantes interrupciones de India y las intervenciones no solicitadas de Patricia.

No son exactamente lo mismo, por si te lo preguntas, aunque ambas resultan agotadoras.

—¿Creéis que si me hago flequillo pareceré una persona nueva?

—pregunta India desde la otra punta del coworking.

—No —responde Vega sin levantar la vista del ordenador.

—¿Y si me mudo a... no sé, algún país del sudeste asiático?

—Tampoco.

—¿Y si bloqueo a todos mis ex?

—Eso sí.

—Vaya. Habéis reaccionado muy rápido a esa.

Bruna, Vega y yo reímos al mismo tiempo.

Claro, es que hay prioridades en esta vida, y bloquear exnovios ocupa un lugar sorprendentemente alto en la lista.

Pero, volviendo al tema, hoy llevo toda la mañana intentando concentrarme y cada vez que abro un documento, una hoja de cálculo o un correo, aparece la misma imagen en mi cabeza.

Esa camiseta negra y esa sonrisa insufrible precedente a comentarios mordaces.

—Estás escribiendo la misma frase desde hace diez minutos.

Levanto la vista y me doy cuenta de que Vega me observa desde su mesa.

Parpadeo un par de veces, miro la pantalla y, efectivamente, es la misma frase.

Cierro los ojos, me llevo dos dedos al puente de la nariz y pellizco.

—Estoy reflexionando —me excuso.

—Estás empanada.

—Reflexionar y estar empanada son prácticamente lo mismo.

—No lo tengo yo muy claro, pero si tú lo dices... —dice Vega, luego suelta un suspiro.

—¿Todavía estás pensando en ese chico?

—No estoy pensando en ese chico —respondo con el ceño tan fruncido que ni todo el bótox del mundo podría reparar eso.

—Estás pensando en ese chico —afirma supersegura de sí misma.

La odio.

Un poco.

Solo un poco.

Patricia cree que estamos pensando muchísimo en ese chico y que deberíamos mudarnos para no volver a hacer el ridículo en esta ciudad, pero ella siempre propone soluciones drásticas.

—No estoy pensando en él, en serio —insisto.

—Ajá.

Ese "ajá" de Vega debería estar prohibido por ley, porque significa que no me cree lo más mínimo.

Lo peor es que suele tener razón.

Por suerte, antes de que pueda seguir interrogándome, India se mete en la conversación:

—Tengo hambre.

—Como siempre —dice Bruna sin levantar la vista de la tablet.

—Lo digo en serio.

—Hace cuarenta minutos te has metido un trozo grandísimo de coca de mollitas entre pecho y espalda. ¿Qué más quieres?

—Y fue insuficiente.

—Como tu último novio —murmura Bruna sonriendo de forma maquiavelica.

Desde luego, no sé para qué quiero enemigos, si mira cómo son mis amigas.

Solo le ha faltado soltar un: *MUAJAJAJA* e insertar emoticonos de diablitos morados como lo haría en una conversación de whatsapp.

India le lanza un bolígrafo, pero Bruna lo esquivo sin esfuerzo. Es preocupante la práctica que tiene.

—Voy a pedir comida.

—Es la una y media. ¿No puedes esperar un poco?

—Precisamente.

—Eso no tiene sentido. —Vega niega con la cabeza.

—Tengo hambre. No necesito sentido.

La discusión dura exactamente cuatro minutos antes de que acabemos haciendo lo que hacemos siempre que se nos hace la hora de comer y nos lo podemos permitir: pedir comida al coworking.

Esto lo hacemos por varias razones, entre ellas, que ninguna quiere cocinar, ninguna quiere salir a pillar unos bocadillos del bar del final de la calle, por ejemplo, y todas somos demasiado vagas para discutirlo más, así que terminamos encargando comida al asiático de la esquina.

El de siempre, que tarda una eternidad cuando tenemos hambre y aparece en tiempo récord cuando ya no nos importa.

Esta vez llega más pronto de lo esperado y comprobamos que los recipientes están calientes, los fideos brillantes de aceite, las verduras con una cantidad cuestionable de salsa y el pollo probablemente ha visto más mundo que nosotras.

Grasiento, poco equilibrado y espectacular.

¿Para qué voy a mentir?

Sentadas alrededor de una mesa llena de envases de cartón, vamos a proceder mientras damos cuenta de esta insalubre comida a hablar de trabajo, clientes imposibles y facturas.

La vida adulta es bastante menos glamourosa de lo que prometían las películas.

—Voy a morir joven —anuncia India después del primer bocado.

—Pero feliz —añade Bruna.

—Y con colesterol —remata Vega.

Yo me río mientras enrolló fideos alrededor del tenedor y por un momento todo resulta agradable, fácil y normal.

Justo lo que necesito, porque nadie me va a devolver estos últimos días en los que he estado funcionando a base de café y una cantidad poco saludable de fe.

Fe en *NíaBeauty*, en que las cosas salgan bien, en que todo este esfuerzo sirva para algo y en que la reunión con la influencer sea tan buena como parece.

Y Patricia podrá decir misa, pero no pienso acabar debajo de un puente con unos guantes que tengan las yemitas de mis dedos cortadas.

¿Estamos?

Estamos.

—Cuando era pequeña pensaba que a los treinta tendría una casa preciosa, las cosas claras y una cocina llena de plantas aromáticas —dice India.

—¿Y qué tienes? —pregunta Bruna.

—Hemorroides de vez en cuando.

—Dicen que una vez salen, son para toda la vida, ¿no? Eso cuenta como estabilidad.

India le lanza una servilleta, yo me río y, por un segundo, me olvido del representante, de la influencer y del idiota de esta mañana.

Terminamos de comer con este ambientillo tan agradable que aparece cuando estoy con ellas, trabajamos, tomamos unos cafés que guardamos en la nevera del coworking y seguimos trabajando.

Cuando me quiero dar cuenta ya es por la tarde, así que recojo mis cosas, me despido de las chicas y salgo al exterior.

Alicante tiene una luz especial cuando el sol empieza a caer, y es que las fachadas parecen más cálidas, el aire se vuelve más suave y el olor a mar se desplaza por toda la ciudad.

Emprendo el camino hacia Santa Cruz sin ningún tipo de prisa y cuando llego al barrio, hago lo de siempre sin darme cuenta: bajo el ritmo.

Disfruto de subir los escalones, de las macetas, del ruido de la gente y de mis calles.

No tardo en toparme con la fachada de mi casa, y es entonces cuando veo la escena que hace de preludio para un calvario que no me veo venir.

5

Nía

Frunzo el ceño.

Hay cajas por todas partes, una mesa, dos lámparas...

¿Eso es una bicicleta?

Y Carmen, por supuesto, supervisando todo como si fuera la directora de una operación militar.

Sonrío.

Parece que ya ha alquilado la casa, así que bien por ella.

No tiene mucha pensión y no especula con el alquiler, por lo que ese dinero le viene muy bien.

Sigo caminando hacia mi casa y es entonces cuando escucho una voz que hace que me quede completamente inmóvil:

—Esta caja irá mejor dentro.

No.

No puede ser.

No.

Patricia cree que sí, así que me giro y ahí está sujetando una caja enorme con la maldita camiseta negra, porque aparentemente Dios ha decidido castigarme.

El imbécil de las escaleras de esta mañana con la sonrisa insufrible.

Levanta la vista y me ve.

Se queda quieto y yo también, porque por lo visto a mí también parece que me falta una pechinita en la cabeza que me obliga a quedarme parada como un pasmarote delante de él.

Nos señalamos al mismo tiempo.

Lo que yo te diga... no hay nadie al volante.

Ni en su cabeza ni en la mía.

Yo sí, me dice Patricia en el oído.

—¿TÚ?

—¿TÚ?

Lo decimos al mismo tiempo, todo muy romcom vibes.

Mátame, camión.

Carmen sonríe.

Mucho, además.

Tanto, que parece que se haya puesto dos chinchetas en las comisuras de la boca y nunca pueda volver a estar seria.

—¡Ay, qué bien! —exclama—. ¿Ya os conocéis?

—No —digo inmediatamente.

—Sí —dice él al mismo tiempo.

Lo fulmino con la mirada y él sonríe.

Capullo.

—Bueno, sí, desgraciadamente —mascullo.

El muy desgraciado sigue sonriendo, como si esta situación le pareciera divertida.

¿Divertida de qué?

—Nos hemos cruzado esta mañana —explica.

—Casi me mata —añado yo, cruzándome de brazos.

—La sujeté para que no se matara, es distinto —dice alzando el dedo índice muy despacio.

Es un caradura, lo juro.

Sí, la verdad es que esa cara es digna de demanda judicial, dice Patricia.

He dicho caradura, no que sea guapo, la reprendo.

—Detalles —digo haciendo un aspaviento con la mano y rodando los ojos hacia arriba.

Necesito que la maldita Patricia se calle.

Carmen se ríe, pero yo no.

—Bueno, pues mejor —dice Carmen—. Así será más fácil.

Un escalofrío me recorre la espalda y siento un leve rastro de sudor en la nuca.

—¿Más fácil qué?

—La convivencia.

Parpadeo.

Una vez.

Dos.

Tres.

¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué dice?

No.

No.

No.

Me da algo.

No.

—¿De qué convivencia hablas? —pregunto.

Carmen me mira como si acabara de decir la mayor obviedad del mundo.

—La de vecinos, hija.

Y señala la casa vacía, su casa de alquiler, vamos, la que comparte pared con la mía.

La casa que llevo viendo toda mi vida, la que ahora...

No.

Es que no puede ser.

¿Ese tío como mi vecino?

¿Qué clase de castigo divino es este?

Porque yo reciclo, yo separo el plástico, ¿vale?

Quiero decir... es una buena acción.

¡No me merezco esto!

Miro a Carmen, miro la casa, lo miro a él y miro la casa otra vez.

—No. Eso no puede ser...

—Sí —dice él.

—No, definitivamente no —digo colocando los brazos en jarras.

—Sí.

—NO.

—Sí.

Odio que disfrute tanto de esto.

—Encantado, vecina.

—No me llames vecina.

—Técnicamente lo eres.

—Técnicamente puedes callarte.

Carmen vuelve a reírse.

Él también.

Yo no.

Deben estar pegándome un vacile... porque yo no entiendo nada de lo que está pasando.

Sin decir nada más, recojo mi dignidad del suelo, me doy media vuelta y camino hacia mi puerta.

—No se lo tomes en cuenta, Gael. Nía es muy buena niña —oigo que le dice Carmen al tonto labia, mas no me giro.

Abro la puerta, entro a casa y cierro.

Apoyo la espalda contra la madera.

Cierro los ojos, agradeciendo que dentro de mis cuatro paredes hay silencio, pero este silencio dura aproximadamente tres segundos, porque entonces escucho ruido al otro lado de la pared.

La pared.

La maldita pared.

La que ahora comparto con él.

¿Gael, se llama?

Respiro hondo.

Patricia acaba de entrar en crisis.

Y, por una vez, creo que tiene motivos.

6

Nía

Llevo ya un rato dentro de casa, pero sigo sintiendo exactamente las mismas ganas de coger a Carmen por los hombros y preguntarle si se ha vuelto completamente loca mientras la zarandeo.

Pero no demasiado, porque recordemos que es una señora mayor y a las señoras mayores hay que tratarlas como a los recién nacidos, con mucho cuidadito, porque sus huesitos se pueden descuajeringar en cualquier momento.

Pero vaya tela, con la Carmen...

Una cosa es alquilar la casa, si no digo yo que no, y otra muy distinta alquilársela a ÉL.

Resoplo y observo el recibidor: la fotografía de la *iaia* sigue encima de la consola de madera, como el jarrón.

Aunque las flores frescas que cambié el domingo pasado empiezan a necesitar relevo.

—No me mires así —murmuro.

La foto no responde, claro, aunque Patricia cree que la *iaia* se está riendo.

La ignoro.

Lo que sí hago es sacar el móvil, porque si no comparto esta información con alguien, voy a implosionar.

Abro WhatsApp y tampoco me hace falta buscar demasiado, pues el grupo **Las Desgraciadas**, me sale como primera opción de chat.

Nía: *Emergencia.*

India: *¿Ha explotado el coworking? No me digas eso, por favor, es el más barato. ¡No podemos permitirnos otra cosa!*

Bruna: *¿India ha vuelto con el anciano y te ha pedido que nos lo cuentes?*

India: *iEh! iSerás estúpida!*

Vega: *¿Quién ha muerto?*

Nía: *Nadie. Uff, toquemos madera.*

India: *Entonces no es una emergencia.*

Nía: *El imbécil de esta mañana vive al lado.*

Bueno, pues ya lo he soltado.

Qué gusto.

Ninguna dice nada y por lo que sea se hace un silencio virtual en la conversación, hasta que...

Bruna: JAJAJAJAJAJAJAJAJA

India: NO.

Vega: *No.*

Nía: *Sí.*

India: *Me niego a aceptar que el universo funcione tan bien.*

Bruna: *¿Vas a reconocer ahora que está bueno o tampoco?*

Nía: *Flipo contigo, Bruna.*

Bruna: *Pues a mí me parece un dato bastante importante.*

India: *Estoy con Bruna.*

Vega: *Yo también.*

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

No las soporto, menudas zopencas.

Os odio, escribo.

No tanto como lo vas a amar a él dentro de tres meses, dice India.

Mira, lo que me faltaba por escuchar.

Digo, por leer.

¿Qué se ha fumado?

NI - DE -COÑA.

Voy a abandonar el grupo, escribo de forma casi frenética, porque la conversación, lejos de ayudarme, me está rompiendo los nervios.

No antes de mandarnos una foto, responde Bruna.

Les digo adiós, con todo mi papo, y guardo el móvil.

No me ha servido de absolutamente nada, pero al menos ahora hay tres personas más sufriendo conmigo.

O riéndose de mí.

Quizá viene a ser lo mismo.

Me quito las zapatillas en mitad del pasillo y las dejo tiradas donde caen.

Ya las recogeré.

O no.

No puedo ahora tomar esa decisión, tengo que poner toda mi energía en procesar lo que ha ocurrido.

Camino hasta la cocina intentando convencerme de que esto no es para tanto porque, siendo sincera y una persona medianamente racional, no es mi ex, ni mi jefe.

Ni siquiera es alguien importante en mi vida.

Es solo un vecino nuevo.

Alguien que ya me parecía insufrible antes de mudarse, pero bueno, es un vecino sin más, al fin y al cabo.

Abro el frigorífico.

Lo observo.

El frigorífico me observa a mí.

Tenemos una relación bastante estable, la verdad sea dicha.

—A ver —murmuro en voz alta—. Hay queso rallado, tomate, media bolsa de rúcula que ha vivido tiempos mejores, dos huevos, una cerveza...

También hay una zanahoria sospechosa.

Patricia cree que podría denunciarme por abandono.

La zanahoria, no ella.

Decido hacer una pizza, porque la pizza nunca juzga y nunca te dice que acabas de descubrir que compartes pared con un hombre que parece diseñado específicamente para sacarte de quicio.

La pizza está para apoyarte.

Mientras el horno se calienta, voy a mi habitación, me recojo el pelo en un moño torcido, me quito los vaqueros y me pongo una camiseta enorme de publicidad que me regalaron en un evento de cosmética hace tres años.

La camiseta llega prácticamente hasta mis rodillas.

Perfecto.

Si alguien llama a la puerta esta noche, fingiré mi muerte.

Luego vuelvo a la cocina y monto la pizza, poniendo más queso del que recomienda cualquier médico responsable.

Cuando por fin la meto en el horno, apoyo las manos sobre la encimera.

La casa está en silencio, uno de esos agradables y que conozco de memoria.

El mismo silencio que escuchaba cuando la *iaia* se quedaba dormida viendo la televisión, el cual me acompañó después, cuando la casa se quedó demasiado grande, aprendí a vivir sola y decidí que iba a quedarme aquí pasara lo que pasara.

Porque esta casa es hogar, refugio y lugar seguro.

Y por primera vez en todo el día consigo relajar los hombros.

Solo un poco.

Lo justo para decirme a mí misma que todo va a ir bien.

Y entonces...

¡BUM!

El golpe resuena al otro lado de la pared.

Me quedo inmóvil, parpadeo y miro hacia la pared.

Quizá ha sido algo puntual, se le ha caído una caja y...

¡BUM!

Otro golpe.

Patricia cree que están desmontando la vivienda con una excavadora y empiezo a considerar que tendría sentido.

Miro el temporizador del horno: doce minutos.

Doce.

Minutos.

No puede ser tan difícil sobrevivir doce minutos.

Entonces llega el tercer golpe.

Y el cuarto.

Y el quinto.

Y cuando me siento en el sofá con la pizza recién hecha y una mascarilla hidratante sobre la cara, la cual me he puesto con deditos temblorosos con tal de calmar mi sistema nervioso, estoy tan pendiente de la pared como de la televisión.

Que es decir mucho, porque la televisión está emitiendo un programa donde una señora intenta encontrar el amor entre veinte hombres vestidos de vikingo.

Y aun así la pared sigue ganando.

—Esto es ridículo —murmuro.

Patricia cree que deberíamos mudarnos.

OTRA VEZ.

—No voy a mudarme.

Patricia cree que deberíamos mudarlo a él.

—Tampoco.

Patricia está empezando a radicalizarse.

Y, sinceramente, la entiendo.

7

Gael

Alicante no formaba parte del plan.

En realidad, pocas cosas de mi vida han formado parte de un plan en los últimos años, pero lo de mudarme a una casa encalada, en una calle empinada del barrio de Santa Cruz, con media mudanza atrapada en una escalera y una vecina que parece odiarme por deporte, desde luego no estaba en ninguna lista.

Ni siquiera en las malas.

Y mira que he tenido listas bastante malas.

Apoyo una caja sobre el suelo del salón y respiro hondo.

El cartón cruje bajo mis manos.

Yo también estoy a punto de crujir, porque si alguien me hubiera dicho que mudarse a una casa sin acceso directo en coche iba a convertirse en una disciplina olímpica, quizá habría elegido otro barrio.

Uno más práctico.

Uno con ascensor.

Uno donde subir una cómoda no implicara replantearte tu fe, tu forma física y todas las decisiones que te han traído hasta aquí.

Pero entonces no estaría aquí y, muy a mi pesar, este lugar tiene algo.

La casa es pequeña, antigua y luminosa.

Las paredes son blancas, pero no de ese blanco frío de piso reformado sin alma, sino blancas de cal, de verano, de sol entrando por las ventanas y quedándose pegado a los muebles.

El suelo tiene algunas imperfecciones, las puertas no cierran del todo bien y una de las ventanas chirría como si llevara décadas quejándose de la vida.

Me gusta.

No debería, pero me gusta.

Supongo que después de demasiados hoteles, apartamentos impersonales y habitaciones donde todo huele a ambientador caro y

a nadie, una casa con defectos empieza a parecer un lujo.

Dejo la caja junto a la pared y miro alrededor.

Todavía hay demasiado por hacer.

Cajas abiertas, cajas cerradas, cajas que no tengo ni idea de por qué he traído, una lámpara apoyada contra una silla, libros que no caben donde deberían caber...

Y, lo más importante: un portátil esperando encima de la mesa, con treinta y siete correos sin contestar y dos reuniones confirmadas para mañana.

Mi vida normal, básicamente, o lo más parecido a una vida normal cuando trabajas con gente que factura por sonreír a una cámara y puede convertir unos polvos de sol en tendencia nacional con un vídeo de quince segundos.

Me paso una mano por el pelo.

Alicante es práctico, eso es lo que me repito de forma automática.

Estoy aquí por trabajo, varios proyectos que me obligan a moverme entre Valencia, Murcia, Madrid y esta zona de costa.

Necesitaba una base, algo que no fuera otro hotel y me permitiera trabajar sin sentir que mi vida cabe siempre en una maleta.

Así que Carmen, mi nueva y anciana casera, apareció en el momento justo: casa disponible y precio razonable en un barrio precioso.

Pero lo de una vecina con tendencias homicidas no lo mencionó en el contrato.

Detalle importante.

—Gael, cariño —grita Carmen desde la puerta—, ¿te dejo las llaves del cuartito de abajo aquí encima?

—Sí, gracias.

Aparece en el marco de la puerta con las llaves en la mano, el delantal de flores y esa expresión de señora que sabe más cosas de las que dice.

Lleva todo el día dirigiendo la mudanza como si esto fuera una operación militar y yo un soldado bastante mediocre.

—¿Seguro que no quieres que llame a mi sobrino para que te ayude con lo que falta?

—Seguro.

—Mira que está fuerte, que ese te coge cinco cajas de una.

—Yo también —le digo con sorna.

Me mira de arriba abajo.

—Sí, pero tú tienes cara de haberte arrepentido de nacer.

No puedo evitar sonreír.

—Estoy cerca.

Carmen se ríe y deja las llaves sobre la mesa.

—Ya verás qué bien vas a estar aquí. Este barrio es una maravilla. Tranquilo, bonito, con buenos vecinos...

Se detiene, me mira y la sonrisa se le ensancha todavía más.

Demasiado.

Llevo menos de un día aquí y ya me ha organizado media vida.

—Y Nía es un encanto.

Ah.

Nía, mi nueva vecina, que coincide con ser la misma chica de esta mañana, la de las escaleras.

Ese es el nombre de la chica que casi se cae porque parece ser un poco torpe y aún así consiguió comportarse como si el culpable fuera yo.

—¿Un encanto? —repito.

Carmen alza una ceja.

—Sí.

—¿Estamos hablando de la misma persona?

—¡Claro que sí! Virginia María Montemayor.

—¿Virginia María?

Eso sí que no me lo esperaba, sus padres se quedaron muy a gusto cuando la bautizaron.

Nía no tiene cara de Virginia María.

Tiene cara de Nía: tres letras, respuesta rápida, dedo acusador y mujer que te mira como si ya hubiera decidido que eres culpable aunque todavía no sepa de qué.

—No se lo digas —advierte Carmen—. Odia que la llamen así.

Interesante.

Muy interesante.

—Lo tendré en cuenta.

—No —me señala con un dedo—. No lo tendrás en cuenta. Lo usarás para chincharla. ¡Conozco a los chicos como tú!

Me encojo de hombros.

—No sé de qué me habla.

—Claro que sí. Tienes cara de tener muy mala idea.

—Eso me han dicho alguna vez.

—Pues con Nía, cuidadito. Es una buena niña.

Claro.

La misma buena niña que esta mañana me miró como si estuviera valorando empujarme escaleras abajo y hacer pasar mi muerte por accidente urbanístico.

—Me alegra saberlo.

Carmen suspira.

—Ha pasado mucho, ¿sabes? Pero es fuerte y trabajadora. Muy suya. Igual que su *iaia*.

Esto último lo dice de otra manera, con más cariño, y eso me hace mirar hacia la pared que separa mi casa de la suya.

No sé por qué.

Quizá porque por primera vez desde que la he visto esta mañana, Nía deja de parecerme solo una chica enfadada con el mundo y empieza a parecerme alguien con una historia.

Todos tenemos una, solo que algunos la escondemos mejor.

—No seré un mal vecino —digo, más serio.

Carmen me mira como si hubiera leído algo en mi cara.

—Eso espero, hijo. Porque ella necesita paz.

Genial.

Perfecto.

Justo lo que soy yo.

Paz.

La representación humana de una vela aromática.

Carmen se marcha poco después, no sin antes recordarme tres veces dónde está el contador de la luz, dos veces que no arrastre muebles muy tarde y una última vez que "Nía madruga mucho porque trabaja demasiado".

Lo que, traducido del idioma Carmen, significa que no le toque las narices.

Intentaré no hacerlo, aunque probablemente fracasaré.

Cuando por fin me quedo solo, la casa parece más grande.

O más vacía.

No sabría decirlo.

Abro una caja marcada como DESPACHO, aunque dentro hay calcetines, dos cargadores, una libreta negra y un marco de fotos envuelto en una camiseta.

Muy profesional todo.

Cojo uno de los cargadores y lo conecto a mi ordenador portátil.

El móvil vibra porque he recibido una notificación, luego otra y otra más.

Trabajo.

Siempre trabajo.

Una marca quiere cambiar la fecha de una campaña.

Una influencer pregunta si puede aprobar un guion mañana en lugar de hoy.

Un cliente pregunta si "natural pero aspiracional" puede ser una línea estratégica.

Cierro los ojos.

A veces echo de menos cuando las palabras significaban algo concreto.

Me siento en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá todavía cubierto de plástico, y respondo varios correos desde el móvil.

Rápido, directo y sin pensar demasiado.

Tengo esa habilidad: resolver problemas ajenos con una calma que no siempre aplico a los míos.

No obstante, ahora mismo tengo una estantería a medio montar, la espalda rota y una vecina que probablemente ya me odia.

Prioridades.

8

Gael

La estantería viene en una caja larga, pesada e innecesariamente complicada.

La apoyo contra la pared del salón y saco las piezas una a una.

Dieciséis tornillos.

Cuatro baldas.

Dos laterales.

Una bolsa de piezas metálicas que parecen iguales pero, según el manual, no lo son.

El manual tiene dibujos pequeños y una alegría insultante.

"Montaje fácil en veinte minutos".

Claro y yo soy la reina de Inglaterra.

A los diez minutos ya he perdido un tornillo.

A los quince, descubro que una balda está al revés.

A los veinte, entiendo que la estantería no se va a montar sola.

A los treinta, estoy sudando.

A los cuarenta, se me cae una pieza.

¡BUM!

El sonido retumba en la habitación.

Recojo la pieza, intento colocarla otra vez y la estantería se mueve.

La sujeto, pero una de las baldas golpea contra el suelo.

¡BUM!

Cierro los ojos.

—Genial —murmuro.

Sigo, porque soy cabezota y porque no creo que sea tan inútil como para no saber montar esto.

Además, necesito tener algo terminado hoy.

Una cosa. Una sola, aunque sea una estantería barata de madera clara que probablemente no soportará ni el peso de mis libros.

El problema es que el suelo no está completamente recto.

Nada en esta casa está completamente recto.

Eso también me gusta, pero ahora mismo lo odio.

Empujo la estantería hacia la pared, pero no encaja, así que vuelvo a moverla.

Golpea de nuevo.

¡BUM!

Me quedo quieto, esperando la reprimenda, porque soy consciente de que estoy haciendo mucho ruido.

Nada.

Quizá no lo ha oído y la pared es más gruesa de lo que parece.

Quizá...

Toc.

Toc.

Toc.

Me giro despacio, miro la pared y sonrío.

No debería, de verdad que no, también soy consciente de eso, pero lo hago, porque la imagen de Nía al otro lado de esa pared, probablemente con el ceño fruncido y cara de querer arrancarme la cabeza, es demasiado fácil de imaginar.

Toc.

Toc.

Toc.

Otra vez.

Aunque estos golpes tienen un nivel de hostilidad considerablemente mayor.

Dejo el destornillador sobre el suelo, me acerco a la pared y apoyo los nudillos.

Esta vez soy yo quien golpea la pared.

Toc.

Toc.

Toc.

Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme.

No sé qué espero: que se calme, que me ignore o que la pared se convierta en el método de comunicación más absurdo de mi vida.

Toc.

Toc.

Toc.

Esta vez viene más rápido e impaciente.

Me apoyo contra el marco de la puerta, cruzo los brazos y sonrío abiertamente.

Acabo de mudarme, tengo la casa llena de cajas, la espalda destrozada y estoy de trabajo hasta las cejas.

Pero, aún así, lo más interesante de mi día está ocurriendo en este mismo instante y a través de una pared.

—Buenas noches, vecina —digo lo bastante alto para que me escuche.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—No me llames vecina.

Su voz llega amortiguada, pero llega y, por alguna razón absurda, me hace gracia.

Mucha.

—Técnicamente lo eres.

—Técnicamente eres insoportable.

—Eso ya me lo habías dicho.

—Y volveré a decirlo.

—Qué detalle.

Al otro lado no responde de inmediato.

Me imagino su cara enmarcada en cabello corto y oscuro.

Ojos enormes, aunque todavía no sé de qué color exacto porque esta mañana estaba demasiado ocupado intentando que no se estrellara contra el suelo y luego defendiéndome de sus acusaciones.

Pero sí recuerdo su forma de mirar: directa e incómoda, como si no supiera hacer nada a medias.

Recuerdo también la manera en la que se apartó de mi mano demasiado rápido, como si admitir que la había ayudado pudiera darle alergia.

Recuerdo su boca.

Eso sí lo recuerdo.

Demasiado bien, además.

Y su manera de mover las manos al hablar.

Dispara palabras, gestos, miradas.

Todo.

—Deja de hacer ruido —dice al otro lado.

—Estoy montando muebles.

—Pues móntalos en silencio.

—No sabía que existía esa modalidad.

—Invéntatela.

Me río, no puedo evitarlo.

—¿Siempre das órdenes a través de las paredes?

—Solo cuando mi nuevo vecino decide taladrarme el sistema nervioso.

—No estoy taladrando.

—Pues suena como si estuvieras construyendo una catedral.

Miro la estantería a medio montar.

—Es una estantería.

—Pues dile que sufra más bajo.

Esta vez la risa se me escapa sin poder contenerme.

—¿Te estás riendo?

—Un poco.

—Qué bien. Me alegro de contribuir a tu felicidad.

—Lo estás haciendo mejor de lo que crees.

Después llega una pausa en la que esta conversación absurda podría terminar o convertirse en otra cosa.

No sé por qué no quiero que termine.

Debería quererlo, porque tengo trabajo, muebles... ya sabes.

Tengo vida.

Pero no, me quedo aquí con la mano apoyada en la pared como un idiota.

—Mira, Gael —dice. Y mi nombre en su voz suena distinto, más afilado y más vivo—. Mañana trabajo. Necesito dormir. Si puedes dejar de luchar contra tu mobiliario, te lo agradecería.

—Lo intentaré.

—No lo intentes. Hazlo —dice entre dientes.

Estoy seguro de que si me tuviera delante me estrangularía.

Sonrío.

—Buenas noches, Nía.

Por un momento pienso que no va a contestar, pero entonces...

—Buenas noches.

Luego escucho movimiento al otro lado, quizá se esté alejando poniendo los ojos en blanco.

Después recojo el destornillador y termino de montar la estantería con más cuidado.

No porque ella me lo haya pedido, por supuesto que no. Pero es tarde, Carmen me ha dicho que Nía madruga y no soy ningún animal.

Nada más.

Cuando por fin termino, dejo los libros en el suelo y decido que ya seguiré mañana. Me ducho, ceno un bocadillo que he comprado de camino de pie en la cocina, decido que mañana tendré que hacer una compra en el súper y reviso de nuevo el móvil.

Correos, mensajes, reuniones, una campaña que amenaza con complicarse y una colaboración pendiente.

Voy directo a la habitación tras lavarme los dientes, porque estoy molido.

Huele a cartón, detergente y casa recién ocupada.

Abro la ventana un poco y dejo que entre el aire de la calle: tibio, con sal, de Alicante.

Me tumbo y miro el techo.

Debería estar pensando en trabajo, llamadas, contratos y la cantidad absurda de cosas que tengo pendientes, pero me sorprende pensando en la vecina.

En la forma en la que ha dicho mi nombre, lo mucho que parece odiarme y lo fácil que es hacerla saltar.

También en lo raro que resulta que, después de un día agotador, lo único que me haya despejado de verdad haya sido una discusión a través de una pared.

La vecina me cae mal, objetivamente es borde y exagerada, y claramente tiene problemas para diferenciar entre un accidente y un intento de asesinato.

Eso está claro.

Pero mientras cierro los ojos me descubro sonriendo, lo cual tampoco habla demasiado bien de mí.

Llevo menos de un día viviendo aquí y ya tengo un nuevo *hobby*: meterme con ella.

9

Nía

MARTES

El día empieza con una certeza bastante clara: tengo que hacer la compra.

No es una sospecha ni una intuición, sino un hecho empírico, contrastado y bastante deprimente en el que llevo pensando desde anoche, cuando abrí el frigo y pude hacerme la pizza de milagro.

La zanahoria sospechosa sigue ahí.

Sí.

En el mismo sitio y con la misma pinta de estar planteándose su existencia.

Patricia cree que la zanahoria ya tiene derechos como ocupante legal de la vivienda.

Yo empiezo a pensar que también.

—Buenos días a ti también —murmuro.

La zanahoria no responde, claro, pero yo ya he aceptado que eso de emprender me está dejando poco a poco *delulu*.

Apoyo las manos en la puerta del frigorífico y observo el interior con la esperanza de que aparezca comida por generación espontánea.

No aparece, claro.

Qué poco espíritu colaborativo tiene la vida, pienso.

Al final desayuno una tostada tan dura que podría usarse para reforzar los cimientos de la casa, un café enorme y un yogur de identidad dudosa, porque soy una mujer valiente.

Bueno, no, que de valientes está lleno el cementerio.

Soy una mujer que no tiene tiempo, que viene a ser lo mismo, pero con peor piel, porque es la primera que te avisa de que tu cortisol está alto.

Me siento en la mesa pequeña de la cocina con el portátil abierto, la taza de café delante y la lista de tareas del día

desplegada en una libreta.

Veamos...

Responder correo de la influencer, revisar muestras, actualizar textos de la web, cerrar nombres de productos, comprar comida...

Subrayo comprar comida dos veces y luego una tercera.

Por si acaso.

El barrio ya está despierto al otro lado de la ventana, porque una persiana sube con un chirrido perezoso, alguien arrastra una silla hacia el exterior de una de las casas y Carmen habla con una vecina en algún punto de la calle y, aunque no entiendo lo que dice, detecto claramente ese tono de quien está dando información importante sin que nadie se la haya pedido.

Santa Cruz funcionando con normalidad, hasta que mi mirada se desvía hacia la pared.

La maldita pared que ahora comparto con él.

Respiro hondo y siento ese globo que nunca termina de inflarse dentro del pecho.

No pasa nada, me digo.

Es una pared, una simple pared hecha de ladrillos, yeso y pintura blanca.

No tiene ningún poder sobre mí.

Patricia cree que deberíamos comprobar si sigue vivo, pero no voy a comprobar nada.

Patricia cree que si murió aplastado por la estantería, Carmen nos pedirá explicaciones.

—No murió aplastado por la estantería, por el amor de Dios...

Patricia cree que no lo sabemos.

Miro la pared.

La pared me mira a mí.

Bueno, no.

Pero casi.

No pienso hacerlo, no soy esa clase de persona. Además, tengo dignidad.

¿Verdad?

Tres segundos después estoy de pie, cruzando la cocina de puntillas como si en mi propia casa hubiera cámaras de seguridad.

Patética.

Muy patética.

Apoyo la oreja contra la pared.

Nada.

Ni golpes, ni cajas, ni su voz...

Solo silencio.

Un silencio sospechosamente perfecto.

Patricia cree que el silencio es peor.

Patricia necesita una afición.

Me separo de golpe, como si la pared quemara.

No sé qué demonios hago... esto es ridículo, absolutamente ridículo.

No voy a convertirme en una mujer que desayuna escuchando paredes.

No, señor.

Tengo límites.

Pocos, pero alguno tengo.

Recojo la taza, dejo el plato en el fregadero y voy a mi habitación para vestirme.

Elijo unos vaqueros claros, una camiseta blanca metida por dentro y una camisa de algodón fino color lavanda que compré en rebajas y que me hace sentir como si tuviera la vida muchísimo más organizada de lo que realmente la tengo.

Me miro al espejo.

Mi pelo todavía está un poco rebelde por haber dormido mal, tengo unas ojeras que, gracias a Dios no están muy marcadas y los labios sin pintar.

Vamos, tengo cara de autónoma con deudas, sueños y una voz interior llamada Patricia.

Tras lavarme los dientes, me maquillo rápido con un poco de corrector, colorete, máscara de pestañas y uno de mis labiales.

Creo que este se llamará **No era para tanto**.

Rosa palo, suave, bonito y mentiroso, porque sí era para tanto, igual que cuando digo que estoy bien.

Todo está siendo bastante para tanto últimamente.

Me cuelgo el bolso al hombro y cojo las llaves.

Voy tarde, como siempre, pero eso no le sorprende a nadie.

No obstante, mi mente nunca para de funcionar y siempre va a toda velocidad.

Llevo meses dándole vueltas a la nueva colección.

He cambiado los envases por unos más sostenibles, y quiero terminar la web y dejar claro que *NíaBeauty* no es solo maquillaje.

Quiero que huela a Mediterráneo, a cosas hechas despacio, a ingredientes naturales y a mujeres normales que no tienen la vida resuelta.

Porque yo tampoco la tengo.

Abro la puerta y entonces veo la nota pegada a la madera con un trocito de cinta adhesiva.

Me quedo inmóvil y parpadeo una, dos y hasta tres veces.

No puede ser.

Arranco el papel despacio, como si fuera una prueba de delito y me doy cuenta de que está escrito con letra masculina, firme y ligeramente inclinada.

Estimada vecina:

La estantería ha sobrevivido y yo también.

Gracias por su preocupación.

Atentamente, su vecino insoportable.

Miro la nota, luego la pared y luego vuelvo a mirar la nota.

¿Este pavo me escucha los pensamientos o algo así?

Patricia cree que deberíamos prender fuego a algo, que estamos siendo demasiado blandas.

Yo pienso que todavía no, por lo que doblo el papel y lo meto en el bolso.

No porque piense conservarlo. No te confundas, ¿eh?

Por supuesto que no.

Lo guardo como prueba judicial, no vaya a ser que tenga un plan maquiavélico para desvivirme o algo.

Salgo a la calle, cierro la puerta y bajo los escalones intentando no mirar hacia su casa.

No miro.

Lo consigo, lo consigo, lo consigo.

No miro.

Mierda.

Miro.

La puerta está cerrada.

Perfecto.

Mejor.

No quiero verlo, ni cruzarme con él, ni tampoco que me sonría con esa cara de señor satisfecho consigo mismo y con el mundo.

Ni de coña.

10

Nía

Llego al coworking veinte minutos después, sudando un poco por la cuesta, el sol y la mala leche.

India está sentada con los pies encima de una silla, comiéndose una barrita de cereales como si estuviera sufriendo una condena, Bruna dibuja algo en su iPad y Vega revisa una hoja de cálculo con cara de estar mirando directamente al abismo.

—Buenos días —digo.

Las tres levantan la vista al mismo tiempo.

—No —dice India.

Frunzo el ceño.

—¿No qué?

—No son buenos días.

—¿Por qué?

—Porque traes cara de haber asesinado a alguien y no saber dónde esconder el cuerpo.

—O de querer hacerlo —añade Bruna.

—Eso es más preciso —dice Vega.

Dejo el bolso encima de mi mesa.

—No he asesinado a nadie.

—Todavía —murmura India.

Patricia se siente vista.

Saco la nota del bolso y la dejo sobre la mesa sin decir nada.

Las tres se abalanzan sobre ella.

Literalmente.

Bruna la coge primero, India se pega a su hombro y Vega se acerca por detrás, intentando fingir que no está igual de interesada.

Bruna lee en voz alta:

—*Estimada vecina: La estantería ha sobrevivido y yo también. Gracias por su preocupación. Atentamente, su vecino insoportable.*

Se hace un silencio muy breve, pero India grita como una posesa dos segundos más tarde, casi provocándome un infarto de

miocardio.

—¡ME ENCANTA!

—No te encanta y no grites, casi me muero —digo.

—Me encanta muchísimo.

—Es un imbécil —digo negando con la cabeza—. Dime tú la necesidad que tiene de hacer esto.

—Es un imbécil gracioso —corrige Bruna.

—Que es peor —añade Vega.

—Gracias —señalo a Vega—. Una persona sensata. ¿Os hace gracia su nota? Porque a mí no.

—No he dicho que sea malo —responde ella—. Pienso que es peligroso.

—¿Peligroso? Mira, no quieras añadir más problemas a mi vida.

—Sí. Los imbéciles graciosos son los peores. Primero te hacen reír, luego te hacen perder el criterio y después acabas diciendo cosas como "no sé qué me pasó".

India asiente con gravedad.

—Eso es ciencia.

—Eso es una gilipollez —digo yo, poniendo los ojos en blanco.

No van a convencerme por mucho que se empeñen.

—Las dos cosas pueden ser verdad —dice Bruna.

Me siento en mi silla y abro el portátil con más fuerza de la necesaria.

—No voy a perder ningún criterio por un tío que escribe notas en puertas ajenas después de no dejarme estar tranquila en mi casa con tanto golpe.

—Técnicamente es tu puerta —dice Vega.

—Técnicamente podéis callaros todas.

Bruna sonríe.

—Uy.

—¿Uy qué?

—Nada.

—No, ahora me lo dices —digo con el ceño fruncido—. Que lleváis un cachondeo que no es normal, hombre.

—Nada, nada. Solo digo que veo tensión.

La miro.

—¿Tensión? Claro, la mía, que me la subís al decir estas cosas tan absurdas.

—No, tensión de la otra. Él te deja una nota. Tú te enfadas. Él sabe que te has enfadado. Tú sabes que él sabe que te has enfadado. Esto es una estructura romántica básica.

—No estamos en una comedia romántica.

India se atraganta con la barrita, Vega tose y Bruna directamente se ríe.

Pero ¿qué les pasa a estas tías?

—Claro que no —dice esta última—. Somos mujeres adultas en un coworking, hablando de un vecino guapo que deja notas provocadoras en la puerta, después de evitar que te quedaras sin dientes como tu *iaia*. Nada romántico en absoluto.

—No he dicho que sea guapo —digo ignorando lo de los dientes.

Y sí, mi *iaia* tenía dentadura postiza.

Si la tuya no, no era una verdadera *iaia*.

—No hace falta. Tu cara lo dijo ayer.

Abro un documento en blanco en mi ordenador portátil, quiero pasar de ellas para que esta conversación termine.

—Voy a trabajar.

—Huida —dice India.

—Confirmación —añade Vega.

—Deseo reprimido —remata Bruna.

Levanto la vista.

—Bruna, como vuelvas a decir deseo reprimido antes de las diez de la mañana, te bloqueo en la vida real.

—Eso no existe.

—¡Pues lo invento!

Durante los siguientes veinte minutos intento trabajar.

Y digo intento, que es una palabra preciosa para describir el fracaso con intención, porque cada vez que empiezo a revisar los textos de la web, mis ojos se van a la nota, la cual he dejado al lado del portátil.

Error.

Grave error.

Parece mirarme como la pared y la zanahoria, y empiezo a pensar que todo en mi vida me observa.

Patricia cree que esto es el inicio de un brote.

Patricia podría relajarse un poquito y no asustarme.

—Vale —dice Vega, cerrando su portátil—. Veo que vas a ponerte a trabajar en serio. Yo voy a descansar de lo mío. ¿Te ayudo en algo?

Gracias a Dios.

Cambio de tema.

Mi favorito.

O uno de ellos.

Porque hablar de *Níabeauty* me activa una parte del cerebro que no está ocupada imaginando la muerte accidental de un vecino atractivo.

Borra lo de atractivo, se me ha escapado.

—Pues... quiero cerrar nombres —digo, sacando la libreta—. Y subir la nueva línea de labiales a la web esta semana.

Bruna se incorpora, India baja los pies de la silla y Vega coge un bolígrafo.

Este es nuestro ritual: cuando una tiene algo importante que hacer en su trabajo, las demás se ponen serias.

Bueno, serias dentro de lo que podemos, tú ya me entiendes.

La página de inicio aparece delante de nosotras cuando inicio sesión en mi página web.

Todavía le faltan algunos retoques, fotos nuevas, un par de textos y algunos detalles.

Siempre faltan detalles porque nunca la veo perfecta.

—¿Vas a cambiar también la sección de filosofía de marca? —pregunta Bruna.

Asiento con la cabeza.

—Quiero que se entienda mejor lo que hago.

—¿Maquillaje? —pregunta India.

—Gracias por tu aportación.

—De nada —dice ella sonriendo. Es mala pillando la ironía.

Pongo los ojos en blanco.

—No vendo solo maquillaje.

—Ya está. Ha salido la empresaria —murmura India.

La ignoro, porque tengo razón.

—Hay miles de marcas vendiendo maquillaje. Yo no quiero ser una de esas.

Miro la pantalla y el logo de *NíaBeauty*.

Todavía me cuesta creer que exista de verdad.

—La *iaia* decía que había que dejar algo bonito detrás —murmuro casi para mí—. Supongo que esto es lo mío.

Durante un segundo ninguna dice nada y entonces Bruna sonríe.

—Pues te está quedando precioso.

Le devuelvo la sonrisa y digo:

—Quiero que la gente entienda que los envases son reciclables, que produzco aquí, que no hago pruebas en animales y que no hace falta parecer una modelo de revista para usar nuestros productos. ¡Ah! Y que me gusta utilizar ingredientes que huelan a Mediterráneo. Lavanda, flor de azahar, romero, cítricos... cosas que me recuerdan a casa.

Bruna sonríe, Vega también e India me señala con una patata frita que no sé de dónde ha salido.

Desde luego, tiene un estómago de hierro.

—Eso es porque tú siempre has sido una hippie con packaging bonito.

—No soy una hippie.

—Has discutido tres veces con un proveedor por el tipo de cartón de una caja.

—Porque el otro era menos sostenible.

—Gracias por demostrar mi argumento.

La ignoro otra vez.

Cada día ignoro más gente, es una habilidad que estoy desarrollando y lo cierto es que estoy muy orgullosa.

—Solo quiero que la marca se parezca a mí —digo finalmente—. Que sea cercana. Real. Que no parezca creada para mujeres que hacen yoga al amanecer, beben zumos verdes y tienen la vida resuelta. Eso de levantarte a las cinco de la mañana para validarte... no lo veo.

—Porque tú desayunas café y ansiedad —dice Vega.

—Exacto.

—Y una zanahoria que lleva dos semanas sobreviviendo en tu nevera —añade India.

—Eso no es información pública.

—Lo es desde este momento.

Me río.

Porque, en el fondo, esto es exactamente *NíaBeauty*: una marca imperfecta creada por una mujer imperfecta.

Y me gusta que sea así.

—Bueno, el caso es que quiero que los nombres tengan personalidad —explico—. Nada de "rosa amanecer" o "rojo pasión". Eso está muy visto.

—Gracias —dice India—. Si leo otro "rojo pasión", me arranco un ojo.

—La marca eres tú —dice Bruna—. Tiene que sonar a ti.

—Exacto.

Paso una página de la libreta.

—He pensado en una mini colección de cinco labiales.

—Me gusta.

—Primero: ***No era para tanto.***

—Ese debería ser nude —dice Vega.

—Rosa palo —corrijo—. Suave, pero con presencia.

—Como tú cuando finges que no estás teniendo una crisis —dice India.

—Exacto.

Bruna apunta algo en su iPad.

—Me gusta. Es muy "no estoy mal, solo llevo tres días sobreviviendo a base de café".

—Segundo —continúo—: ***Lo pensé y lo hice.***

India levanta la mano.

—Fucsia.

—Fucsia atrevido —confirmo.

—Ese es mío —dice ella.

—No has visto ni el tono.

—Da igual. Me representa.

—Tercero: ***Que le den.***

Bruna sonríe despacio.

—Rojo potente.

—Muy potente.

—Ese va a vender —dice Vega.

—¿Por qué?

—Porque todas tenemos a alguien a quien dedicárselo.

Las cuatro asentimos con la cabeza, no hace falta decir nombres.

Nunca hace falta.

—Cuarto —digo—: ***Patricia tenía razón.***

India abre mucho los ojos.

—¿Vas a poner a Patricia en un labial?

—Patricia lleva dos años opinando gratis. Ya es hora de monetizarla.

Bruna se lleva una mano al pecho.

—Emprendedora.

—Burdeos oscuro —añado—. Dramático. Intenso. De esos colores que te pones cuando no sabes si vas a una cena o a vengarte de alguien.

—Patricia aprobaría eso —dice Vega.

—Patricia aprobaría cualquier cosa con las palabras "tenía razón".

—Cierto.

Miro el último nombre y sonrío. No sé por qué, pero este me gusta especialmente.

—Quinto y último, pero no por ello menos importante: ***Cállate, Patricia.***

Durante un segundo ninguna dice nada, pero luego Bruna sonríe, India también y Vega me mira de una forma un poco más suave.

—Ese es bueno —dice.

—Rosa empolvado —explico—. Bonito, ponible, de diario. Como una forma elegante de decirle a esa parte de tu cabeza que te boicotea que hoy no manda.

Bruna deja el iPad sobre la mesa.

—Ese va a ser el más vendido.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

India asiente.

—Todas tenemos una Patricia.

—Algunas tenemos tres —murmura Vega.

Me río, pero algo parecido a una sensación pequeña y cálida se me queda dentro, porque de pronto esos nombres no son solo nombres, sino una forma de convertir mis miedos en algo que alguien pueda llevar en el bolso.

Algo bonito, útil y que no duela tanto.

Miro la libreta y leo el último nombre: ***Cállate, Patricia.***

Patricia, por primera vez en toda la mañana, no dice nada y eso casi me preocupa.

—Bueno —dice India, rompiendo el momento—. Ahora solo falta que el vecino vea el labial ***Que le den*** y entienda la indirecta.

Levanto la cabeza.

—No voy a dedicarle un labial a mi vecino —digo casi ofendida.

—No hace falta —dice Bruna—. Él se va a dar por aludido solo.

Miro la nota otra vez y luego a mis amigas.

Luego otra vez la nota.

—Voy a tirarla.

—No —dicen las tres a la vez como si ese estúpido papel tuviera vida propia y yo fuera a arrancársela de un plumazo.

—¿Perdón?

—Hay que guardarla —dice India.

—Por si hay juicio —añade Bruna.

—O boda —remata Vega.

Las miro y entrecierro los ojos muy despacio.

—Os odio.

—Ya —dice Bruna, sonriendo—. Pero nos necesitas.

Pues tiene razón.

¿Quién no necesita a sus amigas?

11

Nía

El resto de la mañana transcurre entre muestras, correos electrónicos y la firme convicción de que mis amigas son unas traidoras.

Porque, después del drama de la nota, la conversación ha derivado a una especie de comité científico dedicado exclusivamente a estudiar la nota de mi vecino.

OTRA VEZ.

Y a mí.

Principalmente a mí.

—Lo de "su vecino insoportable" me parece de un ego tremendo —dictamino mientras reviso unos presupuestos, por sentirme parte de la conversación, más que nada, porque ellas parlotean como si yo no estuviera delante.

—A mí me parece divertido —dice Bruna.

—Estoy con ella —añade Vega.

—A mí me parece que está enamorado —dice India.

—A ti te parece eso porque necesitas terapia desde lo de tu novio el anciano —respondo negando con la cabeza.

—Y tú porque necesitas un novio.

—Necesito una compra del Mercadona y una semana de sueño. Eso es lo que necesito.

Patricia ha aparecido de nuevo y dice que está de acuerdo, así que por una vez nos damos la mano.

La mañana se me pasa volando y cuando estoy a punto de salir suena mi móvil.

—¿Virginia María Montemayor?

—Sí.

—Soy el repartidor. Llevo unas cajas para usted, pero por Santa Cruz no puedo subir con la furgoneta. Estaré por allí en una hora y media más o menos.

Mierda.

Seguro que son los envases nuevos.

—De acuerdo, allí estaré.

Por eso salgo del coworking y, en lugar de comer con las chicas me despido de ellas y paso primero por el supermercado.

No pienso recibir un envío histórico en mi vida alimentándome de una zanahoria mutante.

Compro pechugas de pollo, algo de pescado, huevos, yogures, fruta, café, pan, tomatitos cherry, pasta, rúcula fresca y, por supuesto, queso amarillo y queso parmesano.

Mucho queso.

Porque si la vida me golpea, al menos que me golpee bien abastecida de ello.

Soy un ratoncito.

Cuando llego a casa preparo una pasta sencilla con tomates cherry salteados, ajo y parmesano.

Nada especial, pero huele a hogar.

Me siento en la encimera de la cocina con el plato entre las manos y, durante unos minutos, solo existe el sonido del tenedor golpeando el plato y la luz que entra por la ventana.

Misma cocina, misma mesa, misma casa de la *iaia*.

—Espero que te gusten los envases nuevos —murmuro hacia la fotografía del recibidor, que puedo ver desde aquí.

Patricia cree que la *iaia* aprobaría cualquier cosa siempre que comiera más.

Posiblemente tenga razón.

No me da tiempo ni a recoger los platos cuando vuelve a sonar el teléfono.

—Estoy abajo.

Y abajo significa abajo de verdad, en el principio del barrio, porque ni una cabra montesa podría subir con una furgoneta hasta aquí.

Cuando llego, me encuentro con cuatro cajas.

Cuatro.

Enormes.

—¿Esto qué es? —pregunto.

—¿Virginia María? —responde el repartidor.

—Sí.

—Pues esto.

No me gusta la respuesta nada de nada.

Consigo subir una caja.

Luego otra.

Y cuando intento con la tercera, ya estoy sudando, despeinada y negociando con Dios.

—¿Qué haces, hija? —pregunta Carmen desde dos casas más arriba.

—Morirme.

—Pues hazlo después, que esas cajas cuestan dinero.

—Voy por la tercera.

—Te queda media vida.

—Gracias por los ánimos.

Y es entonces cuando aparece ÉL con una bolsa bastante grande de la compra hecha de rafia y una barra de pan en la otra mano.

Se detiene, nos observamos el uno al otro y, no se porqué, pero se me pasa por la cabeza lo que está a punto de decirme.

Patricia dice que antes muerta.

—No hace falta que me mires así, puedo sola.

—¿Así cómo? —pregunta él arqueando las cejas.

Ambos estamos ahí parados, sosteniendo el peso de nuestros bultos.

La diferencia es que a mí me corren las gotas de sudor por la frente y él parece totalmente impasible, como un Hércules español o algo así.

Ni siquiera jadea.

Qué rabia me da la gente con capacidad pulmonar.

Yo qué sé, esto pesa bastante.

—Como si estuvieras valorando si sobreviviré —respondo.

Él mira la caja.

—Estoy valorando si sobrevivirá eso.

—Ja. Qué gracioso —me burlo.

—Mucho.

—Puedo sola —repito.

—Lo dudo un poco —dice sonriendo. Pero ¿por qué sonríe siempre? Y ¿por qué tiene que tener la sonrisa tan recta, tan blanca y tan perfecta?

¡Venga ya, hombre!

—¿Perdona?

—Que vas a terminar despeñándote otra vez.

—No me despeñé.

—Casi.

—Pero no.

—Pero casi.

Y, para mi desgracia, se ríe.

Porque claro, el muy desgraciado encima tiene hoyuelos.

¿Quién demonios tiene hoyuelos en los mofletes cuando se ríe y pretende que te enfades en serio?

—Dame eso.

—No.

—Virginia María —sonríe, canalla—, dame eso, anda.

Me quedo inmóvil.

¡Será bruja, la Carmen!

Le ha dicho mi nombre, estoy segura. Ha debido ser ella. ¿Cómo lo sabe, si no?

—No te atrevas.

—Dame la caja.

—No.

—Virginia María.

—Te odio.

—Perfecto. Dame la caja.

Y, antes de que pueda protestar, la carga y comienza a subir los escalones.

¡Con su compra y todo!

Ha metido la barra de pan dentro de su bolsa y con la otra mano está transportando la caja, que la sujeta al estar apoyada en el lado derecho de su cervical, en ese espacio entre su cuello y su hombro que debe oler a gloria.

—¡No necesito ayuda! —exclamo furiosa.

—Ya.

—¡Lo digo en serio!

—También.

—¡Gael!

—¿Sí, vecina?

—¡No me llames vecina!

—Técnicamente...

—¡Ni se te ocurra terminar esa frase!

Carmen se ríe tanto que tiene que apoyarse en la pared, y yo empiezo a sospechar que se alimenta del sufrimiento que me provoca este chico.

Entre los dos terminamos subiendo las cajas.

Bueno, él sube la que ya lleva y la otra que queda mientras yo le sigo detrás como un perrito, haciendo ruido con mis chanclas al caminar, pero no vamos a entrar en detalles.

—¡Ay!

Me agacho, pero Gael es más rápido y lo recoge.

Es uno de los envases de los nuevos labiales, el cual gira entre sus dedos.

—***Que le den*** —lee el nombre.

—Sí.

—Original.

—Gracias.

—¿Es una amenaza o un producto?

—Depende del día.

Su sonrisa se ensancha y yo decido no mirarle demasiado la boca.

No puedo más con esta situación, con su sonrisa y con que encima tenga pestañas largas.

Que eso ya es abusar, hombre.

—Me gusta.

—No te he preguntado.

—Ya.

Se lo quito de las manos, aunque por primera vez desde que lo conozco, no parece que se esté riendo de mí.

Más bien parece... ¿interesado?

No sé.

—¿Son tuyos?

—Sí.

—¿Todos?

Asiento con la cabeza.

Es entonces cuando termino de meter todas las cajas dentro de mi casa y me despido de él.

Uff.

Me da taquicardia su cercanía.

Pero taquicardia real, lo prometo.

—Bueno... gracias, tengo que seguir trabajando —le digo antes de cerrar la puerta.

—A mandar, vecinita —dice el muy cabrón.

Pongo los ojos en blanco y cierro la puerta.

La tarde se me pasa abriendo cajas, colocando envases nuevos y haciendo fotografías.

Son preciosos: en mate, reciclables y con ese tono arena suave que tanto me ha costado conseguir.

Mientras sigo actualizando algunas cosas de la web se me ocurre una nueva línea de coloretos:

Drama Mediterráneo.

Santa Cruz Sunset.

Me he enamorado y qué.

No.

Ese último no.

Ni de broma.

Por la noche, ya metida en la cama y con crema hidratante en las manos tras haber cenado un sandwichito completo, abro el grupo de ***Las Desgraciadas.***

Nía: *Ha tocado mis labiales después de ayudarme a subir las cajas del demonio. Eran muchas y pesaban de lo lindo.*

India: *Eso ha sonado muy sexual.*

Bruna: *Estoy orgullosa.*

Vega: *Voy preparando el vestido para la boda.*

Nía: *Voy a abandonar el grupo.*

India: *Como abandonaste tu dignidad esta mañana.*

Bruna: *¿Te ha llamado Virginia María?*

Nía: *¿Cómo sabes eso?*

Bruna: *INTUICIÓN FEMENINA. ¡Es una historia de amor de manual!*

Vega: *Seguro que Carmen se lo ha contado.*

India: *No descarto nada.*

Apago el móvil y me tapo hasta la barbilla a pesar de que no hace precisamente frío.

Bueno.

Al menos hoy no ha sido insoportable.

Patricia suspira.

Me duermo sonriendo.

Y eso es exactamente lo que más miedo le da a Patricia.

12

Gael

MIÉRCOLES

La mañana empieza con una videollamada, tres correos urgentes, una taza de café frío y la certeza de que trabajar desde casa suena mucho mejor cuando mi alrededor no está lleno de cajas.

Sobre el papel, la idea era buena, puesto que significaba mudarse a Alicante para tener una base y dejar la vida nómada; la práctica, sin embargo, consiste en estar sentado en la mesa de la cocina, con el portátil abierto, una libreta apoyada sobre una caja de vasos y un cliente diciendo la palabra "auténtico" por cuarta vez en menos de diez minutos.

—Queremos algo natural —dice desde la pantalla—. Cercano y real, pero aspiracional.

Aprieto los labios.

No porque me haga gracia.

Bueno, sí.

Un poco.

—Natural, cercano, real y aspiracional —repito.

—Exacto.

—Perfecto.

No es perfecto, es una contradicción con presupuesto, pero eso no se dice en una videollamada.

Eso se piensa, se apunta en una libreta y se convierte en una propuesta que parezca inteligente.

Mientras el cliente sigue hablando, miro de reojo la casa.

La estantería sigue en pie, contra todo pronóstico.

No está recta del todo, eso sí, pero está en pie, que es lo importante.

Casi me parece emocionante.

He colocado algunos libros, dos carpetas y una foto pequeña que todavía no he decidido dónde dejar. La compré hace años en Lisboa, en un mercadillo, y ni siquiera sé por qué sigo llevándola conmigo en cada mudanza.

Supongo que todos tenemos cosas que arrastramos sin saber explicarlas.

La videollamada termina veinte minutos después y el cliente se despide diciendo que está "muy ilusionado con el tono".

Yo cierro el portátil y me quedo mirando la pantalla apagada.

—Claro —murmuro—. El tono.

Mi móvil vibra otra vez.

Un mensaje, luego otro, luego una llamada perdida y, por último, un correo marcado como urgente, que seguramente no lo es.

Trabajo con personas que tienen crisis por un filtro mal escogido, por una frase de campaña que no "respira" y por marcas que quieren vender autenticidad con calendarios de contenido aprobados por cinco departamentos.

Me gusta mi trabajo la mayoría de los días, de lo contrario me dedicaría a otra cosa, porque siempre he pensado que puedo crear mi vida ideal, esa que tanto deseo, y en eso tiene mucha importancia a lo que me dedique de manera profesional, pero hay mañanas en las que echo de menos cuando lo más complicado de una frase era que tuviera sujeto, verbo y predicado.

Me levanto, abro la nevera y descubro que ayer compré pan, fiambres, fruta, carne, pescado, huevos y una bolsa de café.

Bien, voy progresando.

No obstante, acto seguido también recuerdo que dejé la mitad de la compra en una bolsa, junto a la puerta.

No tan bien.

Recojo lo que queda, guardo las cosas y preparo otro café.

Esta vez intento beberlo caliente, que parece una ambición pequeña, pero en mi vida roza lo revolucionario.

Estoy contestando un correo cuando necesito imprimir un documento.

Un contrato breve que tengo que revisar con anotaciones a mano porque mi cerebro funciona mejor cuando puede subrayar palabras con un boli.

El problema es que no tengo impresora.

¿Quién se muda a una casa nueva dedicándose a lo mismo que yo y piensa que lo primero es la impresora?

Una persona adulta y organizada.

Es decir, alguien que no soy yo.

Bueno, adulto soy, que a los treinta y tres, la edad de Cristo, creo que ya es hora, pero organizado nada de nada.

Suspiro y miro el documento en la pantalla, como si fuera a salir impreso a través del teclado o algo así.

Luego miro la hora y la pared que comparto con Nía.

Supongo que no debería hacerlo, sería lo más sensato, la verdad, pero una parte de mí bastante más grande de lo que estoy dispuesto a admitir, se pregunta si estará en casa.

Me acerco a la ventana y observo que la calle está tranquila, aunque en Santa Cruz esa palabra significa que al menos tres personas están hablando desde tres puntos distintos y todo el mundo sabe lo que está pasando.

Y entonces la veo: está en la puerta de su casa, inclinada sobre una maceta.

Lleva el pelo corto despeinado de una manera que seguramente no es intencionada, aunque le queda como si lo fuera, una camiseta amplia color crema, unos pantalones cortos vaqueros y unas chancas.

Nada del otro mundo.

Ese es el problema: Nía no tiene que hacer nada del otro mundo para captar mi interés.

Todavía estoy buscando la explicación a esto.

Se mueve un poco, aparta una hoja seca de la planta y frunce el ceño como si estuviera manteniendo una conversación seria con ella.

Sonríó sin querer.

Mi vecina tiene esa cosa, una energía extraña... como si todo lo que hiciera, incluso regar una maceta, tuviera consecuencias dramáticas.

Me quedo mirándola dos segundos más de lo aceptable.

Tres.

Cuatro.

Venga, cinco.

Luego me obligo a apartarme de la ventana.

Impresora, me recuerdo a mí mismo.

Eso es lo que necesito, una impresora, no una excusa para verla.

Bajo las escaleras, cierro la puerta detrás de mí y salgo a la calle.

Ella está de espaldas cuando llego.

—Vecina.

Su espalda se tensa solo un poco, pero lo suficiente para que me dé cuenta.

Se gira despacio hacia mí, como si estuviera invocando toda la paciencia que no tiene.

—No.

¿Cómo?

—Todavía no he preguntado nada —digo poniendo los brazos en jarras.

—Da igual. No.

—Buenos días para ti también.

Me mira de arriba abajo y, al imitarla y hacer lo mismo, me doy cuenta de que es un error haber tomado esta decisión.

De cerca, la camiseta se le cae un poco por un hombro y tiene una mancha pequeña de tierra en la mejilla.

No sé si lo sabe.

Probablemente no.

Y, por alguna razón, eso me parece más atractivo que cualquier vestido caro que haya visto en un evento.

Tiene la piel ligeramente dorada por el sol, los ojos despiertos y esa boca que anoche recordé demasiado bien antes de dormir.

Aparto la mirada.

Tarde.

Pero la aparto.

—¿Qué quieres? —pregunta con voz cansina, soltando las palabras en un suspiro.

—¿Tienes impresora?

—¿Perdón?

—Impresora.

—¿Has bajado para preguntarme eso?

—Sí.

—¿Y por qué piensas que tengo impresora?

—Porque eres autónoma.

—Eso es absurdamente ofensivo para el colectivo autónomo.

—No sabía que el colectivo autónomo se ofendía por las impresoras.

—Nos ofendemos por todo. Es lo único gratis que tenemos.

No puedo evitar sonreír, pero ella entrecierra los ojos.

—¿Podrías... no sonreír? —dice acompañando la última palabra del gesto de sus dedos cerrándose contra el pulgar, formando una especie de pico de ave.

—¿Por qué?

—Porque me pones nerviosa —dice sin pensar. Lo sé por cómo se queda quieta un segundo justo después.

Yo también me quedo quieto, porque esas cuatro palabras cambian algo en el aire.

—¿Te pongo nerviosa? —pregunto levantando las cejas, ignorando completamente el vuelco que ha dado mi miembro dentro de mis pantalones.

—De lo irritante que eres —refunfuña.

—Ah.

—No te emociones —sonríe, pérfida.

—Demasiado tarde, me temo.

—Gael —me advierte, levantando su dedo índice ante mis ojos.

Mi nombre en su boca otra vez.

Joder, empieza a gustarme cómo suena en su voz.

—Necesito imprimir dos páginas —digo, antes de que esta conversación se me vaya de las manos—. Si tienes impresora, te prometo no dejarte más notas durante... —finjo pensarlo— doce horas.

—Qué generoso.

—Soy un hombre considerado.

—Eres un pesado.

—También.

Suspira, mira hacia su casa, luego a mí y luego otra vez a su casa.

Está calculando una lista mental de motivos para mandarme a la mierda, lo noto.

Y otra de razones para decir que sí.

O eso espero.

Me gustaría saber cuál gana.

—Tengo impresora —dice al fin—. Pero no la toques.

—No pensaba establecer una relación íntima con ella.

—No hagas bromas con mi impresora.

—Entendido.

—Y nada de comentarios.

—¿Sobre qué?

—Sobre nada.

—Eso va a ser complicado.

—Pues inténtalo.

Me hace un gesto con la mano para que la siga y entro en su casa.

13

Gael

No sé qué esperaba; quizá un caos parecido al de su cabeza, muestras de cosas y algo ruidoso, colorido y desordenado.

Encuentro una parte de eso, pero también hay otra cosa: calidez.

La casa de Nía huele a café, a vainilla y a algo limpio que no sé identificar.

Las paredes son blancas, como las mías, pero aquí parecen más vivas.

Hay macetas en las ventanas, libros apilados sobre una mesa, muestras de productos en una bandeja y una libreta abierta llena de anotaciones.

En el recibidor, sobre una consola de madera, hay una fotografía.

Me detengo sin querer.

En la imagen aparece Nía abrazada a una mujer mayor.

Sonríen las dos.

Pero Nía sonríe de otra manera, más abierta y más niña.

A un lado hay un jarrón con flores frescas y una vela apagada que huele vagamente a vainilla.

No pregunto.

No sé por qué, pero sé que no debo hacerlo.

Nía se da cuenta de que estoy mirando y su gesto cambia.

—Mi *iaia* —dice, antes de que yo diga nada.

Asiento despacio, comprendiendo que sigue siendo alguien muy importante para ella.

—Te pareces a ella.

No sé por qué lo digo.

Quizá porque es verdad.

No físicamente de forma exacta, pero sí veo un parecido en la forma de sostener la sonrisa, como si ambas supieran reírse incluso cuando la vida no les pone las cosas fáciles.

Nía se queda callada un segundo.

—Eso dice Carmen.

—Carmen dice muchas cosas.

—Demasiadas.

Sonríe y, por alguna razón absurda, siento que he ganado algo que no sabía que estaba intentando ganar.

—Ven —dice, apartándose—. La impresora está en el salón.

El salón es pequeño, luminoso y caótico de una forma que tiene sentido.

No es desorden por dejadez, más bien se trata de vida en movimiento.

Sobre la mesa hay envases nuevos, etiquetas, muestras de labiales, una taza vacía y papeles con nombres escritos a mano: ***Drama Mediterráneo, Santa Cruz Sunset y Quédate un poco más.***

Leo este último dos veces, no sé por qué.

—No mires tanto —dice ella, encendiendo la impresora.

—Estoy mirando lo normal.

—Tú no miras normal. Tú analizas.

—Deformación profesional.

Ella levanta la vista.

—¿Profesional de qué?

Sonrío.

—De arreglar problemas.

—Qué definición más sospechosa.

—Bastante exacta.

—¿Eres sicario?

—Solo los lunes —le sigo el juego.

—Hoy es miércoles.

—Descuida, estás a salvo igual.

Resopla, pero se le escapa una risa muy pequeña, casi accidental.

Me gusta.

Mucho.

Carraspeo, necesito recuperarme de esto.

—Pásame el archivo —dice.

Le envió el documento al correo que me dicta y, mientras lo descarga, me acerco un poco a la mesa.

Hay un labial sin cerrar.

El envase es suave, mate, de un color arena muy limpio. No parece uno de esos productos que gritan lujo intentando parecer caros, sino cuidado y pensado.

—¿Todo esto es tuyo?

—Sí.

—¿Lo diseñas tú?

—Con ayuda. Bruna me echa una mano con la parte visual y Vega con la web. India opina mucho.

—¿Y sirve de algo?

—No siempre, pero la queremos igual.

Sonrío.

Ella coloca papel en la impresora y la impresora empieza a hacer ruido.

—Uso ingredientes naturales —dice, como si necesitara explicarlo. Y joder. Se ilumina cuando habla. Literalmente. Como si hubiera alguien encendiendo una luz dentro de ella—. Los envases son reciclables. Intento producir aquí siempre que puedo. Nada de pruebas en animales y nada de venderle a la gente que necesita convertirse en otra persona para sentirse bien.

—Suenan muy... a ti —digo.

Ella frunce el ceño.

—No me conoces.

—No mucho, pero algo así.

—No —niega con la cabeza, sonriendo.

—Sé que discutes con paredes.

—Eso no cuenta.

—Sé que proteges tus plantas como si fueran menores a tu cargo.

—Tampoco cuenta.

—Sé que te importa esto.

Se queda callada y la impresora escupe la primera página.

Luego la segunda.

Durante estos segundos no decimos nada, pero no me resulta incómodo.

Cojo los papeles cuando terminan de imprimirse.

—Gracias.

—De nada.

—Te debo una.

—Me debes doce horas sin notas.

—Eso no es una deuda. Es una condena.

Pone los ojos en blanco.

—Vete, Gael —dice con una sonrisa, dándome la espalda al tiempo que hace un aspaviento con la mano.

Sé que para nada lo está haciendo a malas o con una falta de respeto.

—Con educación, vecina.

—Vete, Gael, por favor.

—Mucho mejor.

Voy hasta la puerta y antes de salir vuelvo a mirar la fotografía de su *iaia*.

—Era la mejor persona del mundo —dice observando desde la esquina, antes de llegar al recibidor.

Me quedo quieto en el umbral, porque no sé qué responderle a eso.

La mayoría de la gente le diría que lo siente, y seguramente eso estaría bien, porque es lo que se suele decir, pero a mí me suena pequeño.

Demasiado pequeño para una pérdida que todavía vive en la entrada de una casa.

—Entonces esta casa tiene suerte —digo.

Nía me mira a los ojos y esta vez no frunce el ceño, ni me llama insoportable ni hace ninguna broma.

Solo me mira durante dos segundos y luego baja la vista.

—Sí —murmura—. Supongo que sí.

Salgo antes de estropearlo, porque soy bastante bueno estropeando cosas cuando una conversación se vuelve demasiado honesta.

Entro a mi casa con los papeles en la mano, cierro la puerta y me quedo quieto en el recibidor.

La vecina sigue siendo borde, exagerada, mandona y claramente tiene problemas para aceptar ayuda.

No obstante, hace labiales con nombres absurdos, tiene una impresora, flores frescas junto a una fotografía y, en lo que se refiere a su proyecto profesional, parece más honesta que la mayoría de campañas que llevo años vendiendo.

Además, su forma de hablar de lo que ama, hace que todo a su alrededor parezca un poco más importante.

Y eso es peligroso.

Porque hace mucho tiempo que no conozco a nadie capaz de contagiarme ilusión.

Miro los papeles que he ido a imprimir, luego la pared y sonrío.

No he tardado ni veinticuatro horas en confirmar una cosa: Nía Montemayor es un problema y, por alguna razón que todavía no quiero analizar, cada vez me apetece menos evitarlo.

14

Nía

Si alguien me hubiera dicho hace unos días que acabaría acostumbrándome a compartir pared con un hombre insoportable, bueno, más o menos, habría llamado a emergencias.

O a un exorcista.

No tengo claro cuál de las dos opciones sería más útil.

La cuestión es que, después de que Gael se marche con sus papeles impresos y su estúpida sonrisa, consigo volver al trabajo.

O eso intento.

Porque mi cuerpo está delante del portátil, pero mi cerebro lleva desde hace una hora preguntándose por qué demonios me he

puesto nerviosa cuando me ha dicho que todo esto era bonito.

Todo esto, repito.

No el labial, o la web...

TODO.

Hasta mi casa.

Y eso es sospechoso.

Muy sospechoso.

Patricia está de acuerdo.

Me preparo para comer una ensalada de garbanzos fría con pimiento, huevo y pollo a la plancha y por la tarde termino de subir varias fotografías nuevas a la web.

Después observo lo preciosos que han quedado los envases: mate, arena, limpios, elegantes y sostenibles, justo como los había imaginado.

Reviso las fichas de producto, los ingredientes que he precisado, los precios y las descripciones.

Y cuando me doy cuenta, el sol empieza a teñir las paredes blancas del barrio con ese color naranja suave que parece inventado solo para Alicante.

Me estiro sobre la silla y escucho crujir mis hombros y mi cuello.

Me cruje hasta el alma, vamos.

—Vale, basta por hoy —me digo a mí misma en un murmullo.

Cierro el portátil, me recojo el pelo en un moño alto y, mientras me froto el rostro con las manos, miro a mi alrededor.

La casa está patas arriba: hay cajas abiertas, etiquetas, ropa encima de una silla y una taza olvidada junto al sofá.

La vida adulta, vaya.

Así que hago lo que haría cualquier mujer responsable: poner música, porque no hay limpieza sin una lista de reproducción cuestionable.

Y, diez minutos después y tras haber puesto una lavadora de blanco, estoy fregando el suelo de la cocina mientras canto fatal una canción de Aitana con una bayeta en una mano y una botella de limpiador en la otra.

Nadie me juzga.

Bueno, Patricia sí, pero Patricia juzga hasta las nubes.

Cuando la lavadora termina tiendo la ropa, doblo toallas que recojo de la cuerda, cambio las flores de la entrada y, cuando paso por delante de la foto de la *iaia*, me detengo un segundo.

—¿Sabes? —le digo—. Hoy un pesado me ha dicho que esta casa tiene suerte.

La sonrisa de la foto sigue igual, pero Patricia cree que la *iaia* ya le ha cogido cariño.

—Ni de coña —digo.

La respuesta me sale automática y aún así sonrío, porque me gusta pensar que sigue aquí, que escucha, que mira y que se ríe de mí cuando hago el ridículo.

Y probablemente hoy se esté riendo bastante.

La noche empieza a caer cuando decido que no me apetece cocinar.

Abro el frigorífico y lo observo; seguimos manteniendo una relación medianamente estable.

—A ver...

Tomate, huevos, jamón cocido, queso...

¡Perfecto!

Una tortilla, porque es rápida, sencilla y...

Un olor extraño me interrumpe.

Parpadeo, vuelvo a oler y frunzo el ceño.

No, mi cocina no es, no viene de aquí.

Viene de...

La pared.

Patricia se incorpora como una suricata, cree que la selección natural está haciendo su trabajo y yo le digo que no sea mala.

El olor aumenta y luego...

—¡Mierda! —grita Gael.

Suspiro, llevándome una mano al pecho. Del susto que me ha dado su grito he dado un respingo y todo.

Es lo que tiene vivir en alerta todo el rato.

No.

No, no, no.

No pienso ir.

No soy su madre, ni su mujer. Ni siquiera soy su amiga.

Además, todavía me debe doce horas sin notas, así que yo sigo a lo mío y cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Pasa un minuto.

Dos.

Tres.

Y entonces empieza a sonar la alarma de humo.

Cierro los ojos.

—Por el amor de Dios.

Patricia cree que deberíamos dejarlo morir.

—Cállate.

Patricia insiste.

—Cállate.

Y, tres segundos después, ya estoy llamando a la puerta de al lado.

Gael abre y la escena es tan surrealista que me quedo quieta.

Va descalzo, lleva puesta una camiseta gris que se le queda pegadita en el pecho de forma peligrosa y su cabello está revuelto.

En una mano sostiene una espátula y detrás de él sale humo.

Mucho humo.

—¿Estás intentando matarte? —pregunto arqueando las cejas.

Él parpadea.

—¿Qué?

—Quedarte *petit suisse*, ya sabes —le digo, luego hago una mueca cerrando los ojos al tiempo que simulo un cuchillo formado con mis dedos que me corta el cuello y me hace dejar la lengua fuera de mi boca, como si fuera un dibujo animado.

—Solo intento hacer una tortilla... —dice poniendo los ojos en blanco.

—Pues madre mía...

—La sartén me ha traicionado.

—La sartén está pidiendo ayuda, que es diferente.

Gael se gira, mira su cocina, seguro que con ojos críticos, y luego vuelve a mirarme.

—¿Sabes hacer tortillas? —pregunta haciendo un mohín.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Me cruzo de brazos.

—Es una pregunta legítima.

—Claro que sé hacer tortillas —le digo, porque es algo obvio.
¿Quién no sabe hacer tortillas?

—¿Bien?

—¿Cómo que bien?

—Que si están buenas.

—¿Insinúas que podría existir una tortilla mala?

—La mía —suelta y se ríe, un poco avergonzado.

No sé qué se me pasa por la cabeza, pero no se me ocurre otra cosa que entrar a su casa sin pedirle permiso ni nada de eso.

Mi excusa número uno es que alguien tiene que salvar esa cocina.

La número dos es que, por alguna razón que todavía no entiendo, la imagen de él mirando la sartén como si hubiera sido abandonado por ella me da muchísima ternura.

—Muévete —le apremio.

—Sí, chef —dice él con un saludo militar.

—No me llames chef —digo con tono cansino.

—Vale, vecina.

—Tampoco me llames vecina.

—Es complicado complacerte —alega soltando un suspiro.

—Lo que es complicado es sobrevivir aquí, no me digas que no.

Él sonríe de nuevo, pero yo estoy pendiente de otra cosa, y es que su cocina está horrible.

Bueno, la cocina no, más bien la forma en la que la utiliza.

Hay una cebolla abierta, tres huevos rotos y una encimera llena de harina.

No entiendo lo de la harina. ¿Por qué hay harina? ¿Quién pone harina en una tortilla? ¿Y dónde están las patatas?

—¿Qué demonios es esto?

—En Google ponía que...

—¿Me estás diciendo que Google te ha dicho que le echas harina? —cuestiono, estupefacta.

—Era una receta. —Se encoge de hombros.

—Un atentado, es lo que es.

Gael se echa a reír y me sorprende pensando que tiene una risa muy bonita.

No obstante, pronto vuelvo a concentrarme en las patatas.

Bueno, primero he de dar con ellas.

—Siéntate, anda.

—¿Me estás echando de mi propia cocina? —se señala el pecho a sí mismo.

—Sí —le digo muy tranquila.

—Supongo que no puedo llevarte la contraria —dice resignado, sentándose en la pequeña mesita redonda que hay en un lateral de la estancia.

—Efectivamente —le digo ya sin mirarlo, pues tengo puesta toda mi atención en poner orden en la encimera.

Mientras preparo una tortilla de verdad, él se queda observándome.

—¿Hoy no has ido al coworking? —pregunta.

—He trabajado desde casa.

—¿Siempre trabajas tanto?

—Pues sí. ¿Y tú siempre haces tantas preguntas? —contraataco.

—Eso no es bueno —dice él.

Levanto la vista.

—¿Perdón?

—Trabajar tanto.

Su tono cambia un poco, siento que ya no está bromeando.

—No sé hacer otra cosa.

Él baja la mirada.

—Ya somos dos. Consejos vendo que para mí no tengo, supongo.

Durante un segundo, solo uno, tengo la sensación de que acabamos de decir algo importante sin decir realmente nada.

Vuelvo a concentrarme en la sartén, porque es más fácil mirar una tortilla que unos ojos que empiezan a parecerse demasiado a un lugar seguro.

Patricia está completamente aterrada, pero no estoy muy segura de querer hacerle caso.

15

Gael

JUEVES

Me despierto sonriendo y eso ya debería preocuparme, más que nada porque llevo años despertándome con el sonido del móvil, una notificación de trabajo o la desagradable sensación de que he olvidado hacer algo importante.

No obstante, hoy lo hago pensando en una tortilla.

Bueno, en una tortilla y en una vecina que ayer invadió mi cocina como una inspectora de sanidad y acabó salvando mi cena.

Y a mí, dicho sea de paso, para que no muriera de inanición.

Lo peor es que dejó media tortilla en la nevera, pero lo peor de lo peor es que anoche me acosté pensando en ella como un imbécil.

En la tortilla, mal pensada.

No en ella.

Bueno, mitad y mitad.

Dejémoslo así.

Resoplo y me incorporo en la cama.

La habitación todavía huele un poco a pintura, detergente y casa nueva, porque Carmen contrata a un par de muchachos siempre que alquila la casa de nuevo para que la dejen a punto.

La verdad es que como casera se porta muy bien, más quisieran muchos ser como ella, pues no especula, está pendiente de todo y, además, la casa está en condiciones y no pone cláusulas imposibles de cumplir.

Abro la ventana y el aire de Alicante entra despacio, trayendo consigo el murmullo habitual del barrio: una persiana que sube, alguien que se despide desde una ventana, una radio sonando en

alguna cocina y, en algún lugar, Carmen hablando con otra vecina como si estuvieran negociando la paz mundial.

Santa Cruz, en fin.

No sé cómo lo hace este barrio, pero tiene algo, y ese algo no lo he encontrado en años.

Me paso una mano por la cara, me pongo una camiseta y voy descalzo hasta la cocina.

Abro la nevera y ahí está la tortilla de Nía: perfecta, dorada y esponjosa, como una obra de arte.

—Buenos días, preciosa —murmuro.

Sí, le hablo a la comida, mi familia me enseñó que hay que honrar el alimento que te vas a comer.

No, no es lo más raro que hago, por si te lo preguntas.

Corto un trozo y me apoyo en la encimera mientras desayuno y caigo en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no lo hacía sin estar delante del portátil, ni revisando correos o en plena videollamada.

Estoy solo con mi tortilla y la sonrisa que se me asoma en los labios me empieza a resultar sospechosa.

—Esto no puede ser normal —murmuro para mí mismo, aunque lo cierto es que tampoco me esfuerzo demasiado en corregirlo.

Es más, creo que debo darle las gracias a Nía, así que antes de empezar con el trabajo decido hacer algo para celebrar su destreza culinaria.

De momento, cojo el plato donde estaba la tortilla, el cual ahora está vacío, y lo lavo; no quiero que vengan bichos al fregadero por dejar restos de comida.

Después me lavo los dientes y, mientras me visto, lo escucho: primero es música, luego una voz y finalmente... Nía, quien está cantando y lo hace fatal, por cierto.

Pero fatal.

Desafina como si fuera una gallina estrangulada y puedo imaginar de forma casi perfecta cómo baila con un moño torcido, una camiseta enorme y moviendo las manos mientras canta algo que probablemente ni siquiera conoce.

Llevo demasiados años viviendo en hoteles, apartamentos y habitaciones impersonales y resulta que lo que echaba de menos no era una casa, sino escuchar a alguien desafinar al otro lado de una pared.

Zarandeo la cabeza, intentando librarme a toda costa de este tipo de pensamientos, porque siento que podría acostumbrarme y las costumbres son peligrosas.

Sobre todo cuando tienen ojos enormes y te insultan con cariño. Es entonces cuando llaman a la puerta de mi casa.

Maldigo, porque quiero marcharme ya, necesito hacer esto antes de que Nía se marche al trabajo y yo comience mi jornada, por lo que no quiero perder el tiempo.

Cuando abro la puerta encuentro a Carmen ataviada con un delantal de flores, pendientes gigantes en forma de palmera y una bandeja en las manos.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días.

—Te he traído magdalenas.

—Carmen, no hacía falta —contesto agradecido y con una sonrisa.

—Claro que hacía falta —dice ella haciendo un aspaviento con la cabeza—. He hecho una hornada y digo, pues le llevo unas cuantas.

Acto seguido me entrega la bandeja y entra sin pedir permiso.

Como siempre.

Mi casera es tipo: soy Concha, entro, a lo *Aquí no hay quien viva*.

—¿Cómo has dormido?

—Bien.

—¿Y la vecina?

Parpadeo un par de veces.

¿A qué se refiere? ¿Por qué me pregunta sobre Nía?

No entiendo a esta mujer.

—¿Perdón?

—Tu vecina Nía.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada —dice, pero sonrío, y eso en Carmen nunca es buena señal.

—Carmen, Carmen... —le advierto, sonriendo de lado.

—Solo digo que es una niña maravillosa.

—Y yo digo que solo es mi vecina.

—Claro.

—Pues sí.

—Claro que sí —repito—. Deja de mirar la pared, entonces.

Casi me atraganto con mi propia saliva.

—¿Qué?

—Ay, no pongas esa cara. A mi edad una aprende a ver cosas.

—No miro ninguna pared.

—Ya. Y yo fui Miss España en mis tiempos mozos.

La mujer se marcha cinco minutos después dejándome una bandeja de magdalenas y una crisis existencial.

Porque no miro la pared.

¿Verdad?

No.

Claro que no.

Por suerte, además de la crisis, también me deja a solas para llevar a cabo mi misión: comprar coca boba en *La Masa de Tomasa*, una de las tiendas más famosas de la ciudad y que me pilla abajo del barrio.

También me hago con una botella de horchata fresca, y es al volver cuando escucho su voz de nuevo, que se cuelga hacia el exterior por la ventana de su cocina, la cual está abierta y da al barrio.

¡Bien! Eso significa que todavía no se ha marchado al trabajo.

—¡NO ME GUSTA! —exclama—. ¿Cómo tengo que explicarlo?

Me quedo quieto, porque quizá me interesa lo que está diciendo.

Ya sé que está mal escuchar conversaciones ajenas, pero no lo puedo evitar.

—Solo está bueno. Pero de ahí a que me guste... —rezonga.

Tengo que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

—Y además friega fatal —añade. Hace una pausa, y sigue: —¡Y sonríe demasiado!

Ahora sí que ya no puedo aguantarlo y me echo a reír como un idiota.

No sé con quién está hablando, pero lo que sí sé es que no se habla así de alguien que te resulta indiferente.

¿O me equivoco?

Sinceramente, me alegra mucho más de lo que debería.

Llego a casa saboreando la diversión y preparo una bandeja con la coca boba que he comprado para Nía, la cual viene envuelta en papel de estraza con el sello de la tienda. Después escribo una nota con mi mejor letra, aunque tampoco es decir mucho.

La tortilla estaba espectacular.

Prometo seguir mejorando mis habilidades culinarias.

Firmado:

El vecino guapo que friega mal.

Sonríó satisfecho y dejo la bandeja junto a su puerta para después huir como si fuera un delincuente.

Paso la mañana preparando contratos, campañas y atendiendo clientes: uno quiere un vídeo más orgánico, otro quiere que algo parezca espontáneo después de haber aprobado doce cambios y una influencer me manda seis audios porque no sabe si subir una foto con bikini azul o verde.

—Verde —murmuro respondiendo.

—¿Por qué verde? —pregunta.

—Porque el azul te hace parecer una botella de agua Solán de Cabras.

—Me encanta trabajar contigo —acaba diciendo.

Lo sé, por eso me pagas, quiero decirle, mas no lo hago porque escucho la puerta de Nía cerrarse.

¿Habrá visto ya mi sorpresa?

Digo yo que sí.

Llevo menos de una semana viviendo aquí.

Repito, menos de una semana, y no sé cómo es estar aquí, en mi nueva casa, sin esperar escucharla al otro lado de la pared.

16

Nía

¿Quieres que te diga que me dormí pensando en que cociné para mi horrible vecino?

Vale, lo admito, pero no pienso fustigarme más por ello, así que me aplico un poco de corrector, máscara de pestañas y **No era para tanto** porque me estoy preparando para marcharme al coworking.

Mentira.

Lo del nombre del labial, digo, porque todo está siendo bastante para tanto últimamente.

Me pongo un vestido azul clarito de tirantes y unas deportivas blancas y me recojo el pelo en una coleta pequeña.

Luego salgo disparada hacia el coworking.

No obstante, cuando abro la puerta de casa, algo llama mi atención.

Me detengo y parpadeo una vez, dos y hasta tres veces.

¿Qué es eso?

Sobre el primer escalón hay un paquete envuelto en papel de estraza marrón.

Frunzo el ceño y me acerco despacio, como si fuera un artefacto sospechoso.

Patricia cree que podría ser una bomba, pero ella ve muchos documentales.

Me agacho y observo el sello redondo estampado sobre el papel.

La Masa de Tomasa, una de las mejores panaderías de la ciudad.

Bueno, según Carmen la mejor, y Carmen considera que cualquier cosa que contenga harina merece una oportunidad.

Desato el cordel que rodea el paquete y el olor me golpea antes incluso de terminar de abrirlo: limón, azúcar y bizcocho.

Traducción: coca boba alicantina.

Madre. Mía.

Levanto el papel del todo y me doy cuenta de que es enorme.
Es entonces cuando veo la nota doblada junto al paquete y la reconozco de forma inmediata, porque ya conozco esa letra, lo cual es un dato que no pienso analizar.

Abro la nota y leo en voz alta:

*La tortilla estaba espectacular.
Prometo seguir mejorando mis habilidades culinarias.*

*Firmado:
El vecino guapo que friega mal.*

Me quedo inmóvil mirando el papelito y luego la coca boba.
Después otra vez el papelito.
¿Me ha escuchado en la videollamada que he hecho con mis amigas?

Si no, no entiendo la nota.

Contra toda lógica, sonrío.

Muy poco, pero lo suficiente para que Patricia, a la que ya no escucho tanto como antes, empiece a correr en círculos dentro de mi cabeza.

Arranco un trocito solo para comprobar que está buena y que mi vecino no me quiere envenenar cual rata de alcantarilla.

Claro que, si tuviera veneno, ya sería tarde para mí.

Bah, hay que probar experiencias de todo tipo, también te digo.

Cierro los ojos, está espectacular.

—Maldita sea.

Resulta que mi vecino insoportable tiene sentido del humor y ahora también tiene detalles.

Eso complica muchísimo las cosas, claro.

Doblo la nota despacio y me la guardo en el bolso, solo por cuestiones logísticas, ya lo sabes, por si algún día necesito pruebas judiciales.

Nada más.

Absolutamente nada más.

Emprendo mi camino obligándome a no mirar la puerta de su casa y la caminata de veinte minutos hasta llegar al coworking

debería servir para sacarme a este chico del coco, pero lo cierto es que no termino de conseguirlo.

—Buenos días, preciosas —saludo.

—Buenos días, enamorada —dice India.

—Buenos días, exagerada —corrijo, haciendo énfasis en esa última palabra.

Bruna levanta la vista.

—¿Qué te pasa en la cara?

—¿Qué me pasa de qué?

—Brillas.

—No brillo.

—¡Oh! Claro que brillas.

—Mucho, además —añade Vega.

—¿Habéis echado algo turbio en vuestros cafés? —pregunto sin entender nada.

—Brillas como una mujer que ha tenido sexo o sentimientos. Y como sexo no ha sido...

—¡BRUNA! ¿Qué sabrás tú?

—¡Ah! Entonces, ¿sexo sí? ¡MEJOR!

India ya se ha levantado de la silla.

—¿Ha pasado algo? —pregunta.

—Nada.

—Ha pasado algo —confirma.

—Nada.

—Nía —me advierte.

—Nada.

—Virginia María.

—No utilices ese nombre contra mí.

—Habla.

—Bueno —digo intentando parecer tranquila—, no quiero que reaccionéis mal ni nada de eso...

Bruna levanta la vista del portátil, muy interesada en mis palabras.

—Esa frase nunca acaba bien.

India deja de editar un vídeo para una novia histérica que quiere cambiar por quinta vez el seating plan de su boda.

—Solo espero que no sea una emergencia —dictamina Vega sin levantar la vista de los patrones que está dibujando para la nueva colección.

Resoplo.

—He cocinado, simplemente.

India se gira, Bruna también, pero Vega sigue dibujando.

—Pues muy bien —dice Bruna—. ¿Y?

—Para Gael —recalco.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Tres.

Vega deja el lápiz, India se lleva una mano al pecho y Bruna abre la boca.

—NO.

—NO —grita India.

—Ay, Nía... —murmura Vega moviendo la cabeza de lado a lado, como hacen las abuelas y como si tuviera un tic.

—No pongáis esa voz.

—¿LE HAS COCINADO? —pregunta Bruna como si acabara de confesar un crimen.

—Era una tortilla.

—"Era una tortilla", dice —India se levanta de la silla—. ¡La mujer que una vez cenó galletas saladas durante dos días seguidos porque no le apetecía fregar una sartén!

—Era una semana complicada —me defiendo frunciendo el ceño.

—Y la que decía que masticar era una pérdida de tiempo —añade Bruna.

—No dije eso exactamente. ¿Por quién me tomas?

—Lo dijiste —afirma Vega.

—Palabras textuales —confirma Bruna—: "Ojalá existieran las pastillas sabor pizza".

Me cruzo de brazos.

—¿Podemos volver al tema?

—NO —dice India—. Porque resulta que has cocinado.

—Una tortilla y nada más.

—PARA UN HOMBRE.

—Porque tenía hambre y su cocina era un desastre y había humo y...

—Claro —dice Bruna con una sonrisa diabólica—. Igual que la gente compra anillos porque le faltan llaveros.

Pongo los ojos en blanco.

—No exagereis.

—¿Llevaba cebolla? —pregunta India muy seria.

—Sí.

India se deja caer sobre la silla.

—Encima le hace la versión buena... —niega con la cabeza, devastada—. Estáis prometidos.

Bruna se abanica con una libreta.

—¿Y qué te dijo?

—Pues... que estaba muy buena.

Las tres se miran.

Y luego me miran a mí.

—La tortilla, ¿no? —aclara India.

—India —la reprende Vega.

—¿Qué? Es importante concretar.

Bruna se ríe.

—¿Y se la comió entera?

—Pues digo yo que no la habrá tirado, vaya.

—Madre mía... —susurra—. Qué hombre.

—Bruna, por favor.

—¿Qué? Yo valoro las cosas importantes de la vida.

—El colesterol entre ellas —añade Vega.

Me siento en mi silla intentando concentrarme en unos pedidos mientras ellas siguen observándome.

—¿Qué?

—Nada —dice Bruna.

—Nada —dice India.

—Nada —dice Vega.

—No os creo.

Bruna sonrío.

—Es solo que llevamos tiempo siendo tus amigas y te conocemos.

—¿Y?

—Y tú no haces esas cosas.

—No es verdad.

—Sí lo es —dice Vega—. Tú ayudas, estás pendiente, eres generosa, pero cocinar para alguien...

—No eres tú.

—Y menos una tortilla —añade India—. Eso es de señora que luego te manda un táper porque "te veía delgado".

—¡No está delgado! Está... perfecto —digo con la boquita pequeña.

—Peor me lo pones. Ha sido amor puro.

—No es amor.

—Claro —dice Bruna.

—Lo digo en serio.

—Claro. Es una obsesión, como la canción de *Aventura*.

—Solo era una tortilla.

—Claro.

—Tenía hambre.

—Claro.

—¡Sois insoportables!

Las tres se echan a reír y yo también.

India vuelve a sentarse.

—Bueno, ¿y él qué hizo?

Sonríó sin querer.

Maldita sea.

Resoplo y termino sacando la nota del bolso.

¿Recuerdas lo de "si no puedes con el enemigo, únete a él?"

Pues con mis amigas es lo mismo.

No sé de qué me quejo, si soy yo quien les da gasolina para alimentar el fuego con el que me importunan a mí.

Las tres la leen y Bruna empieza a dar pequeños saltitos, India se tapa la boca y Vega suspira.

—Madre mía.

—¿Qué? —pregunto.

—Madre mía —repite.

—¿Qué? —repito yo también.

—Nía, este hombre es encantador.

—Querrás decir idiota, ¿no?

—Eso también, seguro, porque todos lo son.

—¿Y la coca boba? —pregunta India.

—¿Qué pasa con ella?

—¡Hombre, pues que no la has traído! Eso pasa.

Suspiro mientras pongo los ojos en blanco.

—Obvio que no, eso es para mí para mi desayuno. ¿Qué te has pensado?

—Ay, hija, qué egoísta —murmura llevándose la mano al pecho

—. Para que luego digas que no te gusta.

—¡ES QUE NO ME GUSTA!

—Claro que no —dice Vega—. Solo le haces una tortilla de patata, le dejas tu impresora, te compra coca boba y te deja notas.

—Y está bueno —añade Bruna.

—¡BRUNA!

—¿Qué? Estoy ayudando.

Resoplo y me llevo los dedos al puente de la nariz, contando hacia atrás para no liarme a porrazos con ellas.

—Ay, amiga... —suspira India—. Mi madre dice que las grandes historias de amor empiezan con una tortilla de patatas y las pequeñas con una intoxicación alimentaria. Esperemos que la vuestra sea de las primeras.

17

Nía

Durante la mañana, una pequeña alegría me hace sonreír como una imbécil: ***Cállate, Patricia*** se ha vendido siete veces durante las primeras horas.

Siete.

No es una locura, pero esas ventas son más y eso a una siempre la emociona.

Cerca de la una de la tarde recojo las cosas y vuelvo a casa.

Por supuesto, el universo decide que Carmen tiene planes para mí, cosa que compruebo cuando llego al barrio.

—¡Nía!

—Hola, Carmen.

—Esta tarde vienes a merendar.

—Ay, pues esta tarde no puedo, es que...

—Sí, claro que puedes.

—Carmen, pero es que, en serio tengo mu...

—Ya está hecho —me corta cuando pretendo explicarle que debo seguir una lista de tareas diarias si quiero que mi negocio despegue como Dios manda.

—¿Hecho el qué? —pregunto arqueando una ceja.

—La merienda.

Parpadeo un par de veces.

—He hecho coca de mollitas —añade.

—Muy bien.

—Con chocolate.

—Deliciosa.

—Y café.

—Fantástico.

—Y viene Gael.

Abro mucho los ojos.

—¿Perdón?

—¡Ay, hija, no pongas esa cara! ¡Es una merienda!

—¿Me estás organizando una cita?

—¡Jesús, María y José! ¡Qué exagerada eres! ¡Es una merienda entre vecinos!

Patricia cree que Carmen es una amenaza pública.

—Carmen...

—A las cinco.

Que la detengan, es una mentirosa, malvada y peligrosa. ¡Ya no la puedo controlar!, dice Patricia, a lo David Civera.

Y desaparece dentro de su casa sin esperar respuesta por mi parte, como hacen las dictadoras, aunque opino que no habría valido absolutamente de nada si le hubiera dado otra negativa.

Suspiro con resignación al tiempo que saco las llaves de mi bolso para entrar en casa.

A las cinco menos cinco estoy delante del espejo.

Por supuesto que no me he arreglado, solo me he cambiado el vestido por una camiseta, me he soltado el pelo y me he puesto un poco de colorete, pero eso no cuenta.

Patricia cree que sí, pero me da igual.

Cuando llego a casa de Carmen la mesa ya está preparada con un mantelito precioso de color blanco y pequeñas florecitas bordadas. Sobre él hay un plato con coca de mollitas con chocolate, café, leche, azúcar y servicios para tres.

La madre que la parió...

Todavía estoy pensando por qué he venido.

—Siéntate —me dice sonriendo.

—Carmen, no sé qué pretendes, pero yo...

—Siéntate, te digo.

Y justo entonces aparece él, que debía estar en el cuarto de aseo, porque yo he llegado la última.

Lleva puestos unos vaqueros claros y un polo blanco.

Por supuesto, luce una sonrisa perfecta.

Maldito.

Maldito.

Maldito.

—Buenas tardes, vecina.

—Buenas tardes, pesado.

—Qué románticos sois —dice Carmen, juntando sus manitas en gesto de oración con los deditos puestos bajo su barbilla.

—NO —decimos ambos a la vez.

Ella sonríe, satisfecha.

Bruja piruja.

*

La merienda transcurre entre risas y anécdotas del barrio y, en algún momento, Carmen empieza a hablar de la *iaia*.

—Tu abuela y yo nos conocimos con quince años.

Sonrío.

—Y se peleaban muchísimo —añado.

— Porque era una cabezota! —exclama ella.

—Como t .

—Como las dos.

Gael sonríe y se limita a escuchar sin interrumpir ni hacer bromas.

—Y si no, t ... —se carcajea.— La primera vez que hizo arroz —dice mirando a Gael— casi incendia la cocina.

— Carmen! —exclamo avergonzada.

—Es verdad —responde ella encogiéndose de hombros.

—Tenía doce años —me excuso.

—Y después montaste una cocina con arena para vender perfumes imaginarios.

Gael levanta una ceja.

— En serio?

—Tenía nueve años —me defiendo rodando los ojos hacia arriba.

—Siempre has sido empresaria, entonces —apunta Gael sonriendo. Luego bebe un sorbo de su taza de café.

—Eso decía ella, la *iaia*. Decía que harías cosas grandes —dice Carmen.

Y, por un segundo, me quedo callada, porque todavía duele, todavía la echo de menos y hay días en los que me gustaría llamarla para contarle cualquier tontería.

Gael no dice nada, solo me mira y me dedica una pequeña sonrisa suave y tranquila, como si entendiera que hay silencios que no necesitan arreglarse.

Eso, por alguna razón, me emociona más que cualquier frase bonita.

Cuando terminamos, Carmen desaparece dentro de la cocina con la excusa de guardar una bandeja, la muy traidora, por lo que me quedo recogiendo las tazas.

—Tu *iaia* debía de ser increíble —murmura entonces Gael.

Sonrío.

—Lo era.

Levanto la vista y compruebo que me está mirando.

Sus pupilas abrazan las mías en un baile lento y pausado que está lleno de la luz vespertina que entra del exterior.

Es entonces cuando me olvido del barrio, de la mesa, de las macetas, del mundo entero, hasta que...

—¡Ay, qué bien hacéis las cosas juntos!

Ambos pegamos un bote.

—¡NO! —decimos al mismo tiempo.

Juro que Carmen parece una psicópata encantadora sonriendo de la manera en la que lo está haciendo ahora mismo.

—Pues lo parece.

Dios mío.

18

Gael

Si alguien me hubiera dicho hace una semana que terminaría reconociendo el sonido de los pasos de una chica, que encima resulta ser mi vecina, me habría reído en su cara.

Pero aquí estamos, porque son las ocho de la tarde y sé perfectamente cuándo Nía sale de casa, cuándo vuelve y hasta la velocidad a la que baja las escaleras.

Y estoy seguro porque hace un rato la he escuchado despedirse de Carmen.

—¡Hasta luego!

—¡Y compra tomates, hija, que los de ayer tenían mala cara!

—¡Carmen, los tomates no tienen cara!

—¡Digo que la pinta era horrorosa!

Y luego el sonido de sus zapatillas alejándose escaleras abajo.

Sonrío.

Me preocupa, la verdad, me preocupa mucho.

Necesito una vida.

O un psicólogo, quizá.

Todavía no tengo claro cuál de las dos cosas.

La merienda ha ido bien. Nía se ha despedido de mí diciéndome que la coca boba estaba muy buena y yo le he respondido que la tortilla que me hizo también.

Supongo que es nuestra forma de darnos las gracias mutuamente por hacer cosas el uno por el otro.

Eso hacen los vecinos, ¿no?

Me pongo con la reunión que tengo a última hora de la tarde y, cuando por fin termino y cierro el portátil, estiro todo mi tren superior sobre la silla y miro la hora.

Todavía queda luz y no pienso en seguir trabajando hasta que se haga de noche.

Un milagro en mí, si me preguntan.

Así que cojo las llaves y bajo las escaleras del barrio hasta donde tengo la moto aparcada.

Porque hay cosas que me recuerdan quién soy cuando el trabajo amenaza con convertirme en un robot con correo electrónico, y una de ellas es mi Harley negra, brillante, con algunos años encima y varias historias que jamás le contaré a nadie.

Paso un trapo por el depósito, compruebo las ruedas, el aceite y los frenos.

Todo por puro ritual, porque está perfecta, ya que siempre la he cuidado demasiado.

Mi padre me enseñó antes casi a montar en moto que en bici. Bueno, enseñarme es una forma elegante de decir que me sentó detrás de él cuando era pequeño y me dijo:

—Si te da miedo, agárrate fuerte.

Y eso hice.

Durante años, además, hasta que un día fui yo quien se sentó delante y la sensación de libertad me atrapó para siempre.

Por eso nunca la vendí; algunas cosas no se venden aunque haya habido épocas en las que hubiera sido lo más sensato.

El aparcamiento está prácticamente al bajar del barrio, por lo que no me sorprende cuando me encuentro con Carmen, que va de camino a casa.

Lleva una bolsa de la compra con la misma concentración con la que otros desactivan bombas.

—¡Ay, hijo! —sonríe—. Qué moto más bonita.

—Gracias.

—A Nía le encantan las motos.

La miro. Mi interés despierta enseguida.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Interesante.

—No, no es interesante —dice señalándome con el dedo—. No pongas esa cara.

No puedo evitar reírme.

—¿Qué cara?

—La de "se me acaba de ocurrir algo".

—No se me ha ocurrido nada.

—Pues no se te ocurra.

Esta mujer me conoce demasiado para llevar tan pocos días tratándome.

—¿Sabes que de pequeña se volvía loca cuando veía una moto?

—¿En serio?

—Sí. Su *iaia* decía que estaba como una cabra.

—¿Y ahora?

—Ahora está peor.

Se ríe y emprende de nuevo su camino, así que yo sonrío y sigo limpiando la Harley.

Es entonces cuando la escucho:

—Madre mía.

Levanto la cabeza, Nía acaba de doblar la esquina y lleva una caja de cartón entre sus manos y el pelo recogido en un moño mal hecho.

La cosa es que no me está mirando a mí, sino a la moto.

Y no tiene el ceño fruncido ni nada. Tampoco pone los ojos en blanco ni su voz se tiñe de sarcasmo.

Solo... Ilusión. Pura y absoluta ilusión.

—¿Es tuya?

—No. La he robado esta mañana.

—¡Gael!

Suelto una carcajada.

—Sí, es mía.

Deja la caja en el suelo y se acerca.

Joder, tiene exactamente la misma expresión que tendría una niña en Disneyland.

—Es preciosa...

Pasa los dedos por el manillar como si estuviera tocando algo sagrado y la delicadeza con la que lo hace me deja completamente embobado.

—Siempre he querido una —confiesa.

—¿Una Harley?

—Una moto, en general.

—¿Sabes conducir?

—No.

—Detalles.

Se ríe.

Y no es una de esas risas pequeñas que me regala cuando se olvida de enfadarse conmigo, no, esta es una carcajada de verdad y resulta que tiene una risa preciosa.

—Mi *iaia* decía que estaba loca.

—¿Y tú qué decías?

—Que algún día tendría una.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo una férrea relación con mi trabajo y, la verdad, no pienso en nada más.

La miro, vuelve a reírse y yo, sinceramente, creo que podría escucharla soltar carcajadas durante horas sin problema.

—¿Y la usas mucho? —pregunta.

—Siempre que puedo.

—Qué envidia.

—¿Quieres subirte?

Parpadea un par de veces.

—¿Qué?

—Sin arrancarla, solo sentarte.

Como si acabara de ofrecerle la luna, sus ojos se iluminan.

—¿Puedo?

—Claro.

Se sienta con cuidado y entonces sonrío muy feliz, como si fuera una niña pequeña.

Creo que algo dentro de mí deja de funcionar durante unos segundos, porque no sé cómo explicar la forma en la que se me encoge el pecho al verla así.

Como si, por primera vez desde que la conozco, estuviera viendo a Virginia María.

La de verdad.

Y entonces aparece Carmen.

Otra vez.

Claro.

Porque Satanás trabaja, pero Carmen trabaja más.

—¡Ay, qué pareja más bonita!

—¡NO! —decimos los dos al mismo tiempo.

Ella se echa a reír.

—Pues lo parece.

Nía se baja inmediatamente de la moto.

—Carmen, por favor.

—¿Qué? Si yo no digo nada.

—Eso es mentira —decimos Gael y yo al mismo tiempo.

Y Carmen vuelve a reírse.

Yo recojo el trapo, Nía coge su caja y antes de emprender el camino hacia las escaleras para subir al barrio, se gira una última vez hacia la Harley.

—Es preciosa —susurra.

Y se va.

Y yo me quedo sonriendo como un idiota, porque no llevo ni una semana viviendo aquí y hoy he descubierto que la mujer que discute a través de las paredes, le pone nombre a sus labiales y cocina increíblemente bien, pone la misma cara que una niña pequeña cuando ve una moto.

Sinceramente... esa sonrisa me ha gustado demasiado.

Demasiado como para ser buena idea y demasiado tarde para evitarlo.

19

Nía

Entro en casa sonriendo.

Cierro la puerta con la espalda, dejo la caja sobre la encimera y me apoyo un segundo sobre ella.

Solo un segundo.

El suficiente para darme cuenta de que sigo sonriendo.

—No —me digo a mí misma.

No.

No, no, no.

Por supuesto que no.

No voy a sonreír por una moto, ni tampoco por la sonrisa perfecta de su dueño.

Ni de coña.

Patricia aparece inmediatamente.

—No te pienso escuchar —murmuro.

Voy al baño, me miro en el espejo y me señalo con el cepillo de dientes.

—Compórtate.

Mi reflejo tiene la misma cara de sospechosa que yo.

Patricia cree que deberíamos asumir que estamos perdiendo facultades.

—Pues tú tampoco ayudas.

La muy desgraciada se ríe.

O eso imagino, porque no sé cómo se ríen las voces interiores.

Aunque seguro que ella lo hace con maldad.

Resoplo y saco el móvil.

Grupo: *Las Desgraciadas.*

Nía: *Lo que me faltaba. Tiene una Harley.*

Tres segundos más tarde.

Bruna: *ESTOY EMBARAZADA.*

India: *YO TAMBIÉN.*

Vega: *Pues yo no tengo útero para estas cosas.*

Pongo los ojos en blanco. ¿Quién me manda a mí decirles nada?
Son lo peor.

Nía: *Estáis enfermas.*

India: *¿Te has subido?*

Nía: *Solo sentada.*

Bruna: *YA ESTÁ.*

Vega: *A partir de aquí todo es cuesta abajo y sin frenos.*

India: *JAJAJA ¡Qué bien traído! ¿Llevaba chaqueta de cuero?*

Nía: *Estamos en verano, ¿acaso quieres que se asfixie como un pollo?*

Bruna: *Es cierto, pero así mejor. Las expectativas estaban muy altas. Si llega a aparecer con la chaqueta a lo H de 3MSC infarto al canto y bragas carbonizadas.*

Vega: *¿Sabemos ya si besa bien?*

Nía: *VOY A ABANDONAR EL GRUPO. Es la última vez que os aviso.*

India: *Como abandonaste la dignidad esta tarde subiéndote a esa moto.*

20

Nía

VIERNES

La mañana empieza con timbrazos, muchos timbrazos, porque India tiene la costumbre de llamar como si viniera a avisarme de una invasión alienígena.

—¡Ya voy! —grito.

Abro la puerta y la veo aparecer con tres cafés en una mano y una palmerita de chocolate enorme en la otra.

—Buenos días, emprendedora del amor.

—Buenos días.

—¿Ha dormido bien nuestra Harley Davidson? —pregunta poniendo morritos.

—Fuera de mi casa —le digo entre risas señalando el exterior.

—No —dice, y se cuela dentro como si fuera una sabandija.

Cinco minutos después llega Bruna con pendientes nuevos, labios rojos y unas gafas de sol gigantes.

—¿Has venido a hacer fotos o a robar un banco?

—Ambas cosas a lo mejor.

—Perfecto.

Vega aparece la última con el portátil, la cámara y cara de haber dormido poco.

—Por favor, decidme que hay café —suplica.

—India ha traído.

—Entonces os sigo queriendo.

Y, de repente, mi casa se llena de ruido del bueno: amigas, labiales, café y risas.

Bruna mueve cosas sin permiso, India baila y Vega coloca focos de luz y reniega de mi fibra óptica.

Y yo las observo, agradecida por tenerlas aunque sean insoportablemente entrometidas.

Estoy emocionada porque, pensándolo bien y aunque cada una tenga su trabajo, de ahí a que paguemos a medias el espacio de coworking, *NíaBeauty* no soy solo yo, también son ellas.

Bruna me ayudó a empaquetar pedidos cuando todavía vendía diez productos al mes, India lloró más que yo cuando llegó mi primer pedido grande y Vega, cuando me ayudó a crear la web, me repitió que dejara de pedir perdón por no saber hacerlo sola.

Han estado junto a mí cuando todo esto comenzó, en todas mis dudas y en cada "¿y si no funciona?".

Y siguen aquí.

—¿Qué te pasa? —pregunta Bruna.

—Nada.

—Estás poniendo cara de llorar y no te favorece nada.

—No estoy poniendo cara de llorar.

—Pues a mí me lo parece.

—Es alergia —digo, parpadeando de forma continua al tiempo que miro hacia arriba para impedir como sea que las lágrimas salgan de mis ojos.

India me abraza.

Será traidora... todo el mundo sabe que si estás emocionada o a punto de llorar y te abrazan, es como caer en una trampa mortal, porque terminas llorando.

—Ay, que se emociona —dice, acariciándome la espalda de arriba abajo.

—¡Suéltame! —exclamo mientras intento zafarme moviendo los hombros.

—No quiero, no seas antipática —dice apretujándome entre sus brazos.

Es una lapa, una lapa asfixiante.

—Pero es que... —intento decir.

—No, no y no —dice ella superdigna moviendo la cabeza de lado a lado.

—¡Que me estás aplastando una teta!

—¡Ah! Perdón, perdón. —Hace un mohín de incomodidad y, al fin, me suelta.

Las cuatro nos echamos a reír y es entonces cuando nos ponemos a trabajar.

Bueno, más bien me ayudan con todo el trabajo que tengo por delante.

—***Drama Mediterráneo*** —dice Bruna cogiendo uno de los coloretes.

—***Santa Cruz Sunset*** —añade Vega.

—Ese es precioso.

—Todavía me cuesta creer que esto exista de verdad.

Las tres levantan la vista hacia mí.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada —responde Bruna—. Solo que eres una pesada. ¿Por qué tienes tanto síndrome de la impostora? ¡Esto lo has creado tú y debes sentirte muy orgullosa!

—Es precioso, Nía —añade India.

Y entonces me emociono un poquito, solo un poquito.

Bruna tiene toda la razón, lo que pasa es que a veces todavía me cuesta creerlo.

Me cuesta creer que todo esto existe, que *NíaBeauty* es real, que mis productos están aquí, que las ventas llegan y que hay gente usando maquillaje que he imaginado yo.

Y entonces... Bruna se queda inmóvil.

—Ay. Ay. Ay.

—¿Qué? —pregunto.

—Ay.

India se acerca a la ventana.

—AY.

Vega también.

—Madre mía.

—¿Qué os pasa?

—Tu vecino —susurra Bruna.

—¿Qué vecino?

—El que va a ser mi marido si tú no espabilas.

—¡BRUNA!

Pero las tres ya están pegadas al cristal, literalmente, como tres jubiladas cotillas.

Y yo quiero morirme porque, efectivamente, Gael está ahí fuera con una camiseta negra, vaqueros por encima de la rodilla y gafas de sol.

No sé dónde va, pero... ¿por qué tan guapo?

¿QUÉ?

¿He dicho yo eso?

No, no, no.

—No entiendo nada —dice India—. ¿Por qué tiene brazos?

—Todo el mundo tiene brazos —murmura Vega.

—Me has entendido perfectamente. Me refiero a ESOS brazos.

—¿Por qué sonríe así? —pregunta Bruna.

—¿Y por qué vive aquí? —añade India.

—¿Y por qué no se ha enamorado de mí? —remata Bruna.

—¡Apartaos de la ventana! —susurro.

—No.

—¡Nía, tiene hoyuelos!

—¡NO MIRÉIS!

Y entonces ocurre: Gael levanta la vista y se encuentra con tres caras deformadas por estar pegadas al cristal.

Bruna saluda, India también, Vega levanta una mano con absoluta dignidad y él, el muy cabrón, sonríe y saluda, divertido.

Ahora sí, susurra Patricia en mi cabeza.

¿Ahora qué?, le respondo de la misma manera.

Ahora ya podemos mudarnos.

No pienso mudarme, pienso, y la sola idea se me hace bola.

Pues yo sí.

Cierro las cortinas de golpe y Patricia desaparece.

—¡ESTÁ BUENÍSIMO! —grita Bruna.

—¡Y TIENE UNA HARLEY! —añade India.

—Y parece simpático —dice Vega, en un tono de voz más normal.

—¡Y FRIEGA MAL! —respondo.

Las tres se quedan calladas y luego empiezan a reírse.

—Ay, Dios mío —dice Bruna entre lágrimas—. Está perdidísima.

—No estoy perdida.

—No, hija —dice India abrazándome—. Estás jodidísima.

Creo que Patricia acaba de desmayarse, porque ni siquiera me ha llevado la contraria.

21

Nía

—Vale, ahora enseñadme otra vez esa foto porque sigo sin superarlo.

Bruna amplía la imagen en el portátil y las cuatro nos quedamos mirándola.

Silencio.

Luego India se lleva una mano al pecho.

—Es que parece una marca de verdad.

—Porque es una marca de verdad —dice Vega sin apartar la vista de la pantalla.

—Ya, pero me refiero a una marca de esas que salen en revistas y tienen publicidad cara y modelos que parecen hidratarse con lágrimas de unicornio. Como *Charlotte Tilbury* o algo así.

Bruna se ríe.

—Pues hija, normal. Si es preciosa.

Lo es.

No porque sea mía ni nada, pero todos los productos son muy bonitos y *NíaBeauty* se parece exactamente a lo que siempre había imaginado.

Hemos pedido comida a un italiano para celebrarlo, porque una norma no escrita que tenemos entre las cuatro es celebrar cada pequeño logro de la otra.

Pizza, pasta, pan de ajo y una ensalada para sentirnos mejores personas. Que nadie va a tocar, por cierto, así que la guardaré para

mañana o algo. Las cuatro sabemos perfectamente que el pan de ajo tiene prioridad moral.

—Esto está de muerte —anuncia India con un trozo de pizza en la mano.

—La verdad es que sí —dice Vega.

—Cuando sea vieja quiero comer esto al menos una vez a la semana —añade Bruna.

Las cuatro nos echamos a reír y es entonces cuando mi móvil vibra, el anuncio de que me ha llegado un email emerge en la pantalla y el corazón me da un pequeño vuelco.

Inés Ferrer.

—¡Me ha escrito Inés Ferrer! —grito lanzando un trozo de pan de ajo por los aires.

Las tres se abalanzan sobre mí.

—¡Abre!

—¡Corre!

—¡No respire!

—¿Cómo que no respire?

Abro el correo y leo sujetando el móvil con manos temblorosas.

Hola, Nía:

¡Como te dije, me encantan las fotos y el concepto! 😊

¿Te vendría bien vernos esta tarde para concretar ideas? Iré con mi representante, que es quien lleva toda la parte de colaboraciones y campañas.

¿Te viene bien a las siete?

Un beso.

Inés.

—¡AHHHHHHH! —grita India.

—¡Representante! —dice Bruna.

—Tranquilidad —pide Vega, que ya está sonriendo.

—¿Tranquilidad? ¡Que es Inés Ferrer! —dice India.

—Y quiere trabajar contigo —añade Bruna.

Yo sigo leyendo el correo una y otra vez y sonrío.

¿He conseguido mi primera colaboración?

¡Lo más seguro!

—Bueno —dice Bruna levantándose—. Pues nosotras desaparecemos.

—¿Cómo?

—Tienes una reunión.

—Y luego cenamos en *La tía Juana*, me apetece comida mexicana. ¡Ándale! —añade India.

—Pero...

—Sin peros —dice Vega—. Vas a ponerte guapísima, vas a cerrar una colaboración maravillosa y luego nos cuentas todo mientras cenamos.

—Y margaritas después—dice India.

—Tú no pidas margaritas que luego lloras.

—¡Solo fue una vez! —exclama India ofendida.

—Tres —corrige Bruna.

Nos reímos juntas.

*

Es una suerte que Inés Ferrer sea alicantina y viva en la ciudad en vez de haberse ido a Andorra, como muchos otros influencers y youtubers, así podemos vernos más tranquilamente en persona.

Tras concretar el lugar de la cita, sobre las seis y media ya estoy frente al espejo.

Patricia cree que me estoy arreglando demasiado, pero solo llevo unos vaqueros blancos, una blusa verde agua y unas sandalias.

Y **No era para tanto** en los labios, porque siempre queda bien.

El pelo suelto y pendientes pequeños, nada especial ni del otro mundo, simplemente quiero dar una buena impresión.

Eso es todo.

No tiene nada que ver con que vaya a conocer al dichoso representante.

La reunión es en una cafetería del centro de Alicante, de esas que parecen diseñadas para salir bien en Instagram, pero que, sorprendentemente, también hacen un café espectacular.

El local mezcla paredes de ladrillo visto con madera clara, plantas colgantes y ventanales enormes por los que entra la luz de la tarde.

Huele a café recién molido, a bollería recién hecha y a esa calma rara que solo existe unas horas antes de que la ciudad empiece a prepararse para el fin de semana. Hay gente trabajando con el portátil, dos turistas compartiendo una tarta de zanahoria y una pareja discutiendo en voz baja sobre si pedir una tercera porción de *cheesecake*.

Me gusta el sitio al instante. Tiene ese equilibrio entre elegante y acogedor que intento transmitir con *NíaBeauty*: bonito, sí, pero sin resultar inaccesible.

Patricia cree que este tipo de cafeterías cobran tres euros más por cada planta que tienen colgada del techo. Y, sinceramente, no puedo demostrar que se equivoque.

Cuando llega Inés, descubro que todavía es más guapa en persona que por redes sociales, pero además transmite algo agradable y me parece de esa clase de personas que te hacen sentir cómoda al instante.

—¿Nía? —se acerca, un poco titubeante al principio, y después me abraza—. Qué ganas tenía de conocerte.

—Lo mismo digo —respondo sonriendo.

—Me encanta todo lo que haces.

—Muchas gracias.

—Espera a que llegue mi representante, le va a encantar conocerte. No creo que tarde.

Nos sentamos en una mesa de la zona que nos parece más tranquila de la cafetería y charlamos de todo y nada al mismo tiempo.

Diez minutos más tarde, Inés mira hacia la puerta y sonríe.

—Ahí está —me avisa.

Me giro y el mundo parece detenerse a mi alrededor.

No.

No.

No.

Patricia se levanta del sofá imaginario en el que vive, ha entrado totalmente en pánico, porque el hombre que acaba de entrar, que sonríe al entrar de forma socarrona y luego se queda tan inmóvil como yo al comprobar con quién va a tratar... es Gael.

—¿TÚ? —decimos los dos al mismo tiempo.

Inés parpadea.

Una vez.

Dos.

—¿Os conocéis?

—No —respondo automáticamente.

—Sí —dice él al mismo tiempo.

Y la muy traidora de Inés sonríe.

—¡Qué fuerte!

22

Gael

—Te va a gustar.

—Eso dices siempre.

—Esta vez más.

—¿La chica es maja?

Inés sonríe al otro lado de la videollamada.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—La conozco por Instagram.

Me quito las gafas y la miro.

—Vivimos en una época rarísima.

—Pero bonita.

—Discrepo.

—Gael.

—¿Qué?

—Te va a encantar —me asegura para infundirme tranquilidad.

—Eso es muy subjetivo.

—No. Te va a encantar.

—¿La campaña?

—Todo.

Y sonríe.

—¿Por qué pones esa cara?

—¿Qué cara? —casi se ofende.

—La de "sé algo que tú no sabes".

—Porque sé algo que tú no sabes y es que vas a salir contento de la reunión, simplemente.

—Te odio.

—No, me adoras.

Y cuelga.

Resoplo.

Inés lleva días hablándome de una marca pequeña de cosmética que ha descubierto hace poco y con la que está empeñada en

colaborar. No deja de decir que es distinta, que tiene personalidad y que detrás hay alguien que ha sabido construir algo honesto en un mundo lleno de copias.

No me ha querido contar mucho más, por eso me costó un poco acceder a que nos reuniéramos con la muchacha.

Dice que prefiere que llegue a la reunión sin expectativas, así que eso hago.

Espero una tarde tranquila, una emprendedora con buenas ideas y una campaña que nos obligue a darle unas cuantas vueltas a la cabeza.

Me gustan las cosas poco vistas en redes sociales.

Lo que no espero, ni por asomo, es que el universo se ría así de mí y el corazón me pegue un golpe tan fuerte por el que casi me olvido de respirar cuando llego al lugar de encuentro y la veo a ELLA.

Mi vecina.

Nía.

No puede ser.

Está sentada frente a Inés y lleva unos vaqueros blancos puestos, una blusa verde y el cabello suelto. Esos ojos enormes que siempre parecen estar a un comentario de mandarme a paseo, me miran de forma tan sorprendida como lo estoy yo.

Necesito procesar, esa es la verdad, por eso parece que me he quedado *moñeco*.

Virginia María Montemayor, mi vecina, la mujer que canta fatal, me hace tortillas, riega las plantas y le encantan las motos...

La mujer que lleva casi una semana apareciendo demasiadas veces en mi cabeza.

Mierda.

Ella levanta la vista y se queda tan inmóvil como yo.

—¿TÚ?

—¿TÚ?

Lo decimos al mismo tiempo.

Inés parpadea.

Una vez.

Dos.

—¿Os conocéis?

—No —dice ella inmediatamente.

—Sí —respondo.

La miro, me mira e Inés sonríe.

—¡Qué fuerte!

Nía abre mucho los ojos.

—¿Por qué?

—Nada, nada —dice Inés—. Me encanta esta reunión.

—Es mi vecina —explico.

—Por desgracia —murmura Nía.

—Por suerte para ella, quiere decir —añado.

—¿Perdón?

—Nada.

—No, no. Repite.

—No hace falta.

—Gael.

—¿Sí, vecina?

—No me llames vecina.

—No me llames Gael.

—¿Y cómo quieres que te llame? Si es tu nombre.

—Representante —digo, luego carraspeo y me siento junto a ellas.

Inés se echa a reír.

—Vale, parad. Os juro que os grabaría.

Nía se cruza de brazos.

—No tiene ninguna gracia.

—Claro que la tiene —dice Inés. —Qué fuerte me parece esta coincidencia... Pero bueno, tenía muchas ganas de trabajar contigo y ya estamos aquí —dice mirando a Nía.

Nía sonríe y la vecina borde desaparece para dejar paso a la empresaria.

—Lo mismo digo.

—Me obsesionan tus productos.

—Gracias.

—No, gracias a ti. **Que le den** es una fantasía.

Nía se ríe.

—Y ***Cállate, Patricia*** es una obra maestra.

—La pobre Patricia se va a enfadar.

—¿Patricia existe? —pregunto.

—No preguntes.

—Pregunta poco y vive más, sí —añade Inés.

—Consejo aceptado —digo levantando las manos con las palmas hacia ellas, en señal de paz.

Pedimos unas bebidas y algo para picar. Aquí es donde la reunión comienza de verdad y yo me dedico a observar, porque no es la primera vez que la veo brillar cuando habla de su proyecto, y ahora se lo está vendiendo a Inés.

Y joder.

Es imposible no admirarla.

—Me gusta mucho la idea —dice Inés—. Pero no quiero las típicas fotos en un baño o en una habitación blanca.

—Yo tampoco —dice Nía.

—Quiero algo mediterráneo.

—Auténtico, sí —añado.

—Con personalidad —dice Inés.

—Con alma —dice Nía.

Sonrío.

—Exacto.

Ella me mira durante un segundo y por primera vez en toda la tarde no parece querer asesinarme.

—Estaba pensando en algo íntimo —dice ella—. Una rutina. Una casa. Café. Algo muy cotidiano.

—Eso está muy visto, Nía —respondo.

Su cabeza gira lentamente hacia mí.

—¿Perdón?

—Digo que está muy visto.

—¿Y qué propones tú?

—Movimiento.

—Qué profundo.

—Gracias.

—Era ironía.

Inés se mete una patata en la boca.

—Seguid, seguid. Esto es mejor que Netflix.

Nía pone los ojos en blanco.

—No podemos hacer algo vacío.

—Ni algo lento.

—La gente conecta con las emociones.

—Y con las historias.

—Exacto.

—Pues eso digo.

—No estás diciendo eso.

—Sí.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí

Inés levanta una mano.

—Vale. Creo que os estoy entendiendo a los dos.

Nos callamos.

—¿Qué?

—Tenéis química.

—NO —decimos al mismo tiempo.

—Ajá.

—No tenemos química.

—Es mi vecino.

—Es mi vecina.

—Es insoportable.

—Es dramática.

—Es un chulo.

—Es una mandona.

Inés se ríe tanto que tiene que beber agua.

—De verdad, no paréis nunca —dice mi representada mientras se levanta de la silla—. Disculpadme un segundo, voy al baño. No os matéis.

—No prometo nada —dice Nía.

—Qué carácter —digo, luego lanzo un suave silbido.

—Qué cara.

—Qué borde.

—Qué pesado.

Sonrío.

—No pienso trabajar contigo —dice mientras se cruza de brazos.

—Pues qué mala suerte tienes, vecina. Inés sí quiere trabajar contigo y es mi representada.

—No me llames vecina.

—Te llamaré socia.

—Ni en tus sueños.

—¿Y en los tuyos?

—Gael.

—¿Sí?

—Cállate.

Sonrío.

—Eso vende mucho últimamente.

Ella resopla.

Pero se le escapa una sonrisa.

Joder.

Las mujeres inteligentes siempre han sido mi punto débil y Virginia María Montemayor empieza a parecerse demasiado a una mala decisión.

No obstante, creo que ya es demasiado tarde para salir corriendo.

23

Nía

Si alguien me hubiera dicho esta mañana que iba a terminar sentada en una cafetería discutiendo con mi vecino delante de una influencer que come patatas bravas como si estuviera viendo una final de La Champions, me habría reído.

Y luego habría llamado a un especialista.

Pero aquí estoy yo y aquí está Gael sonriendo demasiado, para sorpresa de nadie.

Inés ya ha vuelto del servicio.

—Te repito que no puedes pretender que toda una campaña se base en cuatro fotos bonitas y una cafetera —dice, retomando la conversación.

No quiero trabajar con él, pero sí quiero conseguir mi primera colaboración, así que debo pensar bien mis decisiones.

—No son cuatro fotos bonitas. Es hogar.

—Es lento —me debate.

—Es íntimo —insisto.

—Es estático.

—Es real —contraataco.

—Es aburrido.

Abro mucho los ojos.

—¿Aburrido?

—No he dicho eso.

—Acabas de decir eso.

—He dicho...

—ABURRIDO —me indigno fuertemente.

Inés se mete otra patata en la boca.

—Por favor, no me hagáis intervenir. Deberíais saber llegar a un acuerdo vosotros solos.

—Tu representante acaba de insultar mi trabajo —protesto.

—Mi representante no sabe comportarse —responde ella sonriendo.

—Tu clienta es una exagerada —dice Gael.

—¡Perdona!

—Eso.

—No me gusta nada cuando haces eso.

—¿El qué?

—Sonreír después de provocar una guerra.

—No sonrío.

—Claro que sí.

—Son imaginaciones tuyas.

Inés se lleva la mano al pecho.

—Madre mía, me siento como una adolescente viendo una serie.

—No tenemos química —decimos los dos al mismo tiempo, mirándola directamente a los ojos.

—Ya.

La muy bruja sonrío.

Y vuelve a las patatas.

—Seguid, seguid.

Nos miramos y, por primera vez desde que hemos empezado la reunión, ninguno habla.

Hasta que él suspira.

—Lo que quiero decir es que la gente conecta con historias.

—Con historias reales —corrijo.

—Las citas son historias. Para la publi podemos recrear varios tipos de cita según el labial.

—Las citas son una mentira.

Gael arquea una ceja.

—¿Perdón?

—La cita perfecta no existe.

—Claro que existe.

Inés levanta una mano.

—Yo me casé con mi novio del instituto y nunca he tenido Tinder, así que no puedo opinar. Continúa.

La ignoro como hago con Patricia.

—Lo que quiero decir es que la gente se enamora de una idea —continúa—. Y luego llega la vida.

—Eso es muy triste.

—Eso es la realidad, que es diferente.

—No tienes ni idea.

—¿Ah, no?

—No.

—Pues ilústrame —le provoco.

Me ofrece una sonrisa de "se me acaba de ocurrir una barbaridad".

—Te apuesto lo que quieras.

Parpadeo varias veces.

¿Qué dice? ¿Qué está diciendo?

—¿Qué?

—Una cita.

—¿Perdón?

—La cita perfecta.

—No existe, te lo estoy diciendo.

—Déjame demostrártelo —dice muy seguro de sí mismo.

Me echo a reír.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—Gael, no tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Sí la tengo.

—Eres agotador —digo soltando un suspiro.

—Y tú preciosa cuando te enfadas.

Se me olvida respirar e Inés se atraganta con una patata.

Claro, si es que no para de jalar, la tía.

Tose.

Tose tanto que Gael y yo nos callamos.

Hazle la maniobra esa, la de Heimlich, dice Patricia.

No pienso hacer eso, si tose es que está respirando. Por cierto, nunca le deis a nadie en la espalda si se está atragantando, puede ser peor.

Pero Inés sigue tosiendo y su tez se pone un poco morada.

Verás tú, la tonta de las patatas, dice Patricia.

Gael la mira muy atento.

A que se ahoga...

—¿Ya?

Entonces Inés parece volver a la vida.

—¡Ay, perdón! ¡Perdón! —se disculpa limpiándose las lágrimas que han mojado sus mejillas por culpa de la tos—. ¡Seguid! ¡No existo!

A punto de no existir ha estado sí, dice Patricia.

La fulmino con la mirada por el susto, pero sigo queriendo esta colaboración.

—¿Y si no consigues convencerme? —pregunto.

—Si no consigo que reconozcas que ha sido la mejor cita de tu vida, me encargaré yo solo de toda la campaña y no volveré a meterme en ninguna decisión creativa. Es decir, se hará como tú quieras.

—¿Y si pierdo yo?

Sonríe y juro que por un segundo me pone nerviosa.

De verdad.

—Si pierdes...

—¿Sí?

—Reconocerás delante de tus amigas y Carmen que yo tenía razón.

Me echo a reír.

—Ni muerta.

—¿Miedo?

—¿A ti?

—A enamorarte.

Maldito.

—¿Perdona?

—Lo que has oído.

—¿Tú estás bien de la cabeza?

—Eso intento averiguar desde que me mudé a Santa Cruz.

—Eres insoportable.

—Y tú tienes miedo.

—No tengo miedo.

—Claro.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—¡ACEPTO!

Se hace el silencio e Inés aplaude.

Literalmente.

—¡SÍ! ¡POR FIN! Entonces, ¿colaboramos?

Gael extiende la mano hacia mí.

—¿Trato hecho?

Miro esa mano, sus dedos y luego subo hasta sus ojos y, por algún motivo que no entiendo, siento mariposas.

Mariposas.

A mi edad.

Qué ridículo.

Gael sonrío otra vez y estrecho su mano caliente, grande y segura.

Por alguna razón absurda, tarda una fracción de segundo más de lo normal en soltarme.

—Trato hecho —dice.

—Trato hecho.

—No te arrepientas luego.

—Eso díselo tú a tu ego.

—Nunca.

—Mañana a las ocho de la mañana en las faldas de Santa Cruz. Nos servirá para terminar de cerrar la colaboración.

—Ahí estaré —digo apretando los dientes.

Inés vuelve a aplaudir.

—Dios mío, os adoro.

—No es para tanto —murmuro recogiendo el bolso para ir hacia la barra, pagar mi parte y marcharme de aquí.

24

Nía

—¡POR EL AMOR DE DIOS, CUENTA DE UNA VEZ!

Parpadeo.

India me mira desde el otro lado de la mesa con una servilleta en la mano, Bruna está inclinada hacia delante como si fuera una periodista a punto de sacar una exclusiva y Vega tiene esa expresión tranquila de quien ya sabe que voy a acabar contándolo todo igualmente.

Suspirando, dejo el taco sobre el plato.

Mis amigas están esperando a que les cuente qué diantres ha pasado en esa reunión, tras mandarles un mensaje al grupo cuando venía de camino diciéndoles que el famoso representante era Gael, soy consciente.

—Pues eso... que el representante de Inés era él. ¡Precisamente él! Y como no nos poníamos de acuerdo con la forma de hacer la publicidad... pues que me ha propuesto una apuesta y he aceptado...

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Bruna pega un grito.

—¡AAAAAAAHH!

Medio local se gira hacia nosotras.

—¡Bruna!

—¡Perdón! —susurra—. Continúa.

—No pienso hacerlo.

—Lo harás.

—Me estáis agotando.

—Nos acabas de decir que has hecho una apuesta con tu vecino buenorro y que encima depende en gran parte de él que consigas tu primera colaboración. Lo mínimo es que detalles las condiciones — dice India.

Miro mi bebida, que es un cóctel raro, mientras intento procesar mi propia vida.

Acabo de aceptar una cita con mi vecino.

Bueno, una apuesta, que no es lo mismo, ¿verdad?

Patricia acaba de ponerse a llorar en una esquina.

—Venga, habla —dice Vega.

—Dice que existe la cita perfecta.

—El cabrón va fuerte —murmura Bruna.

—Y yo le he dicho que no.

—Normal.

—Y entonces me ha retado.

—Normal.

—Y yo he aceptado.

—NO ES NORMAL —gritan las tres.

No puedo evitar reírme.

—¿Y qué gana él? —pregunta India.

—Que reconozca delante de vosotras y Carmen que tenía razón.

Bruna se atraganta con el taco.

—¿Delante de Carmen?

—Sí.

—Qué hijo de puta más brillante.

—BRUNA.

—Es verdad. El hombre sabe dónde hacer daño.

—¿Y tú qué ganas? —pregunta Vega.

—Si pierde, se encargará él solo de toda la campaña y dejará de meterse en las decisiones creativas.

—No va a perder —dictamina India.

—Ni tú tampoco —dice Bruna.

—¿Ni yo qué?

—Ni tú tampoco.

—¡Que no me gusta!

—Claro.

—Lo digo en serio. No quiero nada con él. Es un pesado y sonrío demasiado.

—Lo que tú digas.

Bruna se abanica con la carta y luego levanta su copa:

—Brindemos.

—¿Por qué?

—Por la primera cita de Nía.

—NO ES UNA CITA.

—Por la primera cita de Nía —repite haciendo caso omiso de mis palabras.

—No pienso brindar por eso.

—Pues yo sí —dice India.

—Y yo —añade Vega.

—Y yo —dice Bruna—. Más que nada porque ese hombre tiene una Harley y yo soy una mujer sencilla.

—¿Y qué te ha dicho exactamente? —pregunta India.

Me apoyo en la silla.

—Me ha dicho...

Sonríó sin poder evitarlo, maldita sea.

—¿Qué?

—Me ha preguntado si tenía miedo de enamorarme.

Bruna deja la copa sobre la mesa.

—Ay.

India se lleva una mano al pecho.

—Ay.

Vega suspira.

—Ay.

—¿Qué os pasa?

—Nía... —murmura Bruna—. Eso no se dice.

—Pues lo ha dicho.

—¿Y tú qué has respondido?

—Que estaba loco.

—¿Y?

—Y que aceptaba.

Bruna vuelve a pegar un gritito.

—¡Dios mío!

—¡Bruna!

—Perdón, es que os juro que estoy viviendo esta historia más que la mía.

—¿Y tú no tienes miedo? —pregunta Vega.

La pregunta me pilla desprevenida, pero debajo de todas estas risas y este cachondeo en la conversación, hay algo: una cosa pequeña, una molestia, una especie de pellizco.

¿Y si tiene razón, estoy aterrada y resulta que me gusta más de lo que quiero reconocer?

Patricia, sentada frente a mí en una silla imaginaria, cruza las piernas.

Pues claro que tienes miedo, me dice. Normal, te hace sonreír, te mira y se te olvida respirar y consigue que me calle.

La ignoro como tantas otras veces y me limito a mirar a mis amigas, porque quizá la vida no es exactamente como la imaginaba cuando tenía veinte años, pero aquí sentada junto a las tres mujeres que me han visto romperme y volver a empezar cien veces, pienso que no está nada mal.

Aunque mi vecino insoportable me acabe de declarar la guerra y aunque, muy en el fondo, una parte de mí esté deseando perder y tener esa cita perfecta con él.

25

Gael

Cuando vuelvo a Santa Cruz todavía queda luz entre las fachadas blancas.

Las macetas siguen colgando de las paredes, Carmen está hablando con una vecina desde una ventana y un niño corre escaleras arriba mientras su madre le grita que se va a partir los dientes.

El barrio ya me resulta familiar y tampoco puedo evitar mirar hacia la casa donde vive Nía, la cual tiene las luces apagadas.

Seguro que está con sus amigas, cenando, pasándolo bien y poniéndome a caldo.

La imagen me hace gracia.

Muchísima.

—Espero salir vivo —murmuro para mí.

Entro en casa y dejo las llaves sobre la encimera.

Mi ropa acaba tirada sobre una silla y me preparo una cena deprimente compuesta por un poco de embutido, pan y algo de fruta.

No tengo ganas de cocinar y tampoco demasiada hambre, solo una especie de nervios extraños que llevaba años sin sentir.

Así que ceno viendo una serie que no estoy viendo, me ducho y me siento en el sofá con una cerveza.

Es entonces cuando la sonrisa vuelve sola, porque me acuerdo de ella y de cómo se ha puesto roja cuando le he dicho que estaba preciosa al enfadarse.

¿Me he excedido?

Quizá sí, pero lo hecho, hecho está.

Mi móvil vibra, sacándome de mis pensamientos, y descubro que Inés me ha mandado un audio de whatsapp.

Dime que te das cuenta de que estás sonriendo como un imbécil, escucho cuando lo reproduzco.

Resoplo y la llamo por teléfono.

—Vete a dormir —le digo cuando descuelga la llamada.

—Gael, te conozco.

—No digas tonterías —digo poniendome en pie, la conversación me está poniendo un poco nervioso.

—¿Le has contado lo de mañana?

Sonrío.

—No. Nada.

—Pero llevas años con esa idea de cita en la cabeza y vas a experimentarla con ella.

—Bueno, ¿y qué?

—Estás jodido, simplemente.

Me río.

—Buenas noches, Inés.

—No. Espera. ¿Te gusta?

—Adiós, Inés.

—¡GAEL!

Cuelgo; ni yo mismo quiero responder a eso.

No todavía, al menos, porque la respuesta me da miedo.

Voy al dormitorio y, tras abrir el armario, saco una caja vieja de madera que dejo sobre la cama.

Dentro hay sobres, fotografías, entradas de conciertos, un mapa doblado, una libreta con la tapa de color negro, una pulsera de tela y recuerdos, muchos más recuerdos.

La idea de cita que tengo preparada para Nía mañana, nació hace años, cuando las cosas se fueron a la mierda y tuve que aprender a reconstruirme.

Cuando cogía la Harley sin rumbo y recorría la Comunidad Valenciana durante horas.

Parando, respirando, pensando y volviendo a encontrarme.

En cada parada escribía preguntas tontas o importantes que me ayudaban a recordar quién era, qué quería, qué me hacía feliz, qué soñaba cuando tenía diez años, qué me daba miedo, qué había perdido, qué esperaba encontrar...

No sé, mil cosas.

Con el tiempo guardé los sobres y nunca volví a abrirlos.

Hasta hoy, que los extiendo sobre la cama y sonrío.

Puede parecer una locura, pero por primera vez en mucho tiempo sé con quién quiero compartirlos.

Me paso las manos por la cara, sorprendido conmigo mismo, pues me acabo de dar cuenta de que me da igual ganar o perder la apuesta.

No quiero besarla porque pierda, ni que me dé la razón delante de Carmen.

Quiero enseñarle el mar, verla reír, escuchar cómo me cuenta historias absurdas, saber por qué habla con las plantas cuando las riega y descubrir qué soñaba la niña que se convirtió en la mujer que fabrica labiales con nombres imposibles.

Quiero conocerla, simplemente.

Miro el reloj y veo que son cerca de las diez y media.

Todavía tengo tiempo, así que voy al aparcamiento donde mi Harley está aparcada, paso la mano por el depósito y sonrío.

—Mañana nos toca trabajar.

Cojo un paño y empiezo a limpiarla, aunque lo hice el otro día y sigue sin hacerle falta, pero necesito hacer algo con estos nervios.

Mientras froto el cromado, me descubro sonriendo otra vez como un adolescente, un completo idiota, alguien que lleva demasiado tiempo sin esperar nada de nadie y, de repente, tiene ganas de que llegue el sábado.

Cuando termino, la observo: es perfecta, como el primer día, y por un momento me imagino a Nía detrás de mí, abrazada a mi cintura, riendo, protestando...

Esa imagen, por alguna razón extraña, me hace feliz.

26

Nía

SÁBADO

Hay personas que cuentan ovejas para dormir. Te suena, ¿verdad?

Bueno, pues yo cuento posibilidades y ninguna tiene mucho sentido, que digamos.

Doy una vuelta en la cama, luego otra y finalmente pongo la almohada del otro lado, como si eso fuera a ordenar también mis pensamientos.

No funciona, claro, y es que al otro lado de la pared...

Toc.

Toc.

Toc.

Cierro los ojos y, muy a mi pesar, sonrío.

Mal.

Muy mal.

—¿Qué quieres? —pregunto lo bastante alto para que me escuche—. ¿Que no duerma, mañana esté cansada y tengas ventaja porque no estoy en plenas facultades?

Al otro lado se hace un pequeño silencio.

—No se me había ocurrido, pero gracias por la idea.

Pongo los ojos en blanco.

—Eres insufrible.

—Eso ya lo sabía.

Espero unos segundos.

—¿Y entonces?

—Solo quería decirte que tienes una nota debajo de la puerta.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

Me incorporo de golpe, como si de pronto me hubiera convertido en un resorte.

—¿Otra?

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde, me temo —mascullo al tiempo que me pongo las chanclas para ir a por la dichosa nota.

Escucho una risa amortiguada al otro lado de la pared y, por algún motivo completamente absurdo, esa risa me hace sonreír.

Otra vez.

Cruzo el pasillo, abro la puerta y descubro que, efectivamente, hay un sobre blanco esperándome con mi nombre al completo: Virginia María Montemayor.

Frunzo el ceño.

—Te he dicho mil veces que no me llames así —digo al lado de su ventana.

—Y yo lo ignoro, ya lo sabes.

Capullo.

Me meto dentro de casa con el sobre y cierro la puerta.

Patricia ya está sentada encima de la mesa del salón, balanceando las piernas, cree que esto no tiene muy buena pinta.

Me llama la atención que esté un poco emborronada, como una imagen gastada de un televisor antiguo.

Abro el sobre con cuidado y veo que en el interior hay una única hoja doblada.

Buenos noches, vecina:

Mañana nos espera un día largo, así que necesito que vengas cómoda.

Aquí te dejo una lista de todo lo que necesitas: vaqueros, zapatillas, ropa de baño y ropa de cambio, chanclas, toalla de playa y una camiseta que no te importe llenar de recuerdos.

También puedes traer un pijama, pero solo si quieres.

Te espero mañana a las ocho en punto en las faldas de Santa Cruz.

No llegues tarde, tengo preparado algo que, te prometo, no te esperas.

Y, por cierto... descansar también forma parte de la cita perfecta, así que deja de darle vueltas.

Firmado: Gael.

P.D.: Sí, he puesto solo "Gael". Vamos progresando.

Termino de leer y vuelvo a empezar, y luego otra vez, porque cuanto más leo esa nota, menos entiendo qué demonios es lo que ha preparado.

Lo de las zapatillas, vale. Pero ¿qué es eso de llenar una camiseta de recuerdos? ¿Un pijama?

—¿Y si me secuestra? —pregunto en voz alta.

Patricia se encoge de hombros, cree que de ser así, al menos el secuestrador está bueno.

No ayudas absolutamente nada, pienso, y su imagen se emborrona todavía más.

Doblo la nota con cuidado y la dejo en el cajón del recibidor, junto a las dos anteriores.

Solo porque así no se pierden, nada más.

Me meto otra vez en la cama, apago la luz, miro al techo e intento imaginar qué estará haciendo él ahora mismo, si también estará nervioso, si realmente existe un plan, si la Harley tendrá algo que ver, si...

No.

Basta.

Cierro los ojos y me termino durmiendo con la sensación de cuando era pequeña y la *iaia* me decía que al día siguiente nos íbamos de excursión y con esa ilusión tonta que hace que dormir parezca perder el tiempo.

*

El despertador suena a las siete pero, contra todo pronóstico, ya estoy despierta.

Me ducho deprisa, me tomo un café, me lavo los dientes y me recojo el pelo en una coletita baja.

Como outfit elijo unos vaqueros claros, unas deportivas blancas y una camiseta de algodón color arena.

Abro el armario y cojo la ropa de baño, la ropa de cambio, las chancas... espero también que la camiseta que llevo sea apta para llenarla de recuerdos, tal y como me dijo.

No sé por qué me hace gracia obedecer todas sus instrucciones.

Cuando termino miro el reloj: las siete y cuarenta y ocho.

Con mi mochila al hombro, cojo el móvil y las llaves y salgo de casa.

Santa Cruz todavía bosteza y las calles están casi vacías, pero alguna persiana que otra empieza a levantarse y un gato cruza una escalera con la tranquilidad de quien sabe que el barrio también le pertenece.

El aire huele a pan recién hecho y a mar.

Camino hasta las faldas del barrio y entonces lo veo apoyado sobre una su Harley negra e impecable.

Chaqueta de cuero, vaqueros oscuros, un casco en una mano y otro sobre el asiento.

Su sonrisa, sinceramente, debería pagar impuestos.

Se incorpora al verme y me observa de arriba abajo.

—Estás loco —le digo, luego me muerdo el labio inferior.

—Buenos días para ti también —dice con una sonrisa ladeada.

—No pienso subirme ahí sin saber adónde vamos.

—¿Estás segura? No hace falta que lo sepas.

Abre uno de los compartimentos de la moto y saca una chaqueta de cuero que sostiene delante de mí.

—Póntela.

—No hace juego con mi ropa —me quejo, divertida.

—Conmigo sí.

Le lanzo una mirada asesina y él sonríe.

Me pongo la chaqueta y, aunque me va un poquito grande, descubro que huele a cuero, a colonia y, muy ligeramente, a él.

Madre mía...

Gael saca entonces un sobre de color blanco con un número uno dibujado a mano.

—Las reglas son sencillas —me explica mientras me lo tiende y yo lo cojo con ambas manos—. Cada parada tendrá un sobre y dentro habrá una pregunta. No puedes mentir, pero tampoco puedes dejar de responder. Y si te niegas...

Entorno los ojos ante la teatral pausa que está haciendo solo para hacerse de rogar.

—¿Qué? ¿Qué ocurre si me niego? ¡Venga!

—Hay penalización.

—¿Qué penalización?

—Ábrelo.

Rompo el sobre al tiempo que chasqueo la lengua contra el paladar y miro lo que hay dentro: una tarjeta.

SOBRE 1

¿Cuál era tu sueño cuando tenías diez años?

Si no respondes o mientes...

Gael tiene derecho a un beso en la mejilla.

Levanto la vista muy despacio y entrecierro los ojos como una hiena cuando lo miro.

—¿Perdón?

Él cruza los brazos.

—Las reglas son las reglas.

—Te las has inventado tú.

—Claro.

—Qué conveniente.

—Muchísimo.

Lo miro, miro la Harley y miro otra vez el sobre.

Entonces comprendo una cosa: no tengo ni idea de cómo va a acabar este día, pero estoy deseando descubrirlo.

27

Gael

Arranco despacio y la Harley abandona la zona de Santa Cruz con ese rugido grave que siempre consigue ponerme de buen humor.

Las calles todavía estás despertando: una mujer riega los geranios apoyada en el alféizar de una ventana, un panadero deja varias barras recién hechas en la puerta de un restaurante, alguien saluda desde un balcón y el olor es una mezcla imposible de café recién molido, pan caliente y sal, algo que solo existe en ciudades que viven mirando al Mediterráneo.

Cuando dejamos atrás el castillo de Santa Bárbara, la ciudad empieza a desperezarse de verdad y, aunque el sol aún no aprieta, empieza a aparecer una luz distinta, dorada y suave, como si Alicante todavía no hubiera decidido qué versión del día quiere ser.

Tomo la carretera que bordea la costa y a nuestra derecha aparece el mar, inmenso y tranquilo. Tan azul que durante unos segundos parece completamente inmóvil.

Está plato, como suelen decir los pescadores.

Siempre me pasa lo mismo, y es que por mucho que haya recorrido esta carretera, nunca consigo acostumbrarme.

Hay algo casi terapéutico en conducir junto al Mediterráneo.

El aire entrando bajo el casco, el olor a sal, las montañas asomando al fondo y esa sensación absurda de que todos los problemas pesan un poco menos cuando el mar te acompaña.

Las curvas empiezan a sucederse con calma, una detrás de otra, la Harley se inclina suavemente y es entonces cuando la noto.

Primero una mano y luego la otra sujetándose con timidez a mi cintura.

Sonríó para mí y no digo nada, porque hay momentos que es mejor no romper.

Seguimos avanzando y atravesamos pequeñas urbanizaciones dormidas.

Las primeras terrazas empiezan a llenarse de gente desayunando, alcanzamos a algún ciclista y un corredor saluda levantando la mano.

Poco a poco el paisaje cambia, las palmeras dejan paso a los acantilados, las casas blancas aparecen dispersas entre el verde de los pinos y el mar se vuelve todavía más intenso y salvaje.

Miro un instante por el retrovisor y compruebo que Nía ya no va tan rígida y su cabeza descansa apenas unos centímetros más cerca de mi espalda.

El viento juega con los mechones que se han escapado de su coleta y bailan alrededor del casco.

No sé si está mirando el paisaje o simplemente disfrutando del silencio, pero no importa, ambos estamos haciendo exactamente lo mismo.

Conducimos durante varios kilómetros sin decir una palabra y, sorprendentemente, no hace falta.

Cuando por fin el cartel de Altea aparece a nuestra derecha, reduzco la velocidad.

Siempre me ha parecido uno de los pueblos más bonitos del Mediterráneo.

Y no es para menos...

Las casas blancas parecen derramarse por la ladera de la montaña hasta encontrarse con el mar, las cúpulas azules de la iglesia brillan bajo el sol de la mañana, las buganvillas caen por las fachadas como si alguien hubiera decidido decorar las calles con flores en lugar de pintura y el paseo marítimo, todavía tranquilo a esta hora, parece invitar a bajar el ritmo incluso antes de apagar el motor.

Aparco frente al mar y el rugido de la Harley desaparece para ser sustituido por otro: las olas, constantes y suaves, como si llevaran siglos contando la misma historia.

28

Nía

Hay algo profundamente injusto en descubrir que tu vecino insoportable también sabe elegir carreteras, porque una espera que los hombres como Gael conduzcan deprisa y piensen que un semáforo en ámbar es una sugerencia.

Pero no, conduce muy bien, con esa seguridad tranquila de quien no necesita demostrarle nada a nadie.

Eso también me pone nerviosa, lo reconozco.

Al principio intento mantener cierta distancia, o al menos la suficiente para que quede claro que esto no deja de ser una apuesta absurda y para que él no piense que me impresiona.

Spoiler: no funciona.

Llegan las curvas y mi cerebro tiene prioridades muy claras, siendo la primera de ellas, sobrevivir.

Así que, cuando la Harley se inclina ligeramente, mis manos deciden independizarse de mi dignidad y terminan abrazándole la cintura.

Con fuerza.

Muchísima.

No obstante, al cabo de unos minutos dejo de pensar en que estoy abrazando a Gael y empiezo a pensar en otra cosa como el paisaje, por ejemplo, donde la carretera parece dibujada para enamorar a cualquiera.

El Mediterráneo nos acompaña durante buena parte del trayecto, inmenso y brillante, como una sábana azul extendida hasta donde alcanza la vista.

El sol de primera hora todavía no quema; simplemente acaricia las fachadas de los pueblos costeros y hace que el agua parezca salpicada de pequeños cristales.

A un lado aparecen acantilados cubiertos de pinos y al otro pequeñas calas escondidas entre las rocas.

El aire huele a sal, a tierra caliente y al verano.

Por momentos, me olvido incluso de que llevo casi una semana discutiendo con el hombre que conduce delante de mí.

Me descubro pensando que hace demasiado tiempo que no salgo de mi rutina, que llevo meses viviendo inmersa en pedidos, reuniones, campañas, proveedores y facturas, como si el mundo terminara en la puerta del coworking.

La Harley vuelve a acelerar y siento el viento colándose bajo el casco.

Es una sensación difícil de explicar pero, si tuviera que describirla, diría que se parece a la libertad.

Cierro los ojos apenas un segundo, lo justo para escuchar únicamente el motor, el viento y mi propia respiración.

Quizá por eso no me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado hasta que Gael reduce la velocidad.

Abro los ojos y entonces reconozco el lugar: Altea.

Las casas blancas parecen escalar la montaña unas encima de otras, todas diferentes y, al mismo tiempo, perfectamente ordenadas. Las fachadas reflejan la luz de la mañana con una claridad casi imposible. Las macetas rebosan geranios, jazmines y buganvillas de un fucsia tan intenso que parece pintado a mano.

Al fondo, la cúpula azul de la iglesia sobresale entre los tejados como si vigilara todo el pueblo.

Y, detrás de todo eso... El mar.

Siempre el mar, respirando despacio y esperándonos.

Gael aparca junto al paseo marítimo, apaga el motor y el silencio que queda después resulta extraño, como cuando termina una canción que no querías que acabara.

Me quito el casco lentamente y el viento me despeina al instante, pero no me importa.

Respiro hondo y huelo a café recién hecho de las cafeterías cercanas y a sal.

—¿Qué? —pregunta Gael mientras deja los cascos sobre la moto.

No aparto la vista del horizonte.

—Es precioso.

—Lo sé.

—No hablaba de ti.

Se ríe otra vez y empiezo a sospechar que este hombre nació riéndose.

—Ven.

Empieza a caminar por el paseo y lo sigo.

Ya hay familias desayunando, ciclistas tomando café y turistas con cámaras colgadas al cuello.

Un músico afina una guitarra en una esquina mientras el sonido de las olas marca el ritmo de todo lo demás.

Acabamos sentados en una cafetería frente al mar, de esas con mesas de madera clara, sombrillas blancas y camareros que parecen incapaces de tener prisa.

Pedimos unas tostadas con tomate, aceite y jamón serrano, dos cafés y dos zumos de naranja recién exprimido.

—No sabía que desayunabas como una persona normal —le digo.

—Pensabas que me alimentaba de ego, imagino.

—Lo sigo pensando.

—El ego no lleva vitamina C.

Sonrío.

Maldita sea.

Estoy sonriendo demasiado últimamente.

El camarero deja el desayuno sobre la mesa y observo que el pan todavía está caliente, crujiente por fuera y tierno por dentro.

—Vale —murmuro después del primer sorbo de café, el cual me sabe a gloria—. Este sitio ya ha hecho que la cita suba muchos puntos.

—Solo acaba de empezar. ¿Vas a contestar la pregunta del primer sobre o tengo que suplicarte?

Levanto una ceja y pongo morritos.

—Voy a recordar cómo era... —digo sacando el sobre del bolsillo de mi pantalón vaquero.

SOBRE 1
¿Cuál era tu sueño cuando tenías diez años?
Si no respondes o mientes...
Gael tiene derecho a un beso en la mejilla.

—Vale —respondo.

—¿Y bien? —pregunta Gael.

¿Está un poquito ansioso o solo me lo parece a mí?

—Voy a contestar, claro —le adelanto—. Creo que mi sueño a los diez años era tener un negocio propio.

—Vaya, no has cambiado nada de nada —se carcajea.

—Se ve que no. He respondido y no he mentado, así que no hay penitencia —le guiño un ojo y doy un bocado a mi tostada.

—Bueno, te creeré por ser el primero... —dice, y saca un sobre del bolsillo interior de la chaqueta.

Tiene escrito un número dos.

Y mi estómago da un pequeño vuelco, cuando lo deja sobre la mesa.

—Adelante.

Lo abro despacio y encuentro una tarjeta idéntica a la del sobre 1.

SOBRE 2
¿Cuál es el recuerdo más feliz de tu vida?
Si no respondes o mientes...
Perderás el derecho a negarte a responder en la siguiente pregunta.

El ruido del paseo desaparece llevándose las conversaciones de las mesas de al lado, las olas, el tintinear de las cucharillas...

Todo.

Hay preguntas que no necesitan tiempo para encontrar respuesta y esa lleva esperándome desde hace muchos años.

Levanto la vista y me doy cuenta de que Gael ya no sonrío, solo espera sin prisa, como si supiera que algunas respuestas necesitan primero un poco de silencio.

Aprieto la tarjeta entre los dedos, meditando qué respuesta le voy a dar.

29

Gael

Hay personas que hablan para llenar los silencios y luego está Nía que, cuando un recuerdo le pesa de verdad, hace exactamente lo contrario: no decir nada y mirar el mar.

La observo mientras termina el café, no intento romper ese silencio porque sería injusto.

Hay respuestas que uno no puede mejorar con palabras, así que simplemente dejo que Altea haga su trabajo.

Las olas siguen rompiendo despacio contra el paseo marítimo, una pareja de jubilados comparte una ensaimada en la mesa de al lado, un niño persigue a varias palomas convencido de que alguna terminará haciéndose su amiga y el camarero recoge nuestros platos vacíos con esa tranquilidad que solo existe en los pueblos donde nadie parece tener prisa.

Nía suspira, pero después sonrío.

Y eso me basta.

—¿Lista? —pregunto.

—Depende.

—¿De qué?

—De si la siguiente prueba implica tirarme en paracaídas.

—Todavía no.

—¿Todavía?

—No descartes nada.

Pone los ojos en blanco, demostrándome que vuelve a ser ella de nuevo.

Perfecto.

Pago el desayuno antes de que pueda discutirlo y caminamos hasta la moto.

—Te recuerdo que esto sigue siendo una apuesta.

—No lo he olvidado —respondo.

—Lo digo porque tienes cara de estar disfrutando demasiado.

—¿Y tú no? —la pincho.

No responde, pero tampoco hace falta, pues la respuesta aparece cuando vuelve a colocarse detrás de mí.

Esta vez no espera a que arranque y, por el contrario, sus brazos rodean mi cintura casi de manera automática, como si su cuerpo hubiera decidido confiar antes que su cabeza.

*

La carretera hacia Xàbia parece diseñada por alguien profundamente enamorado del Mediterráneo.

Sube, baja, se curva y se abre de repente dejando ver acantilados inmensos que caen sobre un agua tan transparente que cuesta creer que sea real.

El sol ya empieza a calentar y los pinos desprenden ese olor resinoso que siempre me recuerda a los veranos de cuando era pequeño.

El mar aparece y desaparece entre las montañas como si jugara con nosotros.

—¿Siempre conduces por aquí? —pregunta alzando la voz en mi oído.

—Siempre que necesito pensar.

—¿Y hoy necesitas pensar?

Sonrío.

Muchísimo más de lo que imagina.

—Hoy intento no hacerlo.

Se ríe y otra vez descubro una versión distinta de su risa, con esa manera tan poco elegante de olvidarse durante unos segundos de que el mundo existe.

Seguimos bordeando la costa y las urbanizaciones desaparecen, la carretera se estrecha, los árboles forman un túnel verde sobre nuestras cabezas y, cuando por fin aparece el cartel de la Cala Granadella, noto cómo ella se incorpora ligeramente.

—¿Qué sitio es este?

—Espera.

Aparco en un pequeño descampado rodeado de pinos por el que solo hay que bajar unos cuantos minutos andando para llegar a la

playa.

El sendero serpentea entre el bosque, la tierra huele a hierbas como el romero y el tomillo, y poco a poco, el azul empieza a asomarse entre las ramas.

Es entonces cuando vemos la cala, que parece de postal.

De aguas turquesas, las piedras del fondo se distinguen con una claridad casi absurda.

Algunas barcas descansan balanceándose muy despacio, el sol convierte cada ola en un destello y alrededor solo hay roca, pinos y silencio.

Nía se queda completamente quieta.

—Madre mía...

—Bonita, ¿eh?

Niega con la cabeza.

—No.

La miro, porque no entiendo.

—Es muchísimo más que bonita —dice, y sonrío como un idiota.

—Sabía que te gustaría.

Se gira hacia mí.

—¿Cómo lo sabías?

Porque empiezas a sorprenderte con las cosas sencillas, quiero decirle. Porque sabes emocionarte y eres de esas personas que miran un paisaje como si fuera la primera vez que ven el mar.

Pero no digo nada de eso, claro, solo me encojo de hombros y respondo:

—Intuición.

—Mentiroso.

Una hora después estamos quedándonos en ropa de baño.

Yo termino primero y bebo un trago de agua fría que llevo en la moto, la cual he comprado en la cafetería de Altea, miro el mar y entonces la miro.

Lleva puesto un bikini verde oliva sencillo, sin adornos y sin intención alguna de llamar la atención.

Seguramente, si le preguntaran, diría que es un bikini normal, mas no lo es.

O quizá sí.

O lo más probable es que el problema sea yo, porque durante unos segundos mi cerebro deja de funcionar con la eficiencia habitual.

Pierdo media neurona y la otra media intenta recordar cómo se pestañea.

Ella se acerca tranquilamente.

—¿Qué?

Parpadeo, su piercing del ombligo me está distrayendo.

—Nada.

—Me estás mirando raro.

—Estoy... —Carraspeo—. Comprobando que has traído bañador.
Frunce el ceño.

—¿Y?

—Todo correcto.

—Eres rarísimo.

—Eso también.

Por suerte, entra en el agua antes de que siga haciendo el ridículo.

Pega un grito, así que entiendo que está fría.

—¡Está congelada!

—¡No exageres!

—¡Pruébala tú si eres tan valiente!

Me lanza un puñado de agua y me da de lleno en la cara.

Nada.

No hay otra alternativa: la guerra empieza oficialmente.

Durante los siguientes veinte minutos dejamos de tener treinta años y corremos, salpicamos, nos perseguimos entre las rocas...

Ella intenta hundirme, pero fracasa estrepitosamente y yo consigo mojarle el pelo entero.

Sé que la he liado con eso cuando jura vengarse de mí.

En algún momento que no sé identificar con claridad, deja de existir la apuesta, como también el trabajo, las notas y las discusiones, quedando solamente dos personas riéndose como si el tiempo hubiera decidido hacer una pausa.

Cuando salimos del agua nos dejamos caer sobre las toallas, respirando deprisa y todavía riéndonos mientras el sol comienza a

secarnos la piel.

Una gaviota sobrevuela la cala y el rumor del mar vuelve a quedarse con toda la conversación.

—En cuanto a mi recuerdo más feliz...

—¿Sí? —La animo a que me lo cuente.

—Tenía ocho años. Mi *iaia* me despertó muy temprano un sábado. Bueno, quiero que sepas que vivía con mi *iaia* porque mis padres siempre han trabajado fuera de España. El caso es que ese día me dijo que no hiciera ruido porque íbamos a escaparnos.

No puedo evitar sonreír.

—¿Escaparos?

Asiente con la cabeza y, mientras habla, deja de estar sentada frente a mí, porque durante unos segundos vuelve a tener ocho años, lo veo en su forma de sonreír, en cómo mueve las manos y en la manera en que mira el horizonte sin verlo realmente.

—Fuimos al Mercado Central de Alicante. Ella decía que la fruta sabía mejor cuando uno la compraba con tiempo y sin prisas. Compramos fresas, un queso curado que olía fatal, pan recién hecho... —Hace una pausa y sonríe todavía más—. Y unas flores.

Claro.

Las flores.

Ahora entiendo por qué siempre hay flores frescas junto a aquella fotografía del recibidor.

No son decoración, pero sí una especie de memoria.

—Siempre las flores —digo.

Ella asiente despacio.

—Siempre.

La brisa le mueve algunos mechones del pelo mojado, pero ni siquiera intenta apartarlos, está demasiado ocupada recordando.

—Después subimos andando hasta Santa Cruz cargadas de bolsas y ella saludaba absolutamente a todo el mundo. Creo que conocía hasta a los gatos del barrio.

Me río y ella también.

—Cuando llegamos a casa preparó una tortilla de patatas enorme, la mejor que he probado nunca, y nos la comimos en el

patio. Había ropa tendida, una radio vieja sonando bajito y un limonero que todavía era pequeño.

Su voz se rompe apenas un poco, pero lo suficiente para que yo lo note y comprendo que no está llorando porque ya ha llorado muchísimo antes.

Hay una tristeza que deja de salir por los ojos y aprende a vivir en la voz, sé perfectamente de lo que hablo.

La observo sin apartar la mirada, tengo la sensación de que me está regalando algo muy valioso.

—Y recuerdo pensar... —traga saliva— ...que si la felicidad existía, tenía que parecerse mucho a aquello.

No sé qué responder cuando se queda en silencio, porque cualquier frase me parece demasiado pequeña.

Ella baja la vista hacia la arena y el mar sigue respirando delante de nosotros.

—No pasó nada extraordinario aquel día. No hubo un viaje, ni regalos, porque no estábamos celebrando nada. Solo estábamos ella y yo y la sensación de que el mundo entero era un lugar completamente seguro mientras pudiera darle la mano.

No sé por qué, pero esa frase me golpea en algún sitio muy antiguo, quizá porque todos hemos tenido una persona que hacía exactamente eso: convertir el mundo en un sitio menos peligroso.

—Supongo que por eso llevo toda la vida intentando volver a sentir algo parecido —dice por último.

Ahí lo entiendo todo: la casa, las flores, Santa Cruz, la fotografía del recibidor y la forma en la que protege cada rincón heredado de su *iaia*.

Incluso me atrevería a añadir *NíaBeauty*.

Nunca ha estado intentando construir una empresa, sino intentando conservar una forma de vivir y una forma de querer.

Respiro despacio, porque tardo unos segundos en encontrar las palabras adecuadas para responderle. No quiero decirle que lo siento, que el tiempo lo cura todo ni regalarle ninguna de esas frases que suenan bien y no arreglan absolutamente nada.

Así que la miro y le digo la única verdad que encuentro:

—Creo que tu *iaia* estaría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Nía levanta despacio la cabeza y veo que sus ojos brillan un poco y es en este instante cuando tengo la extraña sensación de que alguien más se ha sentado con nosotros frente al mar.

Como si aquella mujer que compraba flores, saludaba a los gatos del barrio y preparaba tortillas de patata gigantes hubiera encontrado la manera de seguir acompañando a su nieta.

Quizá sea eso lo que hace el amor cuando es de verdad, no desaparece, solo aprende a quedarse de otra manera.

Saco lentamente el tercer sobre de la mochila.

Ella lo mira y ya sabe lo que significa.

—¿Todavía tienes la esperanza de que pagaré alguna penitencia? —me dice sonriendo.

—Dicen que es lo último que se pierde, ¿no?

SOBRE 3

¿Qué es lo que más miedo te da?

Si no respondes o mientes...

Elige tú misma el precio a pagar.

—Para esta no me hace falta encontrar palabras con las que expresarme —me asegura—. ¿Tú no sabes que nunca debes revelar tus temores? Al menos, no de primeras... pueden ser utilizados en tu contra.

Parpadeo varias veces, sorprendido, pues para nada me esperaba ese tipo de contestación.

—Vaya, nunca lo había pensado así.

—Debo elegir penitencia, ¿no? Vaya, si antes lo digo... —se ríe un poquito.

—Eso es.

—Vale, pues entonces... —se toca la barbilla con el dedo índice—. Me quedo con la del primer sobre, te doy un beso en la mejilla.

Levanto las cejitas repetidas veces, haciéndome el interesante.

—Esto me está gustando —le digo con una sonrisa ladeada.

Ella pone los ojos en blanco, mas su sonrisa no se borra.

Admito que sentir los carnosos y suaves labios de Nía en la mejilla me acaba de confirmar todo lo que llevo intentando ignorar estos días y es que tiene algo que me encanta y que no puedo explicar.

No obstante, también me quedo con la parte de que no ha querido confesarme sus miedos.

¿No confía del todo en mí o son esos miedos tan grandes que jamás los diría en voz alta?

Entiendo que hay heridas que no necesitan soluciones inmediatas, solo alguien dispuesto a quedarse cuando aparecen, así que acerco mi botella de agua hacia ella.

Nuestros dedos se rozan apenas un instante y permanecemos allí, sentados frente al Mediterráneo, compartiendo el mismo silencio, sin sentir ninguna necesidad de llenarlo.

Su beso todavía vibra en la piel de mi moflete.

30

Nía

Nunca había pensado que una ciudad pudiera cambiar tanto dependiendo de con quién la recorres.

Valencia siempre ha sido para mí una sucesión de reuniones, ferias de cosmética, trenes de vuelta demasiado pronto y cafés bebidos con prisa.

Hoy no.

Hoy parece otra.

Gael aparca la Harley cerca del centro y caminamos unos minutos entre calles que empiezan a llenarse de gente. Las terrazas rebosan conversaciones, los semáforos cambian de color con una calma que en Alicante siempre me ha parecido imposible y el aire huele a café y azahar.

—¿Dónde me llevas? —pregunto.

—Ten paciencia.

—Llevas diciéndome eso desde las ocho de la mañana.

—Y todavía no te has escapado.

—Porque quiero ganar la apuesta.

—Claro —Me da un golpecito con el hombro—. No es porque estés disfrutando ni nada de eso.

Pongo los ojos en blanco, pero no digo nada.

Doblamos una esquina y, de pronto, aparece frente a nosotros el Mercado de Colón.

Me detengo sin querer y admiro la fachada modernista, que parece una mezcla perfecta entre historia y luz. Los ladrillos rojizos contrastan con la cerámica de colores, los grandes arcos dejan pasar el sol y, al cruzar la entrada, el bullicio se convierte en una especie de música agradable.

Hay flores, muchísimas flores, puestos gourmet y panaderías.

El olor a café se mezcla con el de las naranjas recién exprimidas, el jamón cortado al momento y la vainilla de una pastelería cercana.

La gente pasea sin prisa, algunos trabajan con el portátil y otros simplemente hablan.

Durante unos segundos, creo entender perfectamente por qué Gael ha querido traerme aquí.

—Vale... —murmuro girando sobre mí misma—. Esto es una pasada.

Él no mira al edificio, pero sí me está mirando a mí.

—Lo sé.

—¿Vienes mucho?

—Cuando necesito recordar que trabajar también puede ser bonito.

Lo observo de reojo y admito que hay algo en esa frase que me gusta mucho, porque entiendo exactamente a qué se refiere.

Terminamos sentados en una mesa de madera junto a uno de los ventanales y pedimos varias cosas para compartir.

Croquetas de jamón, ensaladilla rusa, coca de verduras, unas bravas y un par de cañas de cerveza con la jarrita congelada.

—¿Siempre comes así? —pregunto.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a alimentar a un equipo de fútbol.

—Me gusta probar cosas.

—Glotón.

—Curiosa.

—No soy curiosa.

—Has probado de mi plato tres veces.

—Control de calidad.

—Claro.

—No quiero que te intoxiques.

—Qué considerada.

Le saco la lengua sin pensar realmente en que es un gesto infantil, pero lo imito cuando suelta una carcajada.

Pasamos el resto de la comida hablando de cosas absurdas y así es como descubro que odia el cilantro, que sabe distinguir un buen café solo por el olor, que su sueño a los diez años era ser piloto y que sigue convencido de que las croquetas congeladas deberían estar prohibidas por ley.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Yo qué?

—¿Qué comida no soportas?

Pienso unos segundos.

—Las olivas.

Gael deja el tenedor muy despacio, como si lo que acabara de decir fuera un sacrilegio.

—No.

—Sí.

—No puedes hablar en serio.

—Lo hago.

Niega con la cabeza, debe ser un defecto gravísimo.

—Pues entonces no sé si podemos seguir siendo amigos o lo que sea que seamos.

—No éramos amigos.

—Ahora menos.

Reímos los dos.

*

Después de comer seguimos caminando entre los puestos y nos detenemos en una librería, luego en una tienda de productos valencianos y por último en una floristería diminuta donde me paso cinco minutos oliendo lavanda.

—¿Siempre hueles las plantas?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? Cada una huele distinta.

—Eso tiene bastante sentido.

—Gracias.

—Aunque sigo pensando que estás un poco loca.

—Eso también.

Al salir, Gael señala un pequeño local.

—Ven.

—¿Otra sorpresa?

—Esta es obligatoria.

Cinco minutos después tengo delante una horchata enorme y dos fartons.

Los miro y luego lo miro a él.

—No me juzgues.

—Todavía no.

Muerdo el fartón después de sumergirlo en la horchata, que cae por los lados del bollo.

Me ha dejado un pequeño bigote blanco sobre el labio superior.

Lo sé porque noto el frescor del líquido.

Gael intenta contener la risa, pero fracasa estrepitosamente.

—¿Qué?

Niega con la cabeza.

—Nada.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Cojo una servilleta y me limpio.

—Sigue ahí.

Vuelvo a intentarlo.

—Todavía.

—¿Dónde?

—Espera.

Antes de que pueda reaccionar, acerca la mano muy despacio y su pulgar roza apenas mi labio superior para retirar la pequeña gota de horchata.

El tiempo decide hacer una pausa y tras ese acercamiento no nos movemos ni hablamos, solo respiramos demasiado fuerte y nos miramos.

Cuando él retira la mano despacio, yo sigo sin apartar los ojos, hasta que una niña pasa corriendo entre nosotros persiguiendo una pompa de jabón y el mundo vuelve a arrancar.

—Gracias —murmuro.

—De nada.

Caminamos unos metros más entre el bullicio de Valencia.

La horchata sigue en mi mano, el calor de la tarde empieza a suavizarse y durante unos segundos ninguno dice nada.

Últimamente con Gael pasan cosas rarísimas, como este silencio que no resulta incómodo, por ejemplo.

—¿Y *NíaBeauty*? —pregunta de pronto.

Lo miro.

—¿Qué pasa con *NíaBeauty*?

—Que siempre hablas de lo que ya has hecho. Pero nunca de lo que quieres hacer. ¿Hay algo que quieras hacer y todavía no hayas contado?

Bajo la vista al vaso de horchata.

Claro que lo hay.

Llevo meses dándole vueltas, apuntando ideas, tachando nombre, probando fórmulas y soñándolo, pero todavía no me he atrevido a hacerlo.

—Puede ser.

—Eso significa que sí.

—Eso significa que eres muy pesado.

—También.

Sigo caminando mientras decido si quiero contárselo o no, porque es una tontería, una idea...

Todavía ni siquiera existe.

—Quiero lanzar una colección nueva.

—¿Y eso da tanto miedo?

—La colección no. La idea, más bien.

Gael se gira un poco hacia mí, prestando atención, como si no estuviera esperando simplemente a que terminara para cambiar de tema y eso me obliga a seguir hablando.

—Estoy cansada de vender solo productos.

—Ajá.

—Quiero vender historias.

Su ceja se arquea.

—Eso suena a algo que diría una escritora frustrada.

—Y tú sueñas a alguien que va a quedarse sin horchata.

—Continúa.

Pongo los ojos en blanco, pero sonrío, porque muy a mi pesar, me gusta que me escuche.

—Quiero hacer una colección basada en emociones.

Gael tarda unos segundos en responder.

—Explícame eso.

—Por ejemplo... nostalgia. O calma. O valentía. O amor. Que cada producto tenga un aroma diferente asociado a una emoción concreta, pero también una historia detrás, una historia real. Algo que haga que la gente se identifique, que recuerde a alguien, un lugar o una etapa vital concreta.

—Porque la gente no recuerda las cosas —dice él.

Lo miro.

—¿Cómo?

—La gente recuerda cómo se sintió.

Me quedo quieta.

—Sí. Exactamente. Es eso. Justo eso.

Gael asiente despacio.

—Es una buena idea, Nía.

Me río.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La de persona razonable. No te pega.

—Pues acostúmbrate.

—Imposible.

Seguimos caminando y el tema cambia como cambian siempre las conversaciones importantes: sin ruido ni grandes discursos y sin que ninguno de los dos se dé cuenta de que acaba de ocurrir algo relevante.

Paseamos un rato más sin rumbo y sin mirar el reloj hasta que Gael se detiene frente a un pequeño jardín y saca otro sobre de la mochila, el número cuatro.

Lo coloca en mi mano.

—Ya sabes cómo funciona.

Asiento y lo abro para leerlo.

SOBRE 4

¿Qué creías que tendrías a los treinta?

Si no respondes o mientes...

Tendrás que dejar que el otro elija la próxima parada.

Me río por lo bajo.

—Qué pregunta más cruel.

—Las mejores suelen serlo.

—Partiendo de la base de que eres tú quien ya está eligiendo las paradas... Bueno...

Miro hacia el jardín y veo que una pareja joven juega con un niño pequeño, alguien pasea un perro y una mujer lee un libro al sol.

—Creía que tendría una casa bonita.

Gael sonrío.

—La tienes.

Asiento.

—También pensaba que tendría estabilidad emocional.

Él hace una mueca exagerada.

—Uf.

—Sí.

—Esa está difícil.

Me río.

—Bastante.

Bajo la vista hacia la tarjeta.

—Y muchas plantas aromáticas.

Él se queda muy serio, saca el móvil y empieza a tocar la pantalla.

No lo entiendo y frunzo el ceño.

—¿Qué haces?

—Comprobando una cosa.

—¿Cuál?

Levanta la cabeza y me dedica esa sonrisa de niño que está orgulloso de su propia tontería.

—Plantas tienes, acabo de verlo en Google Maps.

No puedo evitar reírme.

—Eres idiota.

—Muchísimo.

Guarda el móvil y añade, ya sin bromear:

—Lo demás... Todavía podemos negociarlo.

No sé exactamente qué quiere decir, pero me da miedo preguntarlo, así que seguimos caminando uno al lado del otro con las manos rozándose de vez en cuando, sin entrelazar nuestros dedos.

Todavía.

31

Gael

Cuando volvemos a subir a la Harley, Nía se coloca el casco sin decir nada y esta vez tampoco espera a que arranque para abrazarse a mi cintura y me gusta.

La carretera hacia Peñíscola es distinta a las anteriores: más larga y más tranquila.

Atravesamos campos de naranjos que parecen no terminar nunca, pequeñas carreteras secundarias rodeadas de olivos y pueblos donde el tiempo parece haberse quedado a vivir hace décadas.

El Mediterráneo aparece de nuevo poco antes de llegar, porque tiene la magia de que siempre vuelve, como si quisiera recordarnos que nunca anda demasiado lejos.

Y entonces surge ella, Peñíscola, la ciudad que parece flotar sobre el mar.

Las murallas de piedra abrazan el castillo como si llevaran siglos protegiéndolo del viento y las fachadas blancas reflejan los últimos rayos del sol.

Y el cielo... el cielo parece haberse puesto de acuerdo con el mar para competir en belleza.

Aparco y Nía se quita el casco despacio.

No dice nada, pero gira sobre sí misma observándolo todo.

—¿Qué? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Empiezo a sospechar que llevabas meses preparando esto.

Sonríó..

—Solo quería enseñarte sitios bonitos. Quiero ganar la apuesta, ¿recuerdas?

Ella me mira.

—Lo estás consiguiendo.

No respondo, porque cualquier cosa que diga estropearía ese momento, así que dejamos los cascos y caminamos por las

callejuelas empedradas del casco antiguo.

Las casas blancas están cubiertas de macetas rebosantes de geranios, hay ropa tendida entre algunos balcones, un anciano lee el periódico sentado en una silla de madera frente a su puerta y una niña juega con una pelota mientras su madre habla con la vecina de enfrente.

Todo parece sencillo, bonito y real, como si el pueblo hubiera decidido quedarse exactamente igual durante los últimos cincuenta años.

—¿Sabes qué creo? —pregunta Nía.

—¿Qué?

—Que aquí nadie parece tener prisa.

Sonrío.

—Ese era el objetivo.

Seguimos caminando hasta las murallas, desde allí el mar rodea el pueblo por los dos lados, las olas golpean suavemente contra las rocas varios metros más abajo y el viento mueve algunos mechones de su pelo.

Quiero que Nía lo vea.

Ella apoya los antebrazos sobre la piedra y permanece un rato en silencio.

Yo hago lo mismo; empiezo a entender que con Nía los silencios nunca sobran.

Compramos dos helados: el mío de turrón y el suyo de pistacho.

—¿Pistacho?

—¿Qué pasa?

—Esperaba algo más tipo... —pienso unos segundos—. Vainilla o algo así.

Frunce el ceño.

—Eso ha sonado a insulto.

—Un poco.

—Pues que sepas que el pistacho tiene mucha personalidad.

—Como tú.

—¿Eso era un piropo?

—No estoy seguro.

—Pues revisa tus habilidades sociales.

—Las perdí hace años, me temo.

Nos reímos y seguimos andando despacio, sin mirar el reloj, como si el día pudiera durar eternamente.

Ojalá.

Llegamos a uno de los extremos de la muralla y descubrimos que aquí hay menos gente, solo una pareja haciéndose fotos, un pescador lanzando la caña desde abajo y el sonido constante del mar.

Saco el sobre número 5 y Nía lo observa unos segundos antes de cogerlo.

Lo abre, lo lee y después me mira.

—Te toca. Es lo justo. Y ya sabes: no puedes dejarme sin respuesta ni tampoco mentir.

Asiento con la cabeza, resignado a que a Nía es imposible negarle nada.

SOBRE 5

¿Cuándo fue la última vez que lloraste?

Bonus Extra si has respondido a más de 3 preguntas: el otro responde y tú no.

Pero si el creador del juego se niega a responder, serás tú quien elija su precio a pagar.

Sonríó, sabía que esta pregunta acabaría llegando, solo que no esperaba que me tocara responderla a mí, pensaba que verdaderamente que Nía no podría utilizar ese privilegio.

Miro el mar, a lo lejos.

Quizá me rentaría más hacer la penitencia.

No lo sé...

—¿Y si no respondo?

—Me dejas conducir la Harley —dice ella con una sonrisa triunfal.

—Ni hablar.

—Las normas son las normas.

—Las normas las he escrito yo —respondo indignado.

—Y aun así has perdido.

Maldita sea.

La observo cruzarse de brazos con esa expresión de satisfacción absoluta que solo aparece cuando cree que ha ganado una discusión.

Y lo peor es que tiene razón.

—Virginia María...

—Vecino Gael...

—No.

—Por favor —hace un mohín.

—No.

—*Porfi, porfi* —lleva las manos en oración y las pone sobre sus labios.

—Está bien.

Su sonrisa es tan grande que sospecho que llevaba esperando este momento desde que vio la moto por primera vez.

Cinco minutos después me arrepiento de todas las decisiones que me han traído hasta aquí.

Absolutamente todas.

—¿Y esto cómo se pone en marcha?

—Vaya tela...

—Estoy preguntando solamente.

—Joder, Nía...

—¿Qué?

—Me estás dando miedo.

Ella se gira para mirarme.

—¿Cómo voy a darte miedo si llevo un casco con florecitas?

—No llevas un casco con... —Entonces veo las pegatinas de florecitas—. ¿Desde cuándo el casco que te he dejado tiene florecitas?

—He aprovechado cuando has ido a pagar en el Mercado de Colón y las he comprado en un puestecito. ¿A que molan?

No puedo discutir esa lógica porque, efectivamente, lleva un casco con florecitas y además parece la persona más feliz del planeta.

Le explico cómo arrancar, cómo acelerar y cómo frenar.

Cómo no matarnos, básicamente.

Además, insisto especialmente en la última parte.

Ella asiente varias veces con demasiada energía, cosa que tampoco me tranquiliza.

—¿Preparada?

—Preparadísima —dice poniendo cara de concentración.

—Eso es exactamente lo que diría alguien que no está preparada.

—Confía en mí.

—Ahí está el problema.

Pone los ojos en blanco y arranca, haciendo que la moto avance con un pequeño tirón.

Después otro y otro más, hasta que por fin consigue encontrar el equilibrio.

Tengo que reconocer que aprende rápido, más de lo que esperaba.

Quizá la he subestimado.

—¡Mira! ¡Estoy conduciendo!

—Lo estoy viendo.

—¡Estoy conduciendo tu moto!

—También lo estoy viendo.

—¡Tu moto!

—Nía, por favor, mira la carretera.

Ella se ríe y yo descubro algo horrible: me encanta verla feliz.

El viento mueve algunos mechones de pelo que se han escapado del casco, su espalda está recta, sus hombros relajados y hay algo en ella que parece más libre que nunca, como si durante unos minutos hubiera olvidado las listas de tareas, las facturas, las responsabilidades y todas las cosas que suelen pesarle encima.

Solo está disfrutando, simplemente eso.

—¿Sabes qué? Ahora entiendo por qué te gusta tanto.

Sonrío.

—¿La moto?

—La sensación.

Baja un poco la velocidad y el Mediterráneo aparece a nuestra derecha: azul, inmenso y brillante.

—Es como si durante un rato todo lo demás desapareciera.

La entiendo, sé exactamente a qué se refiere, esa es la razón por la que compré la Harley, porque hay días en los que uno necesita dejar atrás el ruido y otros en los que lo encuentra sentado delante de él, conduciendo su moto y sonriendo como si acabara de descubrir un superpoder.

—Vale —dice después de unos segundos.

—¿Qué?

—Creo que necesito una.

Suelto una carcajada.

—Ni de broma.

—¿Por qué?

—Porque bastante tengo con sobrevivir a esta experiencia.

—Exagerado.

—Nía, llevas conduciendo siete minutos.

—Siete minutos gloriosos.

La risa me sale sola y entonces ella también se ríe.

Durante unos segundos solo existen el sonido del mar, el motor bajo nosotros y esa sensación extraña de que, si pudiera congelar un instante de este día para siempre, probablemente elegiría a Nía conduciendo mi Harley y a mí enamorándome un poco más de la cuenta mientras intento fingir que no está pasando.

32

Nía

Se nos ha hecho de noche durante el camino, así que creo que voy entendiendo la razón por la que Gael incluyó el pijama en la lista de cosas que llevarme a la cita.

No, tranquila, no he conducido yo.

Siempre quedarán en mi recuerdo los siete minutos gloriosos, siete y nada más, que Gael me ha dejado conducir la Harley.

Luego él ha vuelto a coger los mandos y, con el Mediterráneo apareciendo y desapareciendo a nuestro lado como si también

formara parte del juego, el interior de Castellón nos recibe con montañas, curvas y un silencio distinto.

Morella de noche parece un cuento que alguien escribió con frío, piedra y luces doradas cuando aparece en lo alto, iluminada y rodeada por murallas antiguas que parecen haber visto demasiadas cosas como para impresionarse por nosotros.

El castillo se alza sobre el pueblo como una corona de piedra y las casas se amontonan en la ladera, unas sobre otras, con tejados oscuros y ventanas encendidas.

Me quedo quieta al bajar de la moto, con el casco entre las manos y las piernas un poco dormidas.

Además, mi corazón está haciendo cosas raras que prefiero atribuir al cansancio, a la altura o a que llevo demasiadas horas fingiendo que Gael no me gusta.

Vale, ya lo he dicho.

—¿Qué pasa? —pregunta Gael mientras guarda las llaves de la Harley.

Seguramente se ha dado cuenta de que estoy demasiado callada.

Lo miro y descubro que tiene el pelo despeinado por el casco, la chaqueta de cuero abierta y esa expresión de satisfacción contenida que pone cuando algo le sale exactamente como había planeado.

Lo odio un poco, la verdad, y quizá por eso estoy más callada que antes; ir de copiloto te deja tiempo para meditar.

Así que sí: lo odio un poco, pero por razones distintas a las de los primeros días de convertirse en mi vecino.

Ahora lo odio por guapo, por listo, por traerme aquí y por haber preparado un día tan bonito que me cuesta muchísimo sostener la teoría de que es insoportable.

—Nada —respondo.

—¿Seguro?

—Estoy cansada —digo, porque es lo primero que se me ocurre.

—No me parece que tengas cara de estar cansada.

—¿Desde cuándo eres experto en mis caras?

—Desde que pones una distinta cada tres segundos.

—Eso es mentira.

—Ahora mismo tienes cara de querer insultarme y abrazar una farola al mismo tiempo. Es que no te pillo, tía —dice sonriendo.

Abro la boca para decir algo, pero termino cerrándola porque no sé qué responder.

Maldita sea.

No voy a reconocer que tiene razón.

—Tengo cara de querer cenar —digo.

—Eso también puede ser.

Me entrega mi mochila, se coloca bien la suya y señala una calle estrecha que sube entre casas de piedra.

—El hotel está aquí al lado.

—De acuerdo —le digo.

Incluso de noche, me doy cuenta de que el pueblo está precioso.

Las farolas proyectan una luz cálida sobre el empedrado, aunque todavía no es demasiado tarde, y a lo lejos se escucha una puerta cerrarse, una risa dentro de una casa y el ladrido de un perro que decide que somos sospechosos durante tres segundos y luego pierde el interés.

Todo parece íntimo, como si Morella hubiera sido diseñada por una señora mayor con muy mala leche para que dos personas que llevan todo el día jugando a no enamorarse terminen perdiendo la partida.

El hotel rural está en una esquina, con una fachada de piedra, ventanas de madera y un cartel discreto colgado junto a la puerta.

Hay dos farolillos encendidos y una maceta enorme con lavanda seca.

—Qué bonito —se me escapa.

Gael sonríe.

—Lo sé.

Lo miro de reojo.

—No hablaba de ti.

—Ya.

—De verdad.

—Claro.

—Gael —me quejo.

—Virginia María.

—No empieces.

—Tú eres quien ha empezado.

Entro antes de contestarle, porque si algo he aprendido en las últimas horas es que discutir con Gael es como intentar ordenar un cajón de cables: empiezas con una intención clara y terminas hecha un lío.

El recibidor del hotel huele a madera, a jabón limpio y a leña apagada. Hay vigas en el techo, una pequeña chimenea en un rincón y fotografías antiguas de Morella colgadas en la pared: la muralla nevada, una plaza llena de gente, mujeres con pañuelos en la cabeza y niños corriendo por una calle empedrada.

Detrás del mostrador nos recibe un hombre de unos cincuenta años, con gafas y una sonrisa tranquila.

—Buenas noches.

—Buenas noches —responde Gael—. Tenemos reserva a nombre de Gael.

El hombre consulta el ordenador y yo miro alrededor intentando no pensar demasiado en la palabra reserva.

Reserva.

Hotel rural.

Noche.

Morella.

Gael.

Yo.

—Sí, aquí está —dice el recepcionista—. Una noche.

Una.

Noche.

Mi alma abandona mi cuerpo, da una vuelta por recepción, lee las normas de evacuación y vuelve.

—¿Una noche? —pregunto.

Gael me mira.

—Sí.

—¿Una noche? —repito. ¿Soy idiota? Debería parar de hacer esto.

—Eso he dicho.

Él parece confundido durante medio segundo, pero después parece entenderlo, o eso creo.

Y sonrío.

Cómo no.

Parece que mi ataque de decencia repentina le hace gracia.

El recepcionista, que tiene toda la pinta de haber visto demasiadas parejas en situaciones similares, carraspea con educación.

—Son dos habitaciones, ¿cierto? —le recuerda Gael.

—Eso es.

Respiro.

Vale.

Bien.

Perfecto.

Por supuesto, claro, dos habitaciones como dos adultos civilizados y responsables que no toman decisiones cuestionables que somos.

—Ah —digo, muy digna—. Claro.

Gael se ríe por lo bajo y lo fulmino con la mirada.

El recepcionista nos entrega dos llaves.

—Habitaciones 204 y 205. Están contiguas.

Contiguas, por supuesto, porque el universo tiene sentido del humor y hoy ha decidido usarlo todo contra mí.

—Compartimos pared otra vez, vecina —dice Gael.

Lo miro muy despacio.

—No me llames vecina.

—Pero si hoy casi lo echaba de menos.

Y lo peor es que yo también.

No que me llame vecina, obviamente, eso sería absurdo. Lo que quizá echaba de menos era esa manera suya de decirlo, como si la palabra tuviera una historia pequeña solo nuestra.

Gael se despide del recepcionista y subimos por una escalera estrecha que cruje bajo nuestros pasos.

El hotel parece de esos sitios donde todo suena más de lo normal: la madera, las llaves, las cremalleras de las mochilas, la respiración cuando alguien se acerca demasiado.

Gael se detiene frente a la 204 y me señala la 205.

—La tuya.

—¿Cómo sabes que no quiero la 204?

—Porque he elegido la mejor para ti.

—¿Y eso lo has decidido tú?

—Por supuesto.

—Qué generoso por tu parte, macho alfa del alojamiento rural.

Él sonrío y apoya el hombro en el marco de su puerta.

—Tiene mejores vistas.

Eso me desarma un poco.

—Ah.

—Y está más lejos de la escalera. Por si quieres dormir mejor.

Eso me desarma otro poco.

—Gracias —digo.

Su sonrisa cambia y deja de ser burlona para ser un poco más suave y más peligrosa.

—De nada —dice—. Nos vemos en un rato para cenar.

—Claro, nos vemos en un rato —respondo sonriendo.

Abro mi habitación antes de que el pasillo se vuelva demasiado pequeño y, en efecto, la 205 es preciosa.

Pequeña, cálida, con paredes blancas, vigas de madera y una cama grande cubierta con una colcha clara. Hay una ventana con contraventanas antiguas que da a una calle estrecha iluminada por farolas y sobre la mesita han dejado una botella de agua, dos caramelos de miel y una ramita de lavanda atada con cuerda.

Dejo la mochila sobre la cama y me quedo quieta, dejando que el silencio me abrace.

Es la primera vez en todo el día que estoy sola y eso me resulta extraño, pero no por ello dejo de hacer el ejercicio de soltarlo todo, porque creo que lo necesito.

Sí, necesito soltar el casco, la mochila, el día, la guardia, la broma y la necesidad constante de parecer que lo tienes todo bajo control.

Me acerco a la ventana y miro la calle: un gato se estira sobre el capó de un coche y al fondo, una de las murallas se recorta contra la noche.

Pienso en la *iaia*, no sé por qué.

Bueno, sí lo sé: hoy he pensado en ella más veces de las que esperaba.

En Altea, cuando hablé de mi recuerdo más feliz.

En Valencia, cuando dije que a los treinta pensé que tendría una casa bonita, estabilidad emocional y plantas aromáticas.

En Peñíscola, cuando vi a Gael callarse delante de una pregunta que le dolía.

Y ahora aquí, en este pueblo de piedra, con una habitación propia como Virginia Wolf y otra habitación al lado con él dentro.

Me quito la chaqueta despacio. Menos mal que Gael me la ha prestado, porque en la Harley en las primeras horas de la mañana y las últimas del día, es necesaria.

Me miro en el espejo del baño.

Tengo el pelo aplastado por el casco, las mejillas rojas por el aire de la carretera y los ojos brillantes de ese modo que una no puede justificar con máscara de pestañas.

Qué guapa estoy.

¿Gael pensará lo mismo?

¿Qué?

No, no, no.

Zarandeo la cabeza, abrumada por pensar así, con tal de librarme de ese pensamiento.

No obstante, lo más acertado es que me deje de tonterías, me dé una ducha, me ponga ropa limpia y espere hasta que me avise para cenar.

Porque mañana volvemos a casa, a Santa Cruz y también a la pared compartida, las notas bajo la puerta, Carmen, la vida real y *NíaBeauty*.

Además, tenemos que llegar a un acuerdo en cuanto a la campaña de publicidad de Inés Ferrer.

No sé por qué esa idea, en vez de tranquilizarme, me produce una punzada extraña en el pecho.

Me ducho rápido y el agua caliente me devuelve poco a poco al cuerpo. Me lavo el pelo con el champú del hotel, que huele a romero, y durante unos minutos intento no pensar en nada.

Fracaso.

Pienso en Gael conduciendo, en su risa, en la forma en que me miró después del beso en la mejilla, en cómo no respondió a la pregunta de cuándo fue la última vez que lloró, en la sombra que le cruzó los ojos y en las cosas que uno guarda porque duelen demasiado o porque decirlas en voz alta las vuelve reales.

Cuando salgo de la ducha, me pongo los vaqueros limpios que he traído y un top.

Me seco el pelo con el secador, alisándolo con la ayuda del cepillo y me maquillo un poco con corrector de ojeras, máscara de pestañas, un poco de colorete y el labial suave de **No era para tanto**.

Me miro.

—Sí es para tanto, sí —repito intentando no pensar en la imagen de Gael sin camiseta en la cala Granadella, en bañador y con esa tabletita de chocolate que tiene por abdomen.

—Dios mío, Nía, tienes que parar... —mascullo para mí misma.

Es entonces cuando llaman a la puerta con dos golpecitos de nudillos.

TOC.

TOC.

Me quedo mirando la madera y no sé por qué pero sonrío.

Bueno, sí lo sé, pero prefiero no abrir ese melón ahora mismo.

Gael, tal y como esperaba, está al otro lado cuando abro la puerta.

Se ha cambiado de ropa y ahora lleva vaqueros negros y una camisa oscura remangada hasta los antebrazos, el pelo todavía húmedo y la mandíbula con esa sombra de barba que debería estar prohibida.

Me mira y no dice nada.

Yo tampoco, y durante dos segundos el pasillo se convierte en una cosa rara, estrecha y caliente.

Algo que no debería existir entre dos habitaciones separadas.

—¿Qué? —pregunto, poniendo los brazos en jarras.

—Nada, nada.

—Me estás mirando. ¿Tengo algo?

—Para nada.

—Pues deja de hacerlo —le pido.

—No prometo nada.

Mi estómago da un salto ridículo.

—¿Vamos? —digo, porque alguien tiene que salvarnos de nosotros mismos.

—Vamos.

Bajamos las escaleras sin hablar demasiado y eso, viniendo de nosotros, es casi una señal apocalíptica.

33

Nía

El restaurante al que decidimos ir está a pocas calles del hotel.

Gael dice que lo eligió porque tiene comida de la zona y porque no parece un sitio diseñado para turistas con prisa.

Yo no sé si eso significa algo, pero cuando entramos entiendo lo que quiere decir.

Es pequeño, tiene las paredes hechas con piedra, mesas de madera, lámparas cálidas y una barra con botellas de vino alineadas.

Una señora mayor sale de la cocina con dos platos humeantes y la expresión de quien no tiene ninguna intención de permitir que nadie se quede con hambre.

Huele a carne a la brasa, pan tostado, setas, queso y vino.

O sea, huele a pecado.

Nos sientan junto a una ventana desde la que se ve una calle empedrada que sube hacia la muralla.

Demasiado íntimo y preparado para que una pierda la dignidad.

Pedimos croquetas, una tabla de queso, alcachofas rehogadas, carne para compartir y vino.

—¿Vino? —pregunto cuando Gael lo pide.

—Estamos en Morella.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Responde a todas.

—Eres consciente de que el vino y yo tenemos una relación peligrosa, ¿verdad?

—Lo sospechaba.

—¿Y aún así?

—Confío en ti.

—Eso demuestra que no me conoces tanto.

Él sonríe.

—O que te conozco lo suficiente.

El camarero sirve el vino rojo, oscuro y brillante y Gael no tarda en levantar su copa.

—Por la última parada —dice, y no puedo evitar perderme en su boca.

Maldito sea.

—Por las habitaciones separadas —digo yo.

Él suelta una carcajada.

—Por supuesto.

Chocamos el cristal de nuestras copas y doy un sorbito.

El vino baja cálido por mi garganta y me relaja los hombros.

La cena empieza como han empezado casi todas nuestras conversaciones: con una discusión completamente absurda sobre si las croquetas deberían contar como patrimonio nacional, si las alcachofas están infravaloradas y si Morella parece un lugar donde una podría escribir una novela gótica.

—Tú escribirías una novela gótica con una protagonista que se cae por las escaleras el primer día —dice Gael.

—Sería una caída con arco narrativo.

—Claro.

—Y con una protagonista fuerte.

—¿Con estabilidad emocional?

—No abusemos de la fantasía.

Nos reímos como siempre, pero noto algo distinto. No sé si es el cansancio, el vino, que llevamos demasiadas horas juntos o que he pasado el día abrazada a su cintura en una moto y mi cuerpo ha decidido interpretar eso como una relación estable.

El caso es que entre broma y broma empiezan a aparecer huecos que se llenan de silencios cómodos, miradas, algún roce de su mano cuando me acerca el pan, su rodilla tocando la mía bajo la mesa, mi manera de no apartarla de inmediato, él dándose cuenta y yo fingiendo que no me doy cuenta de que se ha dado cuenta.

Creo que se me ha entendido.

Un desastre. Precioso, sí, pero un desastre al fin y al cabo.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta de pronto.

Lo miro por encima de la copa.

—No —miento.

—Ya —dice socarrón, no me cree un pimiento de lo que digo.

—Fatal —miento por dos.

—Se te nota.

—Estoy sufriendo muchísimo. —La ironía es mi especialidad.

—Sobre todo con el queso.

—El queso está siendo lo único decente de este día.

—Qué injusta eres.

—Y tú qué susceptible.

Gael inclina la cabeza, divertido.

—Te ha gustado la ruta —dice a medio camino entre la pregunta y la afirmación.

—No he dicho eso.

—No hace falta.

—No sabes leerme tan bien —finjo que creo firmemente en lo que estoy diciendo.

—Te he visto sonreír en Altea.

—Sonrío a menudo.

—Has sonreído en la Granadella.

—Había mar.

—En Valencia.

—Había horchata.

—En Peñíscola.

Ahí no respondo enseguida, porque en Peñíscola no sonreí solo por el lugar, sino también por verlo a él, por esa parte suya que apareció de repente, sin avisar, cuando una de las preguntas le rozó un sitio que todavía dolía.

—En Peñíscola hacía bonito —digo al final.

Gael me mira con los ojos entornados, mas no insiste, quizá porque sabe exactamente lo que estoy evitando.

O quizá porque él también está evitando cosas.

El camarero trae la carne: un chuletón a la brasa en el punto perfecto.

Comemos, bebemos un poco más y hablamos de tonterías, del recepcionista, de Carmen...

—¿Crees que se imaginará que estamos aquí juntos? —le pregunto.

Estoy relajada, las copitas de vino han hecho su efecto y no me sentía tan agusto desde hace mil años.

Gael se encoge de hombros.

—No lo sé, pero la hubiera liado parda. Hubiera pedido hasta los planos del hotel —dice Gael, divertido.

—Y certificados.

—Y una foto de las camas separadas.

—Con periódico del día para comprobar la fecha.

Me río tanto que casi me atraganto con el vino.

Gael me mira mientras lo hago y deja de reírse un poco antes que yo.

Ese detalle me desordena, porque una cosa es que un hombre te mire cuando hablas y otra muy distinta es que te mire cuando te ríes como si quisiera memorizar el sonido.

Bajo la vista, pincho con mi tenedor un trocito de carne y lo mastico sin saber muy bien qué hacer con mi cara.

—¿Qué? —pregunta él.

—Nada —Le lanzo una servilleta, divertida, tratando de disimular que estoy sintiendo demasiadas cosas.

Él la atrapa en el aire, por supuesto, porque además de guapo tiene reflejos.

Qué rabia.

Cuando terminamos, compartimos un postre que ninguno de los dos admite haber querido pedir. Algo con chocolate, almendra y helado que sabe a infancia y a “me voy a arrepentir mañana pero hoy no me importa”.

Gael paga antes de que pueda protestar.

—Ni se te ocurra —le digo.

—Demasiado tarde.

—No me gusta que paguen por mí y tú llevas haciéndolo todo el día.

—No he pagado por ti.

—¿Ah, no?

—He pagado por la ruta.

—Qué conveniente.

—Mucho.

—Te debo una cena —le digo, señalándolo con el dedo.

—Me parece bien.

Me quedo quieta, porque lo he dicho sin pensar y él lo ha aceptado como si acabáramos de abrir una puerta.

Una cena. Otra, claro, después de esta, cuando la cita haya terminado y ya estemos en Alicante otra vez.

Ay, Padre Santo...

Una parte de mí quiere retirar la frase inmediatamente, pero otra se sienta, cruza las piernas y dice que pues mira, tampoco pasa nada.

Cuando salimos del restaurante, el fresquito de la noche nos recibe.

—Vaya... —murmuro, abrazándome a mí misma.

—Ha refrescado, sí —dice Gael rodeándome los hombros con sus brazos.

Dios, Dios, Dios.

—No hace falta, estoy bien.

—Lo sé —dice, pero no se retira.

Está caliente y su perfume me invade las fosas nasales.

Me encanta, pero no lo admitiría ni ante un tribunal.

—Pesado —le digo, pero lo hago con una sonrisa.

—Y tú tienes frío.

—Eso no invalida lo anterior.

—Lo sé.

Caminamos sin rumbo para dar un paseo y Morella de noche me parece todavía más bonita después del vino.

Las calles suben y bajan sin avisar, las piedras brillan un poco por la humedad y las luces se reflejan en los cristales.

Hay balcones de hierro, puertas antiguas, plantas que sobreviven al verano y esquinas donde una podría esconder una confesión.

—¿Estás cansada? —pregunta.

—Un poco —reconozco..

—Podemos volver al hotel, si lo prefieres.

—No.

La respuesta me sale demasiado rápida y él me mira.

—¿No?

—Quiero caminar.

Su sonrisa aparece despacio.

—Vale.

Seguimos y unos minutos más tarde llegamos a una zona más alta, cerca de la muralla, donde el pueblo parece abrirse a la noche. Desde allí se ven luces desperdigadas a lo lejos, montañas oscuras, tejados silenciosos y el castillo iluminado como si todavía estuviera vigilando algo.

Me acerco al muro de piedra, apoyo las manos y Gael se queda a mi lado sin decir nada.

Durante un rato solo existe la suave brisa nocturna, nuestra respiración y la sensación de que el día entero nos ha traído hasta este punto con una paciencia sospechosa.

—Queda un sobre —dice.

—¿Otro?

—El sexto.

—Pensaba que ya habíamos sufrido suficiente —le digo de broma.

—Yo también.

—Tu ruta es muy intensa, Gael.

—Tiene estructura narrativa.

—Y necesidad de terapia.

—También.

Me río y él saca el sobre del bolsillo trasero de su pantalón.

SOBRE 6

¿Qué es amar para ti?

Si no respondes o mientes...

Tendrás que quedarte a mi lado durante un minuto entero sin hablar, sin mirar el teléfono ni a ninguna otra parte.

34

Nía

Leo la pregunta una vez.

Dos.

Tres.

Pero las palabras no cambian: ¿Qué es amar para ti?

Así, sin anestesia y sin la posibilidad de convertirlo en una broma sobre croquetas o habitaciones separadas.

Levanto la vista y veo que él también está mirando la tarjeta que me ha dado.

Pero no sonrío, no arquea una ceja ni tampoco hace ninguna broma, porque no parece el hombre que preparó esta cita con sobres, normas y penitencias diseñadas para sacarme de quicio, sino alguien que también acaba de darse cuenta de que el juego se nos ha ido de las manos.

—No me gusta este sobre, no puedo expresarlo con palabras, creo —murmuro.

Gael tarda un segundo en responder.

—Tienes razón.

—Es tu juego —le recuerdo.

—Empiezo a sospechar que el Gael que preparó esta cita es imbécil.

Eso debería hacerme reír, pero la realidad es que la carcajada se queda a medias atorada en mi garganta, porque la pregunta sigue aquí, entre nosotros, y es enorme, peligrosa y no del todo cómoda.

¿Qué es amar para ti?

Pienso en la *iaia*, en sus manos arrugadas pelando patatas, en las flores del recibidor, en la casa de Santa Cruz y en esa sensación de seguridad que describí en Altea y que desde entonces no ha dejado de perseguirme.

Pienso en *NíaBeauty*, que me lleva a la necesidad de construir algo que se parezca a un hogar cuando el hogar que tuviste ya no está.

Y de pronto pienso en Gael, no sé por qué. Pero me viene su imagen conduciendo la Harley, callando cuando necesito tiempo, riéndose conmigo a pecho descubierto, dejándome ganar una pregunta absurda, mirándome como si cada respuesta mía le importara de verdad, estando a mi lado...

Trago saliva.

—No sé responder —digo, y mi voz suena más pequeña de lo que me gustaría.

Gael mira la muralla y después me mira de nuevo a mí.

—Yo tampoco —me da la razón y se toca la nuca con una de sus manos.

No sé por qué, pero su respuesta me duele y me calma al mismo tiempo, como si hubiera admitido que estamos en el mismo sitio, perdidos, un poco asustados y sin saber si avanzar o fingir que todavía podemos volver atrás.

—Es una pregunta muy grande —digo.

—Demasiado grande para después de habernos bebido una botella de vino.

—Demasiado grande para ti —digo bajito.

Me mira, aunque no sabría descifrar su expresión con claridad.

—Eso último ha sobrado.

—Necesitaba recuperar el equilibrio.

—¿Y lo has conseguido?

Niego con la cabeza.

—No. —La sinceridad se me escapa antes de poder frenarla.

Y entonces nos quedamos callados y nos envuelve esa clase de silencio que aparece cuando dos personas saben que hay una respuesta, pero todavía no se atreven a tocarla.

Gael baja la mirada hacia la tarjeta.

—Hemos perdido los dos.

—Eso parece.

—La penitencia también es para los dos.

—Técnicamente sí.

—Técnicamente.

No sé quién se mueve primero.

Quizá él.

O yo.

Quizá Morella decide empujarnos un poco con la brisa estival.

El caso es que acabamos de pie junto a la muralla, uno al lado del otro, muy cerca, tanto que mi hombro roza el suyo y su mano queda a unos centímetros de la mía.

Un minuto.

Ese era el trato, ¿no

Sin hablar, sin mirar el teléfono, sin mirar a otra parte.

Yo miro al frente, o al menos eso intento, pero notar a Gael tan cerca y tener prohibido mirar a otro sitio es una trampa.

Una trampa ridícula y preciosa, pero una trampa al fin y al cabo.

Los primeros diez segundos son extraños, los diez siguientes insoportables y a los treinta empiezo a ser consciente de cada parte de mi cuerpo, mi corazón golpeando demasiado fuerte y la respiración de Gael a mi lado.

A los cuarenta, me pregunto si él estará contando también, a los cincuenta dejo de contar porque uno de sus dedos roza uno de los míos.

No aparta la mano y yo tampoco.

Nuestros dedos se tocan otra vez y el mundo, que hasta hace un segundo era un pueblo de piedra, murallas y brisa, se reduce de pronto a ese punto exacto: su piel y la mía.

El minuto termina, lo sé porque Gael respira hondo, pero ninguno se mueve ni rompe el contacto.

Y esa es, probablemente, la respuesta más honesta que podemos dar.

—Nía —dice al fin.

Giro la cabeza y compruebo que está demasiado cerca, porque las luces de Morella le dibujan sombras suaves en la cara, sus ojos no tienen ninguna broma preparada y me está mirando como si yo fuera la pregunta y la respuesta al mismo tiempo.

—¿Qué? —susurro.

Gael levanta una mano despacio, pero no me toca enseguida, sino que se queda a medio camino, como si estuviera pidiendo permiso, me dejara una salida y no supiera que llevo varias paradas

sin encontrarla, porque seguramente no exista un camino que me haga huir de él.

Sus dedos apartan un mechón de pelo que se me ha pegado a la mejilla.

Es un gesto sencillo y pequeño, pero me atraviesa entera.

—Se te ha escapado —dice.

—¿El mechón?

—El equilibrio.

No sé si reírme, contestar, huir o acercarme, pero Gael tiene todavía las yemas de sus dedos cerca de mi cara y no quiero que los aparte.

Por alguna razón que no entiendo me gustaría que cogiera mi rostro entre sus palmas calientes.

Esta verdad aparece dentro de mí con una claridad brutal.

En serio, no quiero que se aparte, no quiero que cada uno vuelva a su habitación, no quiero que mañana todo esto se convierta en una anécdota bonita y ya está, pero tampoco sé cómo decir nada de esto, así que hago lo único que puedo hacer: no moverme.

Gael baja la mirada a mi boca una vez, solamente una, porque después vuelve a mis ojos.

El aire desaparece.

O yo dejo de saber respirarlo, que también es posible.

—Podemos fingir que esto forma parte del juego —murmura.

Su voz tiene algo roto y contenido que me hace temblar como una hoja.

—Podemos —respondo.

—O podemos admitir que hace rato dejó de serlo.

Cierro los ojos un segundo, solo uno, y cuando los abro él sigue aquí, esperando delante de mí.

A lo mejor amar no es tener una definición perfecta de ello, a lo mejor empieza de esta manera, con alguien que espera y que no empuja.

Con alguien que podría besarme y aun así se detiene a preguntarme sin palabras si quiero que lo haga.

—Gael... —susurro. No sé qué más decir, supongo que no hace falta, pues esta vez soy yo quien se acerca lo justo para romper la

poca distancia que queda entre los dos.

Me besa despacio, como si hubiera estado esperando todo el día para eso y quisiera saborear tanto mis labios como el momento de la misma manera.

Es tan cuidadoso que me desarma. Tanto, que siento mis piernas como si fueran gelatina.

Es imposible que bese tan bien...

Su mano está en mi mejilla y la otra apoyada apenas en mi cintura. Mi cuerpo no tarda en inclinarse hacia él como si por fin hubiera dejado de discutir consigo mismo.

Cierro los ojos, todo mi alrededor desaparece y solo me quedo con él, su boca y su respiración.

Adoro la forma en que me besa, sin tomar más de lo que le doy, porque eso, de alguna manera, me hace querer darle más.

Le agarro la camisa con los dedos y él suelta un jadeo contra mi boca.

Ahora entiendo que cada parada ha sido una forma distinta de acercarnos.

Altea.

La Granadella.

Valencia.

Peñíscola.

Morella.

Él.

Yo.

Cuando nos separamos, no nos apartamos del todo, y su frente queda apoyada contra la mía.

Ambos respiramos de forma entrecortada.

—Creo que hemos vuelto a perder.

Abro los ojos, lo miro y esta vez no tengo fuerzas para hacerme la indignada.

—Cállate.

Él sonríe un poco más.

—Eso también cuenta como respuesta.

—No abuses.

—No puedo prometerlo.

Me río con los nervios aún vivos en la piel, sintiendo sus labios todavía envolviendo los míos y esta mezcla absurda de vértigo y calma que no sé dónde colocar.

Gael me acaricia la mejilla con el pulgar despacio y luego baja la mano, como si supiera que necesitamos recuperar un poco de aire antes de volver a perdernos.

—¿Volvemos?

—Sí, vamos —le pido.

Necesito ganar tiempo para asimilar lo que acaba de ocurrir entre los dos, y la única forma que se me ocurre es caminar de vuelta hasta el hotel.

35

Nía

Cuando llegamos al pasillo de nuestras habitaciones, nos detenemos entre la 204 y la 205.

Dos puertas.

Dos llaves.

Dos habitaciones separadas, por supuesto, la decencia intacta.

Carmen estaría orgullosa.

O haciendo guardia en el rellano con un rosario y una linterna.

No estoy segura.

Gael mete las manos en los bolsillos y yo trato de pensar cómo debería comportarme sin hacer el ridículo.

Ninguno habla, porque de pronto decir buenas noches sería un poco raro.

¿No?

Y decir otra cosa, peligroso.

—Bueno —digo.

—Bueno —repite él.

—Gracias por el día de hoy —sonrío.

—Gracias por no marcharte a Alicante en taxi —murmura riéndose.

—El día no ha terminado —le recuerdo.

—Cierto.

Sonreímos, pero la sonrisa esta vez dura poco, porque estamos demasiado cerca de nuevo, ya sabemos cómo sabe el otro y hay puertas detrás de nosotros.

Gael da un paso hacia mí y yo no retrocedo.

Sin embargo...

—Buenas noches, Nía —dice como si se estuviera obligando a ser sensato, lo cual es muy molesto, porque cuando un hombre que te gusta decide ser sensato, una no sabe si aplaudirle o empujarlo contra la pared.

—Buenas noches, Gael.

Me mira un segundo más y después saca la llave de su bolsillo.

Yo hago lo mismo con la mía.

—Descansa —dice.

—Tú también —respondo, y entro en mi habitación antes de convertirme en una persona sin principios.

Cierro la puerta, apoyo la espalda contra la madera y me quedo así, quietísima, escuchando sus pasos al otro lado del pasillo.

Miro la habitación, la cama, la ventana y la ramita de lavanda mientras me recuerdo que soy una mujer adulta y madura, la cual tiene completamente el control de su vida.

Luego me siento en la cama y me llevo los dedos a los labios.

Qué tópico, qué vergüenza y qué absolutamente inevitable.

Mi móvil vibra, lo saco del bolso y compruebo que es del grupo de mis amigas.

Bruna: *¿SIGUES VIVA?*

India: *Si no contestas en cinco minutos llamo a emergencias.*

Vega: *No llames a emergencias. Primero queremos saber si ha habido beso.*

Bruna: *ESO ES UNA EMERGENCIA.*

Miro la pantalla, sonrío y escribo:

Nía: *Estoy viva, no voy a llamar a emergencias y sí, ha habido beso.*

Durante tres segundos no pasa nada, pero después de eso el móvil casi explota.

Bruna: *¡AAAAAAAAAAHHHHH!*

India: *LO SABÍA.*

Vega: *Respira, Bruna. A ver... ¡Detalles!*

Bruna: *ESCRIBE.*

India: *¿Lengua?*

Vega: *India.*

India: *¿Qué? Es una pregunta logística.*

Me tapo la cara con una mano, estoy sonriendo como una idiota, pero soy una idiota feliz, una idiota que acaba de besar a su vecino en Morella después de una ruta por media Comunidad Valenciana.

Nía: *No voy a dar detalles.*

Bruna: *Entonces no somos amigas.*

India: *La amistad se basa en la transparencia.*

Vega: *Danos al menos una valoración del 1 al 10.*

Miro la puerta, como si pudiera verlo al otro lado y la pared compartida del hotel funcionara igual que la de casa.

Como si Gael también estuviera despierto y él también se estuviera tocando la boca y pensando que la hemos liado.

Nía: *Once.*

El chat vuelve a explotar, pero no les hago caso, dejo el móvil sobre la cama y me acerco a la ventana.

Morella continúa ahí fuera, preciosa y antigua, como si no acabara de pasar nada, pero sí ha pasado, algo ha cambiado.

No sé qué somos, no sé qué va a ocurrir mañana, no sé si esto es buena idea, no sé si Gael sabe amar y no sé si yo sé dejarme querer sin salir corriendo primero.

No sé absolutamente nada, pero recuerdo la pregunta del sobre y, aunque no la he respondido en voz alta, una parte de mí empieza a sospechar que quizá la respuesta no se encuentra en una definición perfecta, sino en un minuto de silencio en Morella, en unos dedos rozándose sin apartarse, en alguien que te mira como si no quisiera perderse ni una de tus contradicciones y en un beso que no exige nada y, aun así, lo cambia todo.

Cierro la ventana, me pongo el pijama y me meto en la cama.

Tengo su aroma adherido completamente a mi ropa y a mi pelo.

Genial.

Perfecto.

Maravilloso.

Voy a dormir fatal.

Me giro hacia la pared que compartimos y entonces lo oigo: dos golpes suaves.

TOC.

TOC.

Mi corazón hace una pirueta ridícula y sonrío en la oscuridad.

36

Gael

No puedo dormir.

Lo intento, de verdad que lo intento, pero no puedo.

LLevo un rato metido en la cama y no hay manera.

Miro el techo, me giro hacia la izquierda, después hacia la derecha.

Me tapo, me destapo.

Nada.

Ni una posibilidad.

Mi cuerpo está en la habitación 204 de un hotel rural precioso, con vigas de madera y una cama cómoda, pero mi cabeza en cambio sigue en la muralla.

Con Nía, su boca, sus dedos agarrándome la camisa y ese beso que no debería haber ocurrido y que, precisamente por eso, se me ha quedado clavado en todas partes.

Me paso una mano por la cara.

—Joder.

Muy maduro, Gael, muy maduro.

La habitación está casi a oscuras, solo entra algo de luz desde la calle, una luz amarilla y tenue que dibuja la silueta de la ventana sobre el suelo.

Al otro lado de la pared está ella, en la 205, separada por unos centímetros de piedra, pintura y una decencia que empieza a parecerme completamente sobrevalorada.

No sé qué está haciendo, quizá duerme, habla con sus amigas o quizá se arrepiente.

Me incorporo en la cama ante esa última posibilidad.

Claro, es que Nía tiene todo el derecho del mundo a arrepentirse, a asustarse y a volver mañana a Santa Cruz y fingir que esto solo ha sido una ruta bonita con una ruta en moto, horchata, sobres y un beso en un pueblo precioso.

Pero yo no sé si podría fingirlo, no después de hoy ni tras verla hablar de su *iaia* en Altea como si el amor pudiera seguir vivo en una flor sobre un recibidor.

No después de verla conducir mi Harley con esa risa que todavía tengo metida en el pecho, ni mucho menos después del beso, porque hay besos que se olvidan al cabo de un rato y luego está el suyo, que se ha quedado aquí, en mi boca, en mi piel, en mis manos y en un sitio del pecho donde yo no suelo dejar entrar a nadie.

Me levanto, camino hasta la ventana, nervioso, y recuerdo esa pregunta que escribí yo mismo pero que me tocó esquivar.

Qué cobarde y qué suerte he tenido.

Aún así, no puedo dejar de pensar en la respuesta que podría ser ayer, hace tres semanas o hace dos meses.

Todo eso me lleva directamente a mi madre, al tanatorio, a mi padre sentado en una silla de plástico, con las manos juntas y la mirada perdida, a mi hermana llorando en un baño, a mí firmando papeles, llamando a familiares, buscando ropa, decidiendo flores, contestando mensajes, a todas las veces que alguien me dijo que era muy fuerte y a ninguna de las veces que nadie me preguntó si podía con aquello.

Trago saliva.

No.

Definitivamente no voy a dormir, así que solo se me ocurre hacer una cosa.

TOC.

TOC.

Entonces escucho algo.

TOC.

TOC.

Espero.

El corazón me late con una estupidez impropia de un hombre adulto.

Otro golpe.

TOC.

Me río por lo bajo, no sé qué significa, pero mi cuerpo lo interpreta de una manera muy concreta e impulsiva: necesito verla.

Me pongo la camiseta y salgo de la habitación antes de pensar demasiado.

El pasillo está en penumbra, la madera cruje bajo mis pies y me detengo frente a su puerta, la 205.

Durante unos segundos no hago nada, solo estoy ahí como un imbécil, delante de la habitación de una mujer que acaba de besar y que le está desordenando la vida entera.

Llamo.

Dos golpes.

TOC.

TOC.

La puerta se abre casi al instante y se me olvida todo.

Nía está al otro lado con el pelo suelto, la cara lavada y un pijama que le queda demasiado bien.

Me quedo mirándola un segundo más de lo prudente.

—No puedes dormir —afirmo.

Ella cruza los brazos.

—Tú tampoco.

—No he preguntado.

—Yo tampoco.

Sonríe y noto el nerviosismo en su boca.

—¿Me has llamado? —pregunta, señalando la pared.

—He dado dos golpes.

—Eso, en nuestro idioma, es prácticamente una declaración formal.

—Nuestro idioma es bastante limitado.

—Pero eficaz.

Nía baja la vista un segundo.

Cuando vuelve a mirarme, la broma ya no le alcanza del todo.

—No sabía que estabas despierto.

—Lo estaba.

—Ya.

—Mucho.

Se le escapa una sonrisa pequeña y después mira hacia el pasillo vacío.

—¿Quieres pasar?

Podría decir que no. Debería, quizá.

Podría decirle que es tarde, que ha sido un día intenso, que mañana hablaremos con más calma y que no quiero que haga nada de lo que pueda arrepentirse.

Podría decir cualquier cosa sensata, pero Nía está en la puerta con los ojos brillantes y una vulnerabilidad que no intenta esconder del todo.

Y yo llevo demasiadas horas intentando ser sensato.

—Sí —respondo.

Entro y Nía cierra la puerta despacio, como quien aparta el mundo durante un rato.

La habitación es casi igual a la mía, pero en ella parece distinta: más cálida y habitada.

Nía se queda de pie, a pocos pasos de mí, y de repente ninguno de los dos sabe muy bien qué hacer con las manos.

Lo cual es absurdo, teniendo en cuenta que hace menos de una hora las mías estaban en su cara y las suyas en mi camisa.

—Esto es raro —dice.

—Un poco.

—No quiero que sea raro.

—Yo tampoco.

—Pero lo es.

—Sí.

Ella suspira y se ríe bajito.

—Qué desastre.

—Bastante.

—Se supone que tú deberías tener alguna frase de esas tuyas.

—¿De esas mías?

—Sí. Algo de hombre seguro, vecino guapo que friega mal y organizador de citas.

—Se me han acabado.

Nía me mira y entonces su expresión cambia, porque entiendo lo que acabo de decir. No que no tenga ocurrencias, sino que no quiera usarlas ahora o con ella.

Me acerco un paso.

—No quiero estropear esto —digo.

Nía traga saliva.

—¿El qué?

Podría decir el beso, la cita, la noche, nosotros.

Pero ninguno de esos términos me parece suficiente.

—Lo que sea que está pasando.

Ella se queda en silencio y durante un segundo tengo miedo de haber dicho demasiado.

Luego da un paso hacia mí.

—Yo tampoco —dice, y me mira como si estuviera a punto de saltar desde un sitio muy alto y aún no hubiera decidido si quiere que la empujen o que la sujeten.

—Pero también me da miedo hacer como si no pasara nada.

—A mí también —confieso.

Sus ojos se suavizan.

—¿A ti?

—Mucho.

—No tienes pinta.

—Trabajo mucho la fachada.

—Te queda bien.

—Gracias.

Sonríe y eso nos salva un poco, devolviéndonos a un lugar donde podemos respirar, pero sin eliminar la tensión y el deseo que existe entre los dos.

Ni, por supuesto, la certeza de que estamos de pie en una habitación de hotel, demasiado cerca y con demasiadas ganas de dejar de pensar.

Nía baja la mirada hacia mi boca y eso me impulsa a avanzar otro paso.

—Si me acerco más, necesito que estés segura.

Ella me sostiene la mirada y no encuentro bromas ni huidas ni frases afiladas.

—Estoy segura —dice.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza, mi mano roza la tibia piel de su cuello y ella cierra los ojos.

Siento ese gesto en algún lugar de mi cuerpo que no sé nombrar y la beso de nuevo.

Sus dedos suben a mi nuca, se enredan en mi pelo y yo pierdo un poco el hilo de todo, pues conforme el beso se hace grande, nosotros también.

Nía se ríe contra mi boca cuando tropiezo con la pata de la cama.

—Muy elegante.

—Estoy bajo presión.

—¿Mucha?

—No tienes ni idea.

—Pobrecito.

La miro y tiene los labios hinchados, el pelo revuelto y una sonrisa que podría arruinar carreras profesionales.

—No te rías de mí, Virginia María.

—Me río muchísimo.

La cojo por la cintura y ella deja de reírse.

O casi.

Porque la risa se le queda atrapada entre la boca y la respiración cuando vuelve a besarme.

Y entonces todo se vuelve más lento, más serio y más nuestro.

Nos sentamos en el borde de la cama sin dejar de mirarnos y Nía me toca la cara con los dedos, como si quisiera comprobar que estoy aquí.

A mí también me cuesta creer que este día haya empezado con una moto, un sobre y un sueño de cuando tenía diez años y termine con ella delante y con todo lo que no hemos dicho llenando la habitación.

—Gael —susurra.

—Dime.

—No quiero pensar.

—Entonces no pensemos —respondo.

Y, durante algunas horas, dejamos que el mundo sea solo esta habitación, esta cama y esta forma nueva de decirnos la verdad sin usar ninguna palabra.

*

Me despierto cuando una claridad muy leve empieza a colarse por la ventana.

Durante unos segundos no me muevo al comprobar que Nía está dormida a mi lado.

Tiene el pelo extendido sobre la almohada, una mano cerca de la cara y la respiración tranquila.

Parece en paz.

Con mucho cuidado, le aparto un mechón de pelo de la mejilla y se acerca un poco más a mí, todavía sin despertarse.

Y yo, que llevo años creyendo que se me da muy bien no necesitar a nadie, descubro que podría acostumbrarme peligrosamente a esto: su calor, su peso ligero junto a mí, el sonido de su respiración y la certeza sencilla de que no me gusta tanto como creía estar solo.

Debo haberme vuelto loco... no la conozco.

¿Entonces por qué mi corazón late así cuando estoy cerca de ella?

No sé qué somos, qué va a pasar cuando volvamos o si esto ha sido un paréntesis o el principio de algo que ninguno de los dos sabe manejar.

Pero lo que sí sé es que cuando preparé esta cita pensé que estaba intentando ganar una apuesta, pero menudo idiota, no estaba intentando ganar nada, solo encontrar la manera de estar cerca de ella.

Y ahora está aquí, dormida a mi lado, con una expresión tranquila en la cara y mi vida un poco más desordenada que ayer.

Sonrío, apoyo la cabeza en la almohada y vuelvo a mirarla.

Toda la vida había pensado que enamorarse era una caída en picado y resulta que no, que se parece mucho más a encontrar por fin un lugar donde dejar de fingir que estás bien.

37

Nía

DOMINGO

Lo primero que noto al despertarme es el calor, lo segundo el brazo que rodea mi cintura, así que llego a la conclusión de que no tengo ninguna intención de moverme, porque estoy muy agustito.

Abro los ojos despacio y la luz de la mañana apenas se cuela por las cortinas, dibujando sombras suaves sobre las paredes de piedra.

Durante unos segundos me quedo inmóvil, respirando y sintiendo nada más.

La almohada, las sábanas y el cuerpo de Gael detrás del mío.

Respira de forma tranquila, no parece que esté despierto, y la forma en que me tiene abrazada es como si fuera la cosa más natural del mundo entre los dos.

Me giro despacio, Gael tiene los ojitos cerrados y un estado de completa paz impreso en su rostro.

Tiene el pelo revuelto, la barba un poco más marcada y los labios ligeramente hinchados.

Por el amor de Dios... es tan guapo que duele.

Sin poder evitarlo, alargo una mano y le aparto un mechón de pelo de la frente.

Mal.

Fatal.

Abre un ojo y casi me tiemblan los dedos.

—Te he pillado.

Cierro los míos inmediatamente.

—Estoy dormida.

—Claro.

—Profundamente dormida.

—Por supuesto.

Noto cómo se ríe y después acerca un poco más la cara a la mía.

—Buenos días, vecina.

Y ahí, justo ahí, mi corazón decide hacer el ridículo antes incluso del desayuno.

*

El comedor del hotel parece sacado de una postal. Hay mesas de madera vestidas con manteles de cuadros, ventanas enormes por las que entra la luz de la mañana y un buffet con pan recién hecho, mermeladas caseras, quesos, embutidos, tomate rallado, aceite de oliva, croissants, bizcocho, fruta y café.

—¿Vas a comerte todo eso? —pregunta Gael observando mi bandeja.

—¿Vas a juzgarme?

—Un poco.

—Entonces sí.

Nos reímos y durante un rato hacemos exactamente lo que hacen las personas felices: nada extraordinario.

Solo desayunar, hablar, compartir una cesta de pan, discutir sobre cuál es la cantidad aceptable de mermelada en una tostada y olvidar durante unos minutos que el mundo sigue girando ahí fuera.

Cuando terminamos el café, Gael deja la taza sobre el plato.

—Hoy tengo un evento.

Levanto una ceja, interesada.

—¿Un evento?

—Con varios creadores de contenido.

—Qué moderno te ha quedado eso —digo poniendo los ojos en blanco.

—Influencers.

—Mucho mejor. ¿Y?

Se encoge de hombros.

—Podrías venir.

Parpadeo varias, sorprendida.

—¿Yo?

—Claro.

—¿Con influencers?

—Sí.

—¿Voluntariamente?

—¿Cómo, sino?

—¿Y qué he hecho yo para merecer semejante castigo?

Gael se ríe.

—Te servirá para dar a conocer *NíaBeauty*.

La guasa desaparece de mi cara, porque de repente ya no parece una invitación cualquiera, sino que se puede percibir a través de sus pupilas un interés genuino.

En mis cosas, mi trabajo y mis sueños.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio.

Lo miro durante unos segundos y algo dentro de mí se derrite un poquito.

—Me lo pensaré.

—Mentira.

—Totalmente —me jacto.

—Vendrás —afirma.

—Probablemente.

—Lo sabía —dice, el muy creído, y su sonrisa es tan satisfecha que me entran ganas de tirarle una servilleta.

*

El viaje de vuelta se siente diferente, más tranquilo.

La Harley avanza por las carreteras de la costa y el viento juega con mi pelo.

Mis brazos rodean la cintura de Gael sin necesidad de buscar excusas, porque ya no hay ninguna que valga, pienso que todas las cartas están sobre la mesa.

A media mañana nos detenemos en un mirador, uno de esos lugares donde el Mediterráneo parece infinito.

El cielo está despejado, las gaviotas sobrevuelan los acantilados y el agua brilla como si alguien hubiera derramado miles de monedas sobre la superficie.

Bajo de la moto, me quito el casco y, sin darme cuenta, me topo con el último sobre ante mis ojos.

El número siete.

—¿Preparada? —pregunta.

No, quiero decir.

Sí.

No lo sé.

Lo cojo igualmente y lo abro despacio.

SOBRE 7

¿Cuál sería tu cita perfecta?

Me quedo inmóvil, vuelvo a leer la pregunta y entonces...

Sonrío.

Con ganas, enseñando los dientes, de corazón.

Para esta pregunta no necesito buscar una respuesta, pensar ni protegerme.

Levanto la vista, miro alrededor, observo la moto, el mar, los acantilados, recuerdo los sobres, la brisa, todo lo que hemos hecho juntos desde que salimos de Santa Cruz.

Cada pregunta y cada respuesta.

Después lo miro a él, a Gael, que me observa con detenimiento, como si esta fuera la única pregunta que realmente le importa.

Mi sonrisa se hace un poco más grande, si es que es posible.

—¿Ya lo sabes? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—¿Y?

Bajo la vista al sobre, para hacerme un poquito la interesante, más que nada, y después vuelvo a mirarlo.

Digo la verdad, por supuesto:

—Esta.

El silencio que sigue dura apenas un segundo, pero a mí me parece eterno, pues algo en la expresión de Gael cambia, se ilumina y me hace pensar que acaba de ganar una batalla que llevaba mucho tiempo peleando.

No dice nada.

Por raro que parezca no presume, ni bromea, pero sonrío, por lo que tampoco intenta ocultar que se siente feliz.

Y esa sonrisa... Madre mía.

Esa sonrisa.

—Esta, ¿eh? —murmura.

—Esta.

—Qué poco original.

—Cállate.

—Jamás.

Nos acercamos el uno al otro y nos besamos.

Sin penitencias, ni sobres, reglas o excusas, simplemente porque ambos queremos y porque llevamos muchas horas recorriendo carreteras, playas, ciudades y murallas para terminar exactamente aquí, en este beso, en este instante, con el Mediterráneo extendiéndose a nuestros pies y la sensación maravillosa de que ninguno de los dos tiene prisa por llegar a ninguna parte.

38

Nía

Cuando aparcamos la Harley a las faldas del barrio, Alicante sigue exactamente igual.

Y, sin embargo, nada lo está, porque ayer por la mañana salimos de aquí siendo vecinos y ahora...

Bueno, ahora no sé exactamente qué somos, pero definitivamente vecinos no.

Nos ha llovido por el camino y nuestra ropa está completamente mojada.

—Hemos vuelto —murmuro.

Gael se quita el casco y yo hago lo mismo.

—Parece ser.

—Qué mala educación.

—¿El qué?

—No avisar.

—¿Avisar de qué?

—De que ibas a poner mi vida patas arriba en un fin de semana.

La sonrisa que aparece en su cara debería estar prohibida.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Mi corazón se vuelve imbécil automáticamente, porque está dando por hecho que habrá una próxima vez.

Y porque, sinceramente, yo también.

Subimos las escaleras hasta mi casa, abro la puerta y entonces ocurre algo rarísimo, porque llevo toda la vida entrando aquí, toda, pero nunca lo había hecho acompañada de alguien que me importara tanto.

La casa parece distinta y todo parece más íntimo de repente, como si alguien hubiera encendido una luz nueva.

—Hola, casa —murmuro.

—Hola, casa de Nía —dice Gael.

—No le hables a mi casa.

—Tu casa parece simpática.

—Mi casa tiene criterio.

—Entonces seguramente no le caigo bien.

—Eso seguro.

Gael deja la mochila en el suelo, cierro la puerta y durante unos segundos nos quedamos mirándonos, tan mojados por la lluvia como vamos.

Ahora no hay carreteras, ni hoteles ni sobres.

Solo él y yo.

Gael da un paso, después otro y cuando llega hasta mí ya no recuerdo qué iba a decir, hacer ni por qué respirar parecía importante.

—Hola —susurra.

—Hola.

—Te he echado de menos durante el rato que hemos tardado en llegar desde el mirador.

Me río y él aprovecha para besarme, porque es un tramposo y porque sabe exactamente cuándo hacerlo.

Mis manos terminan en su cuello, las suyas en mi cintura y durante unos segundos nuestro alrededor desaparece.

Otra vez.

Media hora después, Gael está duchándose en mi baño.

Y yo estoy sentada en el sofá intentando parecer una persona normal, aunque fracaso absoluto.

Mi móvil vibra.

Grupo: Las Desgraciadas.

Bruna: *TODO BIEN???*

India: *Necesitamos pruebas.*

Vega: *Las pruebas pueden ser fotográficas.*

Nía: *No. JAJAJA. Estáis locas. Ya hemos llegado de vuelta.*

Vega: *¿Qué tal la ruta?*

Nía: *Ha sido perfecta.*

Bruna: *Madre mía.*

India: *Está enamorada.*

Vega: *Está enamoradísima.*

Nía: *Callaos.*

India: *¿Dónde está ahora?*

Miro hacia el pasillo y afino el oído, sigue escuchándose el agua del baño, por lo que todavía no ha terminado de ducharse.

Nía: *Duchándose.*

El grupo explota, literalmente.
Literalmente.

Bruna: *AAAAAAAAAAAAAA*

India: *¿EN TU CASA?*

Vega: *¿USANDO TU BAÑO?*

India: *Eso es muchísimo más íntimo que el sexo.*

Bruna: *Totalmente.*

Nía: *Por favor.*

Vega: *No, escúchame. Compartir lavabo es el principio del fin.*

E intercambiar los números de teléfono como hemos hecho, también, pienso.

Lo peor es que tienen razón, porque cuando Gael sale del baño con el pelo húmedo, sin camiseta y con una toalla sobre los hombros, me doy cuenta de que compartir lavabo debería estar regulado por ley.

Es demasiado íntimo, en efecto, muchísimo más que besarse, porque implica presenciar cosas, rutinas, gestos y vida real.

Por ejemplo, él se afeita mientras yo me maquillo, le robo el secador, me roba el espejo, yo protesto y él también.

Y de repente parece que llevamos haciendo esto toda la vida.

—No tienes espacio para nada —dice.

—Tengo un espacio perfectamente organizado.

—Si tú lo dices... —dice arqueando las cejas—. Madre mía, la que nos ha caído en un momento.

Los vaqueros, su camiseta negra y la chaqueta de cuero están sobre la silla, mojadas todas las prendas, como si pertenecieran a esta casa y él también.

La idea me provoca un vuelco extraño en el corazón, de los peligrosos.

Pero creo que ya no me asusta.

39

Nía

El evento se celebra frente al mar, en un espacio enorme y moderno que han habilitado para hacer de ello una noche especial llena de luces cálidas, música suave y gente absurdamente guapa.

Hay creadores de contenido, marcas, fotógrafos, periodistas, mesas con cócteles y vistas al Mediterráneo.

¿Digo la verdad?

Me siento completamente fuera de lugar.

—Voy fatal —murmuro, ajustándome el tirante del vestido rosa que llevo puesto.

Es muy sencillo, todo liso y de tirantes, pero al meterle unas sandalias plateadas y un maquillaje bonito, ha ganado un montón.

—Vas espectacular —me promete Gael.

—No sé qué hago aquí, además.

—Yo sí.

—Gael.

—Confía en mí.

Confío, claro que confío, mucho más de lo que debería, además.

Es entonces cuando aparece ella: Valeria Soler.

Alta, segura de sí misma, con un cabello perfectamente peinado, una sonrisa impecable y dos millones de seguidores.

Patricia reaparece en el mismo instante en que la veo y me doy cuenta casi asustada de que no había vuelto a saber de ella desde que mi cita con Gael empezó ayer a las ocho de la mañana.

¡Dios mío!

¿Cómo es posible?

Y ahora ha vuelto. Está borrosa, como si fuera un reflejo mal enfocado, pero ahí está.

¿Por qué no vuelves a irte?, le digo.

Las cosas estaban demasiado bien, me parecía raro, dice la muy cabrona.

Valeria llega hasta nosotros, le da dos besos a Gael y le toca el brazo.

Patricia carraspea.

Qué simpática y qué poca vergüenza, dice.

Intento ignorarla y comportarme como una persona adulta, pero siento que voy a fracasar en el intento.

Gael nos presenta y Valeria me sonríe, mas siento que esa sonrisa no es para nada sincera y cada vez que los veo hablar siento algo incómodo, feo y que no había sentido antes.

Creo que son celos y eso es una noticia terrible, porque significa que ya no puedo fingir que esto me da igual, porque no lo hace en absoluto.

—Voy al baño —murmuro.

Gael gira la cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí.

Mentira.

—Vuelvo ahora.

Y me marcho antes de que tenga tiempo de seguir preguntando.

*

La puerta del baño se cierra detrás de mí y por fin puedo respirar.

O al menos intentarlo.

Me apoyo sobre el lavabo, las manos a ambos lados de la porcelana y la mirada fija en el espejo.

Eres ridícula, me dice Patricia desde el reflejo. Está sentada en uno de mis hombros y las piernecitas le cuelgan hacia abajo.

Apenas es el esbozo de un dibujo, pero todavía se la puede ver.

Patética, añade.

—Gracias —murmuro con las manos temblorosas, como siempre que aparece y se pone en este plan.

Para eso estoy, asiente con la cabeza orgullosa.

Cierro los ojos.

—¿No hemos quedado en que estabas desapareciendo?

Y tú habías quedado en no enamorarte de tu vecino.

Touché.

Maldita sea.

—No estoy enamorada.

Patricia pone los ojos en blanco.

—Lo digo en serio.

Por eso te has escondido en un baño porque una influencer guapa le ha dado dos besos.

—No me he escondido.

¿Cómo llamamos entonces a encerrarte en un cubículo mientras finges que necesitas retocarte el pintalabios?

Resoplo, abro el grifo, me mojo las muñecas e intento serenarme.

Necesito que desaparezca, pero tiene razón y odio cuando tiene razón.

No puedo ponerme así por una mujer hablando con Gael.

No puedo.

Ni siquiera somos...

Bueno, lo que sea que seamos.

Todavía no tiene nombre y quizá ese sea parte del problema, porque durante la cita todo parecía fácil, pero ahora estamos en la vida real, con gente, con trabajo y con mujeres espectaculares que conocen a Gael desde antes que yo.

Y de repente me siento terriblemente pequeña.

No obstante, lo único que se me ocurre para que se me quite esta sensación es salir de este baño y volver junto a él.

Así de paso le pongo una mordaza a la petarda de Patricia.

*

Cuando salgo del baño me siento bastante más estúpida que antes, pero en el buen sentido, intentando cultivar la premisa de que probablemente esté exagerando.

Valeria es una influencer y Gael trabaja con influencers tanto hombres como mujeres.

Fin de la historia.

No pasa nada.

No tiene por qué pasar nada.

Cruzo el pasillo exterior que conecta con la terraza principal, donde el mar brilla al fondo, las conversaciones se mezclan con la música, la gente ríe y las copas tintinean.

Y entonces escucho sus voces, pues llego al mismo sitio donde los he dejado antes de irme al baño.

—La idea es brillante —dice ella.

Mi corazón da un pequeño salto, no sé por qué.

—Lo sé —responde Gael—. Las personas no recuerdan los días, pero sí cómo se sintieron. Entonces lo que se haría es una colección basada en emociones. Por ejemplo calma, bienestar, amor... Lo particular de esto es que cada emoción va asociada a un aroma distinto, pero también a la historia que hay detrás de esa emoción, la cual pertenece a un momento vital determinado. Además, los productos son con envases totalmente sostenibles y que te llevan directamente al Mediterráneo.

—Lo llevaré a cabo —le dice ella—. Gracias por decírmelo.

Me quedo quieta, completamente quieta al otro lado de unas plantas decorativas sin moverme y sin respirar.

Sin respirar.

La sangre empieza a zumbarme en los oídos.

No.

No.

No puede ser.

No.

Conozco esta sensación y nunca termina bien.

Patricia aparece a mi lado y esta vez no dice nada, ni una palabra, porque no le hace falta.

Ambas estamos pensando exactamente lo mismo.

Uno, que Gael es un traidor, y dos, que tenemos que salir de aquí cuanto antes.

40

Nía

No recuerdo cómo llego hasta la salida ni quién me abre paso ni tampoco si me cruzo con alguien conocido.

Solo sé que le escribo un mensaje a Gael, porque a mí sí me queda educación y saber estar, no como a él, y salgo de allí como alma que lleva al diablo.

Solo recuerdo el mar, las luces del evento y la sensación de que algo acaba de romperse dentro de mí.

Supongo que ese algo se llama confianza.

—Taxi —le digo al primer conductor que encuentro.

No sé qué estado parezco tener, quizá tengo cara de estar completamente descompuesta por una diarrea estratosférica o algo, pero el señor se baja del taxi y me abre la puerta trasera y todo.

—¿Está todo bien? —me pregunta cuando me siento.

Le miro los ojillos a través del espejo retrovisor y compruebo que es un señor calvo.

—Al barrio de Santa Cruz, por favor.

¿Que tengo el *vomitao* en la garganta?

Sí.

¿Pienso echarle la papilla al pobre señor calvo?

No.

Nunca vomito.

No sé hacerlo, no puedo, siento que mis ojos explotarán y moriré.

Así que dejo reposar la espalda sobre el asiento y Alicante empieza a moverse al otro lado de la ventanilla.

Patricia no se ha ido, claro, porque los peores momentos de mi vida siempre han venido con ella de acompañante.

No hables, le digo.

¿Por qué?, pregunta ella.

Porque no te quiero escuchar, me remuevo en el asiento.

Curioso, eso mismo deberías haber pensado antes de contarle tu idea.

Cierro los ojos de forma fuerte, tanto que me duele detrás de las cuencas, pero da igual porque la conversación sigue reproduciéndose dentro de mi cabeza.

Una y otra vez.

Como esa canción que te da *cringe* pero tampoco puedes dejar de cantar tipo como la de *Tengo un plan, dime tú si nos vamos...*

Me apoyo contra la ventanilla e intento respirar y encontrar una explicación lógica a la conversación que he escuchado.

Una.

Solo una.

Pero cuanto más lo intento, peor resulta todo.

Porque entonces aparece Valencia, ese paseo y la conversación que tuvimos Gael y yo, donde le conté mi idea.

—Quiero hacer una colección basada en emociones.

Gael tarda unos segundos en responder.

—Explícame eso.

—Por ejemplo... nostalgia. O calma. O valentía. O amor. Que cada producto tenga un aroma diferente asociado a una emoción concreta, pero también una historia detrás, una historia real. Algo que haga que la gente se identifique, que recuerde a alguien, un lugar o una etapa vital concreta.

—Porque la gente no recuerda las cosas —dice él.

Lo miro.

—¿Cómo?

—La gente recuerda cómo se sintió.

Me quedo quieta.

—Sí. Exactamente. Es eso. Justo eso.

Gael asiente despacio.

—Es una buena idea, Nía.

Es una buena idea, me dijo.

¡Dios! ¡Claro que era una buena idea!

Tan buena que ahora otra persona, concretamente Valeria, que tiene más poder, más seguidores y seguramente más dinero que yo, la va a llevar a cabo antes que yo porque Gael se lo ha contado.

Ya sabía yo que esa forma de sonreírle no era ni medio normal.

Siento un pinchazo en el pecho y no puedo evitar que los recuerdos me colapsen completamente la cabeza.

Gael escuchándome atentamente, Gael haciéndome preguntas, Gael interesado, Gael pensativo, Gael diciendo que era una buena idea...

Todo encaja.

Todo.

Y eso es lo peor.

Porque cuando una mentira encaja demasiado bien resulta imposible dejar de creerla.

Te lo advertí, dice Patricia. Te dije que iba a salir mal, que enamorarse era una pésima idea.

—¡CÁLLATE! —exclamo completamente desequilibrada.

El taxista me mira por el retrovisor. Está acojonado, lo entiendo perfectamente, yo también lo estaría.

Debo parecer la niña de la curva, la de *The Ring* o yo qué sé.

O a lo mejor piensa que voy hasta arriba de psicotrópicos.

Ojalá, la verdad, eso tendría una explicación más válida para este señor, que piensa que estoy *delulu*.

Pero es que la realidad es que estoy *delulu*, porque Patricia no me deja vivir.

Sonrío, y la sonrisa que le ofrezco es completamente de psicópata.

Pobre hombre.

—No era contigo.

El hombre asiente, aunque sé que ahora mismo se siente inseguro llevándome en el asiento de atrás.

No obstante, en exactamente dos minutos, me apeo del coche tras pagarle y cuando me dispongo a subir las escaleras del barrio, me doy cuenta de que me tiemblan las manos y los pies.

Además, tengo media cara dormida.

¡Tranquila, no es un ictus!

Se llama Patricia y ha vuelto tras un día de tregua.

Aun así, cuando el aire desaparece de mis pulmones es al llegar a mi casa, porque lo primero que veo es su camiseta negra y arrugada, que ya debe haberse secado de la lluvia, sobre la silla del salón.

Después los vaqueros y la sudadera.

Todo sigue ahí, como si estuviera esperándome o perteneciera a esta casa.

Hace apenas unas horas me parecía adorable, ahora me parece una broma cruel y de muy mal gusto.

Mira qué bonito, dice Patricia. Ha dejado recuerdos por todas partes, el muy mamón.

La ignoro y cojo la camiseta porque soy imbécil.

Claramente me gusta sufrir, así que también debo ser masoquista.

Es como cuando estás triste y te pones la película de *Siempre a tu lado, Hachiko* para llorar lo que no has llorado en toda tu vida, pues cavas tu propia tumba.

La huelo, por supuesto, y todavía huele a él.

Esto me termina de rematar, como era de esperar, porque odio que siga oliendo a él y odio todavía más que una parte de mí quiera abrazarla.

Me dejo caer en el sofá con la camiseta entre las manos y noto cómo me escuecen los ojos.

No.

No voy a llorar.

Ni por él.

Ni por esto.

Ni por nadie.

El móvil vibra y mi corazón reacciona antes que yo.

Es Gael, por supuesto, que me está llamando.

No lo cojo, no pienso hacerlo, así que se corta, pero luego de nuevo vuelve a sonar.

Tampoco respondo.

Y otra vez.

Y otra.

Hasta que finalmente el teléfono se queda en silencio.

Patricia observa la pantalla.

Qué insistente, murmura.

El móvil vibra de nuevo, pero esta vez es un mensaje: *¿Has llegado bien?*

Lo miro y no respondo.

Llega otro: *Me he preocupado al no encontrarte.*

Otro: *¿Estás bien?*

Una parte de mí quiere contestar y escribir: *No. ¿Por qué lo has hecho? ¿Ha sido todo mentira?*

Pero no hago nada, porque si pregunto existe la posibilidad de que me responda y si me responde existe la posibilidad de que me crea cualquier explicación absurda.

Y ahora mismo necesito estar enfadada y aferrarme a algo para justificar mi comportamiento.

El móvil vuelve a vibrar y leo un: *¿Podemos hablar?*

Suelto una carcajada pequeña y vacía.

Hablar, dice.

Claro.

Ahora.

Después de todo.

Mis dedos se mueven solos: *Me duele la cabeza. Necesito dormir. Hablamos mañana.*

Lo envío y me odio inmediatamente, porque es mentira, sé perfectamente que no voy a pegar ojo en toda la noche.

La respuesta llega casi al instante: *Vale. Descansa. Hablamos mañana.* ❤️

El emoticono de corazón me atraviesa como una bala y lo observo durante varios segundos; después dejo el móvil boca abajo, como si eso pudiera borrar lo que ha pasado.

A las dos de la madrugada sigo despierta, ni siquiera he cenado.

A las tres también y ya no tengo dudas.

A las cuatro ya he repasado la conversación del evento unas cincuenta veces en mi cabeza y no quiero escuchar explicaciones.

A las cinco he reconstruido cada minuto de esa maldita cita. Cada pregunta, respuesta y mirada. Cada silencio. Y en todas las versiones la historia termina igual: Gael sabía lo que estaba haciendo, conocía a Valeria, escuchó mi idea y se la contó.

Todo encaja.

Todo.

Patricia ya no dice nada, simplemente permanece sentada al pie de la cama observando.

Porque ambas sabemos que el daño ya está hecho.

Decido que lo odio.

Lo peor es que sigo queriéndolo exactamente igual.

41

Gael

DESPUÉS DE LA DISCUSIÓN, LUNES

No la sigo.

No porque no quiera o no necesite hacerlo, es que me he quedado completamente inmóvil, como si acabaran de vaciarme por dentro.

La veo alejarse hacia su casa después de lanzarme mi ropa, sus zapatos y hasta el maldito succionador y no entiendo nada.

En serio.

Absolutamente nada.

La cita estuvo bien. Lástima que fuera parte del briefing.

Las palabras siguen rebotando dentro de mi cabeza una y otra y otra vez.

No.

No.

No, joder.

El aire abandona mis pulmones.

—Mierda.

Me paso una mano por la cara, después la otra.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Valeria.

La conversación.

El evento.

La idea.

Todo.

La muy cabezota piensa que le he robado la idea para dársela a Valeria.

Una carcajada amarga e incrédula escapa de mi garganta.

¡Joder!

Estaba intentando hacer exactamente lo contrario.

Necesito pensar y ordenar esto, porque si voy ahora mismo a su puerta solo conseguiré empeorarlo.

Debe estar herida, estoy seguro.

Mucho.

La recuerdo en Valencia con aquella horchata hablándome de esa nueva idea de *NíaBeauty*, de los aromas, de los recuerdos y las emociones.

Dios.

Sonrío.

Entonces ya estaba enamorado de ella, ahora lo sé.

¿Es posible en tan poco tiempo? Te digo yo a ti que sí.

Solo alguien como Nía sería capaz de convertir una línea de productos en una historia.

En serio, solo ella.

Por eso precisamente le conté la idea a Valeria, porque sabía que funcionaría y que era brillante, por lo que merecía algo mucho más grande que una tienda online y un puñado de pedidos, merecía que el mundo entero conociera su trabajo, no que se lo robaran.

La diferencia es enorme y ahora ella cree exactamente lo contrario.

Saco el móvil y marco su número, en un movimiento impulsivo.

Da tono, pero no lo coge.

Nada.

Vuelvo a llamar.

Nada.

Una tercera vez.

Nada.

Me apoyo contra la pared y cierro los ojos; no tengo ni idea de qué hacer.

Yo soluciono problemas, más o menos, es mi trabajo.

Conseguir acuerdos, cerrar contratos, convencer personas y encontrar salidas, porque siempre hay una salida.

Siempre.

Pero esto... Esto trata de Nía, y resulta que no tengo ni puta idea de cómo arreglar algo cuando la persona a la que quiero es precisamente la que está rota.

Su mensaje sigue ahí:

Me duele la cabeza. Necesito dormir. Hablamos mañana.

Mentira.

No hemos hablado nada, no me ha dejado, literalmente me ha dejado muy claro que no quiere saber nada de mí.

Para prueba, mi ropa tirada en el suelo, después de haberla lanzado a mi cara.

Aprieto el teléfono entre los dedos.

Quiero ir, subir esas escaleras y llamar a su puerta hasta que me escuche.

Quiero explicarle que la colección no era para Valeria, que era para ella, que la conversación de esa noche terminaba con su nombre encima de la mesa, que el contrato de colaboración está preparado... que ya que la había invitado al evento, quería intentar sorprenderla de alguna manera después de aquella cita.

Que todo aquello era un regalo, no un robo.

Pero ahora mismo Nía ha decidido creer lo contrario, y hasta que no piense un plan, no hay nada que pueda hacer para cambiarlo.

Un suave viento trae olor a mar, a sal y a verano. El mismo que había cuando la besé y me reconoció que su cita perfecta era aquella.

La Harley, el mirador, ella y yo.

Aprieto los ojos con fuerza y luego miro hacia su casa.

Estoy solo, no hay nadie en las calles del barrio ahora mismo, solo las macetas, las ventanas cerradas y una sensación horrible que tengo instalada debajo de mis costillas.

Reconozco que tengo miedo de haber hecho las cosas mal. Ya no se trata de perder una negociación, de equivocarme o de fracasar.

Tengo miedo de perderla a ella, pero no sé cómo demostrarle que está equivocada, porque para hacerlo tendría que conseguir que volviera a escucharme.

No obstante, sospecho que eso va a ser muchísimo más difícil de lo que imagino.

42 Nía

Haberle montado el pollo que le he montado a Gael no me ha servido para nada.

Me siento igual de mal.

Literalmente.

Hoy no pienso ir al coworking, necesito darme el lujo de intentar estar lo más tranquila posible, lamerme a solas mis heridas y buscar una solución como vea que esa tiparraca de Valeria saca productos iguales a los míos.

Patricia sigue sentada en la silla del escritorio.

Despierta, por supuesto, porque los demonios no necesitan descansar.

Le lanzo una almohada, pero la atraviesa y me frustró todavía más, ni siquiera puedo experimentar la satisfacción de golpear a mis propios pensamientos intrusivos.

Maravilloso.

La ducha tampoco ayuda.

Ni el café.

Ni la tostada de pavo y queso.

Ni absolutamente nada.

No me lo puedo sacar de la cabeza.

Me ha llamado varias veces.

¡Por supuesto que no pienso cogerlo!

Apoyo ambas manos sobre la encimera.

—No vamos a hacer esto.

Ya lo estamos haciendo, Patricia aparece sentada encima de la nevera.

—No necesito tu ayuda.

Eso es exactamente lo que diría una persona que necesita mi ayuda.

—¿Sabes qué?

¿Qué?

—Echo de menos cuando estabas borrosa y terminaste desapareciendo.

Sonríe y eso no me gusta nada.

El móvil vibra y el corazón da un salto estúpido.

Gael.

Otra vez.

Tengo cuatro llamadas perdidas, tres mensajes y ninguno mejora mi humor:

Necesitamos hablar.

Por favor.

Déjame explicártelo.

Aprieto los labios, hay una palabra que me molesta especialmente: Explicártelo.

No negarlo o decirte que te equivocas.

Explicártelo.

Como si hubiera una versión elegante de la traición o como si ponerle un lazo cambiara algo.

Bloqueo la pantalla, dejo el móvil boca abajo y finjo que no me importa.

Fracaso absoluto.

A media mañana el grupo de ***Las Desgraciadas*** explota.

India: *Buenos días excepto para Gael, que tiene a Nía secuestrada y no ha aparecido ni por aquí ni nada.*

Bruna: *¿Qué ha pasado? ¿Por qué no estás aquí?*

Vega: *Yo también necesito contexto.*

Maldición.

Durante unos segundos me planteo ignorarlas, pero después recuerdo que llevo demasiadas horas teniendo la misma conversación con Patricia y, sinceramente necesito que alguien más participe.

Nía: *Creo que Gael me ha utilizado.*

Cinco segundos. Diez. Quince.

Después:

India: *Y vive exactamente en la casa de al lado, ¿no?*

Bruna: *India.*

India: *Es para hablar.*

Vega: *No es para hablar.*

India: *Ya, la verdad es que no.*

La sonrisa me dura apenas un segundo, porque después tengo que contarle todo: el evento, Valeria, la conversación que escuché entre ellos...

Cuando termino nadie responde durante casi un minuto y eso me pone más nerviosa que cualquier otra cosa.

Finalmente aparece un mensaje de Bruna:

Bruna: *Joder.*

India: *Lo mato.*

Vega: *¿Le has preguntado?*

Me quedo mirando la pantalla sin responder más tiempo del que debería.

Nía: *¿Qué?*

Vega: *Si le has preguntado antes, durante o después de hacerle pasar semejante ridículo en la calle.*

Nía: *Pues... no, preguntarle lo que se dice preguntarle... Escuché la conversación.*

Vega: *Eso no responde a mi pregunta.*

Me siento un poco incómoda, la verdad sea dicha. ¿No tengo la razón?

Nía: *No hacía falta preguntar.*

Vega: *Entonces no.*

Nía: *Vega.*

Vega: *Solo digo que te fuiste antes de escucharlo completo.*

Nía: *Porque ya había escuchado suficiente.*

Vega: *¿Seguro?*

Termino aquí la conversación, no tengo ganas de seguir hablando.

¿Soy un poco cobarde por no enfrentarme a las consecuencias de mis actos?

Posiblemente.

*

El timbre suena poco después del mediodía, pero no espero a nadie, así que frunzo el ceño.

Miro por la mirilla y descubro que es un mensajero.

¿Un mensajero?

Un paquete no traerá, porque los coches no suben por Santa Cruz.

Abro la puerta, ansiosa por descubrir qué quiere.

—¿Virginia Montemayor?

—Sí.

—Firme aquí, por favor —me pide tras decirle mi número de DNI.

Obedezco y me entrega una carpeta gruesa que parece bastante profesional, con mi nombre escrito en una pegatina blanca.

De verdad que no entiendo nada. Mi vida, desde luego, es una sitcom.

¿Dónde está Toñi Moreno?

Porque esto ya es el colmo...

Cierro la puerta, dejo la carpeta sobre la mesa y durante unos segundos no la abro.

Estoy cansada, no tengo ganas y el mundo puede esperar cinco minutos, digo yo.

Patricia observa la carpeta.

Ábrela, rumia en mi oído.

—No.

Ábrela, cabezona.

—No.

Vamos, ábrela.

Resoplo.

Y finalmente lo hago: abro la solapa, extraigo los documentos y empiezo a leer.

La primera página no significa nada, la segunda tampoco, pero la tercera me hace abrir los ojos como platos y seguir leyendo muy interesada.

Mis pupilas se quedan clavadas en una línea concreta y dejan de avanzar. Retroceden y vuelven a leer.

Así una, dos y hasta tres veces, por si acaso, no vaya a ser que me haya vuelto loca.

PROPUESTA DE COLABORACIÓN ENTRE VALERIA SOLER Y NÍABEAUTY

El aire desaparece de mis pulmones y de repente ya no escucho nada a mi alrededor. Ni Patricia, ni los vecinos, ni el ruido del barrio.

Solo una pregunta, una única pregunta que lleva horas intentando abrirse paso entre toda mi rabia.

¿Y si me he equivocado?

43

Nía

¿Y si me he equivocado?

La pregunta se queda suspendida en el salón, entre las paredes, los papeles Patricia y yo.

Spoiler: ninguna de las dos parece saber qué hacer con ella, porque hasta ahora todo era sencillo.

Gael era un cabrón y me había traicionado y fin de la historia.

Mira tú qué sencillo.

Dolía, sí, pero era sencillo.

Ahora ya no, ahora todo vuelve a parecerme complicado.

Eso no demuestra nada, dice Patricia.

Levanto lentamente la cabeza.

—¿Qué?

No demuestra nada, podría ser una coincidencia.

—¿Una propuesta de colaboración entre Valeria Soler y Nía Beauty es una coincidencia?

Es algo nuevo y grande, es peligroso.

Parpadeo.

No estoy de acuerdo.

Que sea nuevo y grande no lo convierte en peligroso.

Patrici solo quiere acobardarme y meterme miedo.

Vuelvo a bajar la vista hacia los documentos y noto que mis dedos tiemblan.

Paso la primera página, después la segunda, luego la tercera y empiezo a leer de verdad.

Cinco minutos después me duele el pecho, diez minutos más tarde me duele el alma, y a los quince ya no quiero seguir leyendo, porque cada línea destruye una parte de la historia que me he contado durante toda la noche.

Fechas.

Correos entre Gael y ella de ese mismo día, antes del evento.

¿Cuándo? ¡Si estaba conmigo! ¿Cómo no me di cuenta?

Anotaciones.

Observaciones.

Evidentemente todo empieza el mismo día de la estúpida cita perfecta, pero por lo que puedo leer, en todo momento le habla de mí y mi proyecto con el fin de que podamos hacer una colaboración tocha que me lleve a tener una amplísima cartera de clientas.

Patricia guarda silencio, ahora mismo no tiene nada que decir.

Encuentro un par de notas escritas al margen que me dejan muda.

Pequeña.

En la primera pone que la CEO de *NíaBeauty* debe conservar el control creativo completo y en la segunda que no se debe modificar el concepto original.

Importante: aprobación previa de Virginia para cualquier lanzamiento.

Virginia.

No *NíaBeauty*.

Virginia.

Yo.

Yo.

Yo.

¡Joder!

Aparto de un manotazo a Patricia y me esfuerzo muchísimo por recordar Valencia.

Pero no la versión que me he repetido toda la noche, sino la verdadera, la real, la que ocurrió, la que no está empañada por la inseguridad que Patricia vierte sobre mí como si fueran polvos de hada.

Gael escuchándome, Gael preguntándome, Gael interesándose, Gael sonriendo cuando hablé de la colección y Gael diciéndome que era una buena idea, pero no porque quisiera robármela, sino porque le gustaba, le gustaba de verdad.

¡Vio posibilidades y empezó a mover todo!

Me llevo una mano a la boca y siento cómo algo crece por segundos dentro de mí.

Y no, no es Patricia convirtiéndose en el pulpo gigante que acaba siendo Úrsula, la bruja del mar, en la sirenita.

Es algo enorme, horrible y que se parece muchísimo a la culpa.

—Ay, Dios mío —me llevo una mano a la frente, agobiadisima.

Y entonces empiezo a llorar.

Porque claro, esa es la única reacción lógica posible.

Llorar y querer desaparecer bajo tierra, ambas cosas al mismo tiempo.

Es entonces cuando el móvil vibra sobre la mesa, y no necesito mirar la pantalla para saber quién es.

Yo lo sé.

Mi corazón lo sabe, pues da un pequeño vuelco que me anima a coger el aparato.

Mi estómago también.

¡Hasta Patricia lo sabe!

Gael.

Otra vez.

La llamada sigue sonando hasta que finalmente deslizo el dedo para descolgar.

—¿Sí?

Al otro lado hay silencio, uno tan largo que durante un segundo pienso que se ha cortado.

—Nía —dice por fin, y escuchar su voz juro que es como sentir un bálsamo reparador que me baña desde la cabeza hasta los pies.

Dios mío, su voz.

Las lágrimas vuelven con más fuerza, porque ya no estoy enfadada, pero sé a ciencia cierta que quizá he podido hacerle daño.

—Dime que has leído el contrato, por favor.

No respondo, no puedo, aunque la respuesta es evidente y él lo sabe.

El silencio dura apenas unos segundos, pero son suficientes para que entienda que, efectivamente, lo he visto.

—Vale —dice.

—Gael...

—No —dice y yo cierro los ojos—. Déjame hablar.

Supongo que es lo mínimo que puedo hacer después del ridículo que le he hecho pasar en medio del barrio, no intento interrumpirlo, ni defenderme ni justificarme, porque entiendo que lo más justo es que sea yo quien ahora lo escuche a él.

—Estoy intentando entender qué demonios pasó en ese evento y creo que ya lo sé —dice, y yo trago saliva.

—¿Y qué es?

—Pensaste que te había robado la idea —afirma, como la certeza que es.

La verdad es que escucharlo en voz alta resulta todavía peor.

—Yo... —La voz se me rompe—. Gael...

—No. Esta vez me vas a escuchar tú a mí.

Se hace el silencio, cuelga la llamada y acto seguido escucho a través de la pared unas llaves, una puerta cerrarse y el sonido de unos pasos en el exterior que entran por la ventana abierta.

—Ábreme la puerta, Nía, por favor.

El corazón se me detiene, pero no digo nada.

—Se acabaron los mensajes, las llamadas y las suposiciones.

Durante un segundo vuelvo a verlo en Morella junto a las murallas, mirándome como si yo fuera algo valioso que no quería perder.

—Ábreme la puerta, Virginia, por favor.

Me quedo mirando la puerta de mi casa, esperando con miedo, culpa y esperanza al mismo tiempo.

No tengo armas para enfrentarlo, así que... manos al aire.

Tengo la extraña sensación de que mi vida está a punto de cambiar otra vez.

44

Gael

Nunca había tenido miedo de llamar a una puerta en mi vida, y sin embargo aquí estoy, plantado delante de la suya con el corazón golpeándome las costillas como si quisiera escapar primero.

Sé perfectamente que ella está ahí, al otro lado de la puerta, y durante unos segundos me quedo inmóvil, porque resulta que enfrentarte a una negociación multimillonaria es bastante más sencillo que enfrentarte a la mujer a la que amas.

Tomo aire.

—Ábreme la puerta, Virginia, por favor —le pido.

Entonces la puerta se abre y Virginia aparece al otro lado.

Joder.

La veo y algo dentro de mí se rompe al comprobar que ha llorado, pues tiene los ojos hinchados y parece agotada.

Durante unos segundos solo nos miramos, como si nos hubiéramos olvidado de cómo hacerlo.

—Hola. —Su voz apenas es un susurro.

—Hola.

Quiero explicarme, lo necesito.

—¿Puedo pasar?

Ella asiente con la cabeza y se aparta para dejarme pasar.

Cuando entro, cierra la puerta detrás de mí y de pronto estamos solos, como en todos los lugares que visitamos en la cita, donde parecía imposible que algo saliera mal.

—No te robé la idea —le aseguro con toda la sinceridad que puedo.

Virginia baja la cabeza.

—Lo sé, creo.

—No —niego con la cabeza. Doy un paso hacia ella—. No lo sabes. Si lo supieras no tendrías esa cara, ni habrías llorado y no me estarías mirando como si todavía te quedaran dudas.

Su respiración se rompe y yo también me siento al borde de quebrarme.

—No te robé la idea, simplemente la escuché, me enamoré de ella y después intenté hacerla más grande. Eso es todo.

—Gael, yo...

—Déjame terminar. Porque llevo todo el día callándome cosas, y si no las digo ahora probablemente no las diré nunca. Aquella conversación en Valencia cambió algo.

Virginia me mira y puedo ver exactamente el momento en que vuelve allí.

La horchata, el calor, todo.

—Cuando empezaste a hablar de *NíaBeauty* ya no estabas hablando de productos, estabas hablando de ti, de cómo ves el mundo y de cómo conviertes cualquier cosa en una historia. Y pensé —me río de forma nerviosa— que eras la mujer más increíble que había conocido en mi vida.

Ella cierra los ojos y una lágrima resbala por su mejilla.

—No hagas eso —me pide.

—¿Qué?

—No me hagas llorar más, por favor —dice, pero sonrío un poquito.

—Voy fatal de tiempo para dejar de hacerlo.

Una risa se escapa entre sus lágrimas y gracias a Dios, porque significa que todavía estamos aquí, que todavía existe ese nosotros que estaba empezando a nacer.

—Cuando llamé a Valeria no fue para vender tu idea. Fue para venderte a ti, tu proyecto. El mundo está lleno de gente que sabe vender cosméticos, pero no conozco a nadie que sepa contar emociones como tú.

Su boca se entreabre y sé exactamente lo que está pensando, porque yo habría pensado lo mismo: que exagero, que dramatizo, que estoy siendo intenso...

Pero no, en serio, por una vez no.

—La colección era tuya desde el principio. La reunión era para ti, el contrato era para ti, todo era para ti. La única persona de aquella historia que nunca iba a quedarse fuera eras tú.

Virginia rompe a llorar y yo siento cómo algo se me retuerce dentro, porque verla llorar me duele y más si es por mi culpa.

Eso es otro nivel de infierno.

—Lo siento.

La frase sale de sus labios tan bajito que casi no la escucho.

—Lo siento muchísimo.

Niego con la cabeza.

—No.

—Gael...

—No.

Porque aquí hay una verdad que ella todavía no entiende y necesito que la entienda.

—No voy a dejar que te disculpes sola —digo y ella parpadea, confundida—. Yo también me equivoqué.

—¿Qué?

—Pensé que tendría tiempo para explicarte las cosas, para decirte cómo me sentía, para dejar de esconderme detrás de las bromas, tiempo para todo, yo qué sé.

Me acerco hasta que apenas queda distancia entre nosotros.

—Y resulta que no, porque la vida no funciona así. Puedes cruzarte media Comunidad Valenciana en moto, responder preguntas de sobres, besar a alguien junto a una muralla y aún así quedarte sin tiempo para decir lo único importante.

Virginia me mira y el mundo entero desaparece.

—¿Y qué era lo importante?

La pregunta me atraviesa y, además, me parece imposible de esquivar.

Me siento derrotado, hundido y completamente enamorado, si es que esta locura es posible, así que le digo la verdad.

—Que te quiero.

Sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas y entonces sonrío.

Dios.

Esa sonrisa, la misma de siempre, la que empezó todo y la que probablemente acabará conmigo algún día.

—Menos mal.

Parpadeo, sorprendido.

—¿Menos mal?

Asiente con la cabeza.

—Iba a ser muy incómodo seguir enamorada de ti yo sola.

Y entonces la beso, porque después de tantos sobres y kilómetros hechos, tantos miedos y confusiones, por fin estamos diciendo la verdad.

Y resulta que la verdad se parece muchísimo a llegar a casa.

Epílogo

Han pasado ocho meses desde Morella y Gael sigue convencido de que ronco.

Sigue mintiendo, claro.

Hay una teoría que dice que las personas no cambian, que simplemente aprenden a esconder mejor las mismas manías, los mismos defectos y los mismos miedos.

No sé si es verdad, pero lo que tengo claro es que hace un año no habría sido capaz de hacer esto ni de lejos.

—Virginia, deja de sonreír como una psicópata y ayúdame con estas cajas.

Levanto la vista y observo a Gael, que está al otro lado del local, arrodillado junto a una montaña de paquetes con una camiseta negra, las mangas remangadas y una expresión que deja bastante claro que se arrepiente profundamente de haber ofrecido su ayuda.

Sonrío todavía más.

—No estoy sonriendo como una psicópata.

—Llevas sonriendo sola quince minutos.

—Eso no demuestra nada.

—Demuestra muchísimo.

Me acerco y le robo un beso.

Porque sí, porque puedo, porque sigue pillándole por sorpresa y porque nunca me cansaré de hacerlo.

—Buenos días.

—Son las doce y media.

—Buenos días igualmente.

Niega con la cabeza, pero se está riendo, y eso sigue siendo una de mis cosas favoritas en el mundo.

La colección salió hace tres meses y todavía me cuesta creerlo.

Nostalgia.

Calma.
Valentía.
Amor.

Las cuatro emociones alineadas sobre las estanterías del local exactamente como las imaginé aquella tarde en Valencia.

O incluso mejor, porque aunque la realidad rara vez supera a la imaginación, esta vez sí.

Gracias a la colaboración con Valeria he podido avanzar tanto en mi negocio. La gente se volvió loca.

Además, colaboro de forma habitual con Inés Ferrer que, al igual que yo, también piensa que existen las citas perfectas.

¡NíaBeauty va viento en popa!

—¿En qué piensas?

La voz de Gael me devuelve al presente.

Miro los productos, las cajas, las flores y a las personas entrando y saliendo.

Después lo miro a él.

—En que todo esto da un poco de miedo.

—Eso es porque eres tú.

—Gracias.

—De nada.

—Era sarcasmo.

—Lo sé.

Sonríe y entonces me guiña un ojo, el mismo con el que inició la guerra vecinal que protagonizamos hace ocho meses.

Siento algo cálido dentro del pecho, algo tranquilo, algo que desde que se marchó la *iaia* no conocía: PAZ.

*

La tarde termina mucho más tarde de lo previsto, como siempre, y cuando por fin cerramos el local ya es de noche.

Las calles del centro de Alicante brillan bajo las farolas y Gael baja delante de mí las últimas cajas.

—Voy a dejar esto dentro.

—Vale.

—No te escapes.

—No prometo nada.

—Virginia.

—¿Qué?

—Te conozco.

—Eso es discutible.

—Lamentablemente no.

Se pierde dentro de la estancia y yo me quedo fuera, esperando.

Es entonces cuando la veo, está sentada en el escalón del exterior del local donde ahora vendo mis productos de cosmética, moviendo las piernas.

Durante unos segundos no me muevo, de nuevo hacía meses que no aparecía, pero pronto es el aniversario del día en el que partió la *iaia*, así que tampoco me sorprende verla.

—Hola.

Ella gira la cabeza.

Hola.

Su voz es exactamente la misma, la postura también, incluso la cara de pocos amigos.

Me acerco, me siento a su lado y observo las luces de Alicante, que brillan a nuestro alrededor.

—Hace tiempo que no te veía.

Lo sé.

—Pensaba que te habías ido.

Patricia se encoge de hombros.

He estado ocupada.

—¿Haciendo qué?

Supervisándote.

—Qué detalle.

Alguien tenía que hacerlo.

Me río y ella también. Luego nos quedamos en silencio, observando la ciudad y escuchando el viento.

Creo que estoy llegando a una conclusión que me hace entender muchas cosas, y es que Patricia nunca fue el enemigo, solo era una alarma, una respuesta al miedo.

—Gracias —le digo.

Ella frunce el ceño.

¿Por qué?

—Por intentar protegerme todo este tiempo, por avisarme de todos los posibles peligros que podían acecharme.

Era mi trabajo.

—Lo sé.

Y además alguien tenía que impedir que tomaras decisiones absurdas.

—La mayoría de ellas las tomé igualmente.

Exactamente. Ya no me necesitas.

La frase se queda suspendida entre las dos, simplemente como una verdad.

Tiene toda la razón, ya no necesito a Patricia, porque ha cumplido con creces su función y, aunque no voy a echar de menos las palpitaciones ni los tics en el ojo que me provocaba con su presencia, sí siento que con ella también muere una etapa de mi vida y eso también da penita.

Entonces se pone de pie.

Bueno.

—¿Ya está?

Sí.

—¿Así de simple? ¿Te vas?

Virginia.

—¿Qué?

Gael te está esperando, mueve el culo.

Miro hacia mi izquierda y, efectivamente, Gael está cerrando el local, apenas me había dado cuenta.

Cuando vuelvo a mirar a Patricia está más lejos y más difusa, como una fotografía perdiendo el enfoque, como un recuerdo que poco a poco vas olvidando o una etapa que, como ya he dicho, termina exactamente cuando debe hacerlo.

Las lágrimas me escuecen detrás de los ojos cuando desaparece por completo, pero sonrío porque necesito vivir con normalidad, sin que me oprima el pecho ni me haga pensar cosas malas que en la mayoría de los casos jamás pasarán.

—¿Estás bien? —me pregunta Gael, sacándome de mis pensamientos.

—Eh, sí, sí. ¿Nos vamos a casa? —le respondo.

A casa.

Es que suena de maravilla eso de dejar de ser vecinos para ser... ¿vecinos con demasiado roce?

No lo sé.

El caso es que me alegro de que no tengamos que comunicarnos con toques de nudillos a través de la pared y de que Gael me cante esa canción que dice *La vecinita tiene antojo, antojo que quiere resolver. El vecinito le echa un ojo...* mientras se afeita.

Por cierto, ahora en la casa de Carmen vive una pareja de franceses supermajos que nos hacen cada viernes crême brûlée. Nosotros los deleitamos con una buena *coca amb tonyina*, que somos unos vecinos increíbles.

—Claro.

Me rodea la cintura, me acerca hacia él y durante un instante apoyo la frente contra su pecho escuchando los latidos de su corazón, la vida y el futuro que estamos construyendo juntos.

—¿Lista?

—Sí —sonrío.

El miedo sigue existiendo y existirá siempre, créeme, pero no hay que dejar que se ponga al volante ni que decida ni que mande.

Subimos a la moto para volver a casa, el motor ruge, las luces de Alicante se abren ante nosotros y, mientras rodeo la cintura de Gael con mis brazos, comprendo algo que me habría costado años entender.

A veces la vida no te lleva exactamente al lugar que habías planeado, hace que te equivoques de ruta, tomes desvíos absurdos, te pierdas, des vueltas y acabes más lejos de donde pensabas llegar.

Pero si tienes suerte, descubres algo mejor y es que hay personas que terminan convirtiéndose en destino.

Con todo lo bonito que me queda por vivir junto a Gael, mis amigas y con *NíaBeauty*, también he entendido que, después de todo, quizá el amor nunca fue la meta, sino el viaje.

GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ, SI TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA PUEDES SEGUIRME EN MI RED SOCIAL PARA MÁS CONTENIDO LITERARIO Y ESTAR AL TANTO DE MIS PRÓXIMOS TRABAJOS.

IG: @natalia_escribe
